MUNDO HISPÁNICO



PARAISOS MEDITERRANEOS

La Costa Brava • La Costa Blanca
La Costa del Sol • ... Y Las Islas

171
JUNIO
15 ptas.

Turistas A EUROPA

Disfruten con la comodidad
y economía de
la matriculación turística.

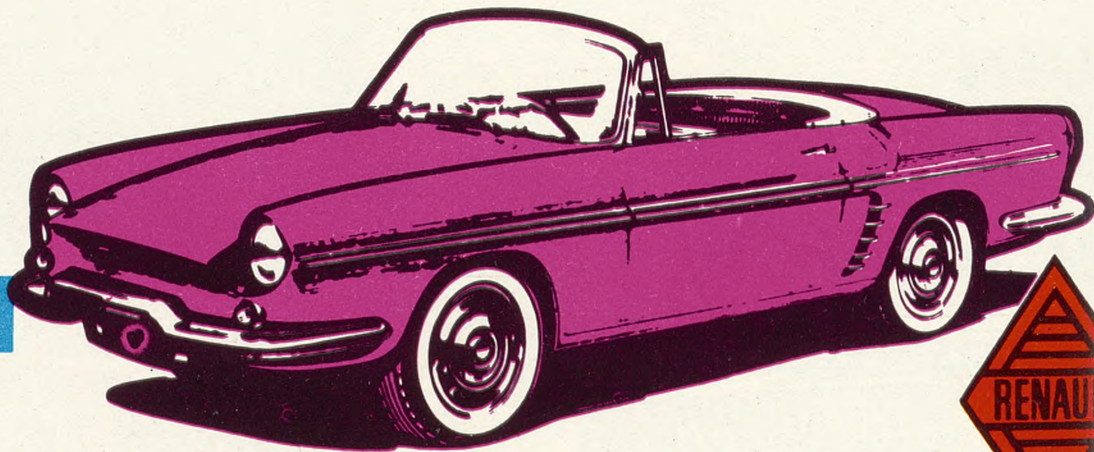




Dauphine

DAUPHINE	**$ 1.054**
ONDINE	**$ 1.154**
FLORIDE	**$ 1.772**

Incluída matriculación T. T.



FLORIDE



PARA INFORMACION Concesionarios RENAULT en:

- **VALENCIA**
  Mestre Racional, 19 - 21
- **SEVILLA**
  M. Vázquez Sagastizábal, 3
- **PALMA DE MALLORCA**
  Av. Alejandro Roselló, 79
- **CADIZ**
  Av. Cayetano del Toro, s n.
- **MALAGA**
  Carretera de Cádiz, 178
- **BILBAO**
  Gran Vía, 66
- **ORENSE**
  General Franco, 68
- **LUGO**
  Ronda de los Caídos, 30

MADRID
P.º Calvo Sotelo, 16

- **BARCELONA**
  Rosellón, 188 - 190
- **SANTANDER**
  Paseo Pereda, 35
- **LA CORUÑA**
  Pardo Bazán, 22
- **VIGO**
  García Barbón, 4
- **OVIEDO**
  Principado, 9

ENTREGA INMEDIATA

MUNDO HISPÁNICO

Director: FRANCISCO LEAL INSÚA
Subdirector: SALVADOR JIMÉNEZ
Redactor-Jefe: JOSÉ GARCÍA NIETO

NÚMERO 171 - JUNIO - AÑO XV - 15 PESETAS

Depósito legal M. 1.034-1958

SUMARIO

PÁGS.

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid (3)

TELÉFONOS

Dirección 244 02 48
Redacción 244 06 00
Administración 243 92 79

DIRECCIÓN POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.), Oñate, 11 - Madrid (20)

IMPRESO EN LA FÁBRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1962 NUMBER 171, ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPÁNICO», SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA.—Semestre: 85 pesetas.—Año: 160 pesetas.—Dos años: 270 pesetas.—Tres años: 400 pesetas.

AMÉRICA.—Año: 5 dólares U. S.—Dos años: 8,50 dólares U. S.—Tres años: 12 dólares U. S.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Año: 6,50 dólares U. S.—Dos años: 11,50 dólares U. S.—Tres años: 16,50 dólares U. S.

EUROPA Y OTROS PAÍSES.—Año: certificado, 330 pesetas; sin certificar, 270 pesetas.—Dos años: certificado, 595 pesetas; sin certificar, 475 pesetas.—Tres años: certificado, 865 pesetas; sin certificar, 685 pesetas.

NOTA.—En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario.



BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

DOMICILIO SOCIAL: ALCALA, 14
MADRID

CAPITAL DESEMBOLSADO Y RESERVAS: 2.852.037.510,50 Ptas.

503 DEPENDENCIAS EN ESPAÑA Y AFRICA

DEPARTAMENTO DE EXTRANJERO:
CEDACEROS, 4 - MADRID

ESPAÑA EN PRIMERA LINEA DE LA SEGURIDAD SOCIAL

Residencia sanitaria de Palma de Mallorca

Por
Francisco Tomás Comes

Desde hace casi un siglo en que aparecen, con un específico carácter de intervención estatal, los primeros seguros sociales, hasta el momento actual, mucho han variado los sistemas, la vida, las necesidades e incluso la problemática que dio origen a su implantación.

Lo que en principio fue un débil intento local, fundamentado esencialmente en el seguro libre mercantil sobre bases íntegramente actuariales, se convirtió, primero con lentitud y después con vértigo, en una necesidad laboral y humana que extendió sus raíces en todos los Estados. Hoy puede asegurarse que la casi totalidad de los países del mundo han establecido su régimen de seguridad social con mayor o menor perfección y criterios diferentes, a veces muy dispares, pero en todos los casos tratando de resolver un mismo problema, lo que demuestra que los seguros sociales han tomado carta de naturaleza en nuestras leyes, convirtiéndose en algo básico en todos los sistemas políticos.

Si cada momento histórico es la consecuencia inmediata de su precedente, si en el acontecer diario cada hora condiciona a la siguiente, nuestra circunstancia actual depende del turbulento y caótico siglo XIX, saturado de conflictos y empapado de vida, tan oscuro a veces y a veces tan nuevo en la trayectoria histórica de la humanidad.

EL SIGLO XIX

En aquel tiempo de la máquina y el romanticismo, del capital y la anacreóntica, de la eclosión industrial y el parnasillo, del vapor y los acrósticos, de la lucha clasista y las modas de *Madama Petibón*, del *homo aeconomicus* y el daguerrotipo, y la ley de la oferta y la demanda, y los continuos cambios de gobierno... surge una fuerza nueva, un problema distinto y desbordante: lo social.

Hasta entonces todos los intentos para establecer una garantía y una seguridad en el orden social habían pertenecido al campo de la utopía filosófica, pero los prototipos del cesante y del pedigüeño empiezan a recorrer las páginas de la literatura costumbrista, cuando no existe otro remedio reparador para la miseria que la «sopa boba» y los bailes benéficos de sociedad.

BOLÍVAR Y LA SEGURIDAD SOCIAL

Al principio del pasado siglo, cuando los países hispanoamericanos iniciaron el ensayo de su independencia, los más sensibles vieron la realidad de un mundo en fermentación, de una conciencia por primera vez colectiva que necesitaba una garantía y una seguridad. Algo distinto.

Ya en 1819 Simón Bolívar, en un célebre discurso, declaraba que «el sistema de gobierno más perfecto es el que engendra la mayor suma de *seguridad social* y la mayor suma de *seguridad política*». Desde entonces al nacimiento del sistema obligatorio de los seguros sociales, en Alemania, sugerido por Bismarck en 1881 e implantados en 1883, habrían de transcurrir más de sesenta años, y cien años justos hasta la paz de Versalles, en la que, con la creación de la Sociedad de Naciones, nacería la Organización Internacional de Trabajo.

CIEN MIL ESTUDIANTES ACOGIDOS AL SEGURO ESCOLAR • MAS DE UN MILLON DE ANCIANOS CUENTAN CON PENSIONES DE VEJEZ

DESDE 1938 LOS TRABAJADORES IBEROAMERICANOS ESTAN EQUIPARADOS A LOS ESPAÑOLES

El término "Seguridad social" lo empleó por primera vez Bolívar



La asistencia a los recién nacidos es una de las preocupaciones del Seguro

ESPAÑA Y LOS SEGUROS SOCIALES

Desde el primer momento España se sumó al movimiento europeo de seguridad social. Es un síntoma indudable de importancia el hecho de que simultáneamente a la creación de los primeros seguros sociales, en Alemania, se instituyera en España la Comisión de Reformas Sociales, creada también en 1883, que se convirtió en 1903 en el Instituto de Reformas Sociales, simiente del actual Instituto Nacional de Previsión, establecido por Dato en 1908. No obstante, puede afirmarse que los seguros sociales nacen en España con el siglo, al publicarse la primera ley de Accidentes de Trabajo.

Pero estos primeros seguros sociales tienen el carácter de voluntarios. Así surgen las pensiones de retiro, el seguro infantil de dote y las Mutualidades y Cotos Escolares de Previsión, que todavía subsisten bajo la denominación de Libertad Subsidiada. Hasta esas etapas los Estados habían seguido una política no intervencionista, eran los residuos de los Estados gendarmes anteriores. Pero este sistema voluntario de seguros sociales no resultaba suficiente ni resolvía plenamente el problema planteado y, en 1919, se crea, con carácter obligatorio, el primer seguro social español, que fue el de Retiro Obrero, implantado dos años más tarde.

A este seguro siguen los de Maternidad (1929) y Accidentes de Trabajo (1932), ambos obligatorios también.

NUESTRA SEGURIDAD SOCIAL, HOY

Sin embargo, podemos considerar que la seguridad social no comienza en España hasta la iniciación del Movimiento Nacional. Lo otro fue prehistoria, débiles intentos y ensayos de vanguardia. Pero en 1938, al otorgarse el Fuero del Trabajo, recorrido totalmente por la savia de la doctrina cristiana tan entregada desde su magisterio a estos problemas, se establecen los cimientos de la previsión y de la seguridad social, como preocupaciones fundamentales del Estado. Y en ese mismo año de 1938, al implantarse el Régimen Obligatorio de Subsidios Familiares, se inicia realmente, en España, la nueva y definitiva etapa de la seguridad social.

Es también verdaderamente significativo el hecho de que en el Reglamento general del Régimen de Subsidios Familiares, en su artículo 9.º se establezca que «los súbditos portugueses, los de Andorra y los de los países hispanoamericanos quedan equiparados a los trabajadores españoles». Era el primer paso para la creación de un bloque iberoamericano de seguridad social, que ya se encuentra en marcha y que ha alcanzado singulares objetivos, extendiéndose hoy a filipinos y brasileños.

Después, de una forma vertiginosa, se van implantando los demás seguros sociales: en 1939, el Subsidio de Vejez, que absorbe al antiguo Retiro Obrero, y se transforma, en 1947, en Seguro de Vejez e Invalidez; en 1942, el Seguro de Enfermedad, en el que se integra el antiguo de Maternidad; en 1947 se crea el Seguro de Enfermedades Profesionales; en 1953 se implanta el Seguro Escolar; en 1955 se dictan nuevas normas sobre el Seguro de Accidentes de Trabajo; en 1959 nacen la Mutualidad Nacional de Previsión Social Agraria, que absorbe a los anteriores regímenes creados a partir de 1943, y el Montepío Nacional del Servicio Doméstico; en 1961, el Seguro de Desempleo, en el que se integran los anteriores Subsidio de Paro Tecnológico (1954) y Seguro de Paro (1959), y en 1962 el nuevo Régimen de Ayuda Familiar, en el que quedará convertido, desde el próximo año, el actual de Subsidios Familiares.

RIESGOS ASEGURADOS

Se puede considerar que en España, actualmente, están asegurados la totalidad de los riesgos laborales y familiares: las distintas incapacidades, muerte o lesiones consecuentes de accidentes de trabajo o enfermedades profesionales; las cargas familiares; la enfermedad en todos sus aspectos de medicina preventiva, asistencia médico-farmacéutica, hospitalización, intervenciones quirúrgicas e indemnización por pérdida de retribución; maternidad; orfandad; viudedad; vejez; la invalidez por causas distintas al trabajo; el desempleo, etc.

También existen una serie de ayudas por

QUINCE MILLONES DE ESPAÑOLES SON ATENDIDOS GRATUITAMENTE POR MAS DE TRE
FERMEDAD ATIENDE AL NACIMIENTO DE DOSCIENTOS CUARENTA MIL NIÑOS • UNO



Residencia sanitaria de Alicante

natalidad, nupcialidad, gastos de sepelio, becas para estudios por orfandad o por infortunio familiar e incluso préstamos económicos a los que han finalizado sus carreras, para que puedan iniciarse en su vida profesional.

POBLACIÓN ACOGIDA

Con la reciente creación del Montepío Nacional del Servicio Doméstico y de la Mutualidad Nacional de Previsión Social Agraria, puede decirse que están acogidos a los beneficios de la seguridad social la totalidad de los trabajadores españoles por cuenta ajena, trabajadores a domicilio y amplios sectores de los autónomos, existiendo regímenes especiales para aquellas profesiones que por su carácter de temporalidad o de trabajo tienen peculiaridades diferenciadoras, tales como los pescadores, trabajadores de aprovechamientos forestales, de productos cítricos, de industrias de conservas vegetales, etc., estando incluso acogidos los enfermos lazarinos.

CIFRAS REVELADORAS

Existen actualmente 38 residencias sanitarias, con 11.500 camas para la hospitalización, y otras 12, con 3.500 camas más que entrarán próximamente en funcionamiento. Más de 37.000 médicos y auxiliares sanitarios cuidan de la salud de cerca de 15 millones de españoles acogidos. Hay en servicio 334 ambulatorios y 56 en construcción, con consulta de medicina general y de toda clase de especialidades médicas, con un promedio diario de asistencia de unos 50.000 casos, abarcando este ciclo asistencial la maternidad y la puericultura, en su forma más completa. Cada año el Seguro de Enfermedad atiende y cuida el nacimiento de 240.000 niños.

Durante el año 1961, un millón y medio de familias han recibido prestaciones del Régimen de Subsidios Familiares: Subsidios, Premios por Nupcialidad y Natalidad, Pensiones de viudedad y orfandad, etc. Más de un millón de ancianos cuentan hoy con pensiones de vejez, cuyo importe anual supera los 3.700 millones de pesetas. Unos 450 millones de pesetas es el importe anual de las pensiones que se abonan a los accidentados en el trabajo. Más de 20.000 afectados por enfermedades profesionales reciben también su pensión vitalicia. La Mutualidad Nacional de Previsión Social Agraria prevé un volumen de prestaciones generales que se elevará a los 4.000 millones de pesetas anuales, mientras que el régimen anterior que disfrutaban los trabajadores agrícolas abonó, en sus quince años de vigencia, unos 25.000 millones de pesetas en prestaciones. Más de 22.000 obreros han recibido prestaciones del Seguro de Paro, cuyo coste se elevó a cerca de 200 millones de pesetas. Finalmente, el Seguro Escolar acoge a más de 100.000 estudiantes y el Montepío Doméstico, que cuenta ya con 350.000 afiliados, ha satisfecho en el último año unos 75 millones de pesetas.

He aquí unas cifras reveladoras sobre la preocupación del Estado español en el campo de la seguridad social para beneficio de los trabajadores.

F. T. C.

TA Y SIETE MIL MEDICOS Y AUXILIARES SANITARIOS • CADA AÑO EL SEGURO DE EN-
CUATRO MIL MILLONES DE PESETAS ABONARA ANUALMENTE LA MUTUALIDAD AGRARIA

MEXICO Y SU REFORMA AGRARIA

RAPIDA EVOLUCION DE LA ESTRUCTURA INDUSTRIAL



Campesinos de Dolores

Por cualquier camino, encrucijada o atajo que el viajero tome en Iberoamérica escuchará siempre el mismo problema: el de la tierra ¿Por qué? Porque el 1,52 por ciento de los propietarios controla el 52 por ciento del área cultivable y porque —además— cada país depende, en gran parte, de una producción de monocultivo. Así Colombia hace del café, como el Brasil, el elemento central de su vida económica. Estos dos países siguen teniendo el café como su *salario del miedo*, puesto que representa el 68 por ciento de sus ingresos exteriores. La lista sería del mismo talante en otras repúblicas. Lo cierto es que en la reunión de Gobernadores del Banco Interamericano, en el mes de abril de este año, el Ministro de Hacienda de Colombia se ha visto obligado a decir estas palabras: «Colombia ha perdido, con la baja de los precios del café, dos o tres veces las cantidades que ha recibido, como ayuda, del Plan de la Alianza para el Progreso...»

Estos hechos, que hacen irreversible, a la vez, la reforma agraria y la necesidad de la estabilización de los precios en el mercado mundial, obligan a examinar con atención los resultados obtenidos por México después de su reforma agraria. Ha sido el primero de los países que la ha iniciado y también el único que se mantiene en cierta estabilidad y en el arco de una rápida evolución cósmica y dramática, pero inevitable, del continente iberoamericano.

EL MÉXICO DE LA REVOLUCIÓN

Según el censo de 1910 —año de la Revolución— México tenía 15.160.369 habitantes. Por sectores de producción la agricultura representaba el 80 por ciento de la masa laboral activa. Para comprender esta cifra es preciso resumir que, actualmente, la Europa meridional dispone de un 43 por ciento de obreros en el campo frente a un 22 por ciento escaso en el bloque del Mercado Común (promedio de Alemania, Francia, Italia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo) y menos de un 9, hoy, en los Estados Unidos.

Es de advertir, no obstante, que en dieciséis repúblicas iberoamericanas se da el caso **—en 1962— de la existencia de una masa laboral agraria superior al 50 por ciento del total de los trabajadores y que en cinco de ellas se supera, aún, el 70 por ciento. Estas aterradoras cifras revelan en qué medida el problema agrario es gigantesco.**

Añadamos, de cara al México de 1910, que el censo citado hablaba de 840 hacendados entre los cuales estaba el general Terrazas como propietario, en el Estado de Chihuahua, de millones de hectáreas. Señalemos, a su vez, que sólo quince haciendas representaban 1.464.612 hectáreas.

Entre estas enormes propiedades privadas cabe destacar la de San Blas, con 395.000 hectáreas, y la Lagunita del Dosal, con 158.123. Tal era la situación. Sobre este esquema de latifundismo y absentismo señorial y feudal se tensó el drama histórico de la revolución mexicana de los años diez, pero que se continuó, prácticamente, durante tres decenios.

Convendría tener en cuenta en este punto,



Lucha constante y superadora de la urbanización con el agro. El campo a veces rinde sus armas a las necesidades de la comunicación. En el camino de Taxco, la autopista de Cuernavaca tuvo que abrir sus caminos ante la poderosa realidad de los volcanes

como muy claramente escribió recientemente el historiador Jesús Silva Herzog, que ni incluso en esas condiciones los grandes hacendados consiguieron alimentar al país, ya que en 1911-1912 se importaron 27 millones de pesos de maíz y 94 millones de pesos de otros granos.

De todas formas, nadie olvide que la redistribución de las tierras mexicanas, pese a la revolución, no recibe un impulso profundo y verdadero hasta el Gobierno de Lázaro Cárdenas. Cuando éste terminó su mandato en 1940 tenía en su personal haber el reparto de dieciséis millones de hectáreas.

LA INTEGRACIÓN NACIONAL

La reforma agraria significó en México, antes que nada, una suerte de integración nacional, es decir, ha fundido el país. Ha creado una conciencia que era inexistente antes en razón del vacío o distanciamiento suscitado por el *status* latifundista.

Es cierto que el sistema *ejidal* no ha estado completado con una profunda y vasta reforma educacional de promoción de la enseñanza y que el sistema crediticio —inevitable en un proceso de ese carácter— no ha tenido la eficacia necesaria en buen número de casos. Lo que no cabe duda es que si bien es cierto que la revolución mexicana no es exactamente una reforma agraria, sino el mecanismo político y social que la hace posible años más tarde, tampoco cabe negar un hecho indiscutible: que el planteamiento actual de la economía del país sería impensable sin haberse producido ambos acontecimientos.

LOS CAMBIOS REALES

¿Cuáles son los cambios reales producidos en México? ¿En qué medida se puede hablar hoy de culminación en el país de esa etapa reformista que constituye ahora el centro explosivo de la mayor parte de las repúblicas iberoamericanas?

En principio es preciso aceptar estos hechos: que en 1906 nada menos que el 97 por ciento de las tierras cultivadas pertenecían a un millar escaso de propietarios. Actualmente, sobre ese área, se ha instalado un millón de pequeños propietarios que constituyen la columna vertebral de la agricultura mexicana. Sobran las palabras.

La Ley de 1915, con la que realmente se da comienzo a la reforma, estableció las bases de la transformación. Por ello, en los momentos actuales, un particular no puede poseer más de 150 hectáreas de regadío ni más de 300 de secano. Las disposiciones, por supuesto, para tierras de pastos son más amplias.

Al millón de pequeños propietarios ha de unirse el millón y medio de ejidatarios (1.378.326) o campesinos pobres —gran parte indios— a los que se han repartido pequeños lotes de tierra expropiada entre 2 y 5 hectáreas.

LA REFORMA TÉCNICA

En el momento que realizó México su experiencia existían pocos antecedentes, y los conocimientos agrarios, además, eran reducidos

y dispersos. El sentido de planificación democrática, las ideas de una reforma de la enseñanza y del crédito, etc., no estaban muy extendidas. Por tanto, las dificultades fueron grandes y se produjeron diversos colapsos en la producción. Esto fue causa y pretexto suficiente para que numerosos grupos se apresuraran a decir que la reforma había sido un fracaso. Las viejas oligarquías de la tierra, que jamás se habían preocupado de establecer un *status* decente para sus campesinos, se apresuraron a decir que los ejidos (se tomó la palabra de las antiguas colectividades campesinas organizadas para los indios) eran de tierra baldía y de secano y que en nada se remediaba la pobreza.

Evidentemente, en 1930 seguía sin resolverse el problema de los lotes pobres. Era y es indudable que la obra del Gobierno no puede quedar resuelta con una distribución más racional y justa, sino con la cooperación y ayuda a los nuevos propietarios surgidos, en el fondo, de un universo feudal. El caso es que en 1930 la pequeña propiedad privada disponía del 86,95 por ciento de las tierras de regadío, en tanto que los ejidos controlaban sólo el 13,05 de ellas.



Campos de Acapulco; tierras donde parecen pedir «orden y concierto» las gracias abundantes de la naturaleza

En el curso de los últimos decenios se ha alterado grandemente esa situación, ya que en 1940 el salto hacia adelante era muy considerable. Por último, y en el censo de 1950 —después de un vasto movimiento técnico de perforaciones—, la situación global era la siguiente:

a) La pequeña propiedad tenía en regadío el 50,18 por ciento de su área.

b) Los ejidos, a su vez, habían conseguido irrigar el 49,82 por ciento de sus tierras.

Cabe decir, no obstante, que la «pequeña» propiedad —repito que según la Ley los ranchos no pueden ser mayores de 150 hectáreas si son de regadío; superiores a 300 si son de secano y pueden llegar a 5.000, según los casos, si se trata de pastos naturales— representaba en 1950 el 72 por ciento de la superficie cultivada, aunque tal cifra se hallaba constituida solamente por el 26 por ciento de las haciendas.

EL DESEQUILIBRIO DE LOS EJIDOS

Ello quiere decir que no se ha resuelto enteramente, pese a los esfuerzos realizados, el dilema que representa para el ejido su peligrosa micro-organización minifundista. No cabe duda que el Gobierno, que había creado en 1935 el Banco Nacional del Crédito Ejidal, tiene que arbitrar mayores esfuerzos para resolver el desequilibrio entre la llamada pequeña propiedad y el sistema ejidal.

EL SISTEMA DE LOS REGADÍOS

En orden al regadío los esfuerzos son notorios, sobremanera a partir de 1950. De todas formas, y para medir su significación, conviene tener en cuenta que por iniciativa gubernamental, y hasta 1960, el Gobierno había completado la irrigación de dos millones y medio de hectáreas. Los propietarios privados habían completado, a la vez, su propia tarea proporcionando agua —sobre todo por medio de perforaciones, en tanto que el Estado hace frente a los planes que abarcan, como en Sonora, extensiones de 220.000 hectáreas, sobre el Río Yaqui, y partiendo del embalse de Álvaro-Obregón— a más de cuatro millones de hectáreas.

Preciso es decir, en este punto, que México tiene una superficie de dos millones de kilómetros cuadrados, de los cuales algo así como 145 millones de hectáreas aparecen como zonas de agricultura, aunque se comprendan en esta cifra general los 20 millones de hectáreas incultas. Obvio es decir que los pastos naturales y los bosques representaban el 46,2 por ciento y el 26,7 por ciento, respectivamente, de la extensión agraria del país en el censo de 1950.

AUMENTO DE LAS PRODUCCIONES

Una de las causas que hacen imperiosa y precisa la reforma agraria en el universo iberoamericano no descansa solamente en un irreversible sentido de la justicia distributiva, sino también en un mínimo ideario de supervivencia. Este aspecto se comprenderá fácilmente cuando se advierta que algunos de los países iberoamericanos que viven en régimen de latifundio y monocultivo —pese a la extrema fertilidad de algunas regiones que sabiamente aprovechadas proporcionarían alimentos suficientes a sus poblaciones— se ven obligados a consumir enormes cantidades de divisas en la compra anual de productos agrícolas. Con ello se hace casi imposible —aunque beneficie a la oligarquía —la transformación y diversificación industrial. Primero, porque el obrero industrial necesita un género de alimentación estable y suficiente; y, segundo, porque las divisas que debieran incorporarse a la educación y a la compra del equipo industrial o técnico son devoradas, anualmente, por los artículos de subsistencia. El problema es tanto más grave cuando se haga ver que Iberoamérica crece, globalmente, a uno de los ritmos demográficos más altos del planeta: un 2,5 anual.

En líneas generales podría decirse, al revés, que la reforma agraria mexicana ha significado una indudable elevación de la producción en muy diversos sectores. Como tasa media el promedio de aumento ha sido del cien por cien con respecto a 1930. Algunos artículos, por supuesto, progresaron a un ritmo mayor, pero las tendencias son muy claras:

	Promedio 1929-1933	Promedio 1959-1960
Maíz	1.776.000 Tn.	5.700.000 Tn.
Trigo	390.000 »	1.400.000 »
Plátanos	340.000 »	486.000 »
Naranjas	108.000 »	666.000 »
Limones	17.000 »	88.000 »
Piña	29.000 »	186.000 »
Algodón	43.000 »	460.000 »
Caña de azúcar	3 240.000 »	15.000.000 »
Tabaco	11.000.000 »	72.000.000 »

Es indudable, y a ojos vistas, que el desarrollo agrario es ostensible; pero teniendo en cuenta el área disponible y las posibilidades del país, no menos patente es que el rendimiento por hectáreas sigue siendo bajo, sobre todo si se compara con los índices norteamericanos o europeos de Holanda, Bélgica, Alemania y Francia, donde la tecnificación y preparación de los hombres es enorme.

Este dato, la preparación de los hombres, es esencial en una reforma agraria o estructural positiva, y todo cuanto se realice en este punto será de efectos enérgicos y profundos. Consideremos que en Holanda (40 quintales métricos de trigo por hectárea) existe un experto agrícola por cada 220 campesinos y el Gobierno prepara hoy una promoción cultural suficiente para crear un experto por cada cien, y que en Dinamarca, una de las agriculturas mejor programadas de la Tierra, uno de cada tres jóvenes campesinos pasa por la Escuela Superior de Agricultura entre los 18 y los 23 años.

LA MASA LABORAL

Decíamos al principio que en 1910 los cálculos habituales indican que, al menos, un 80 por ciento de la población laboral estaba centrada en el sector agrario ¿Cuales son los cambios efectuados en esa estructura?

La rápida industrialización, y la no menos profunda y notoria urbanización (México, capital, representa ya el 17 por ciento de la po-

blación total del país), han determinado, con la reforma de la tierra, cambios considerables, que necesitan ser profunda y ardorosamente estimulados y proseguidos para no perder el terreno ganado.

Los últimos censos centran el problema en los siguientes términos: En 1930, la población rural constituía el 66,5 por ciento de la población total. Diez años más tarde la proporción parece ser casi idéntica (64,9), pero en 1960 fue ya de un 55 por ciento. En resumen, en ese último año, la población laboral dedicada a las faenas campesinas pareció estar compuesta por el 53 por ciento de la población trabajadora total.

La cifra es todavía enorme y ello significa que hay un porcentaje grande de masa excedente que obliga al periódico éxodo temporal —la recogida de las cosechas— a los Estados Unidos, donde acuden, anualmente, unos 450.000 braceros mexicanos.



Este campesino, fiel a la tierra, tiene al fondo la nevada mole del legendario Popocatepell

REPRESENTACIÓN EN LA RENTA NACIONAL

Con el 53 por ciento de la población laboral dedicada a la agricultura, ¿qué papel tiene aquélla en la renta nacional?

Desde hace unos años, lo que es síntoma del crecimiento del sector industrial, el promedio agrícola tiende a disminuir. Lo cierto es que actualmente la agricultura (vegetal y animal, se entiende) viene a ser el 32,3 por ciento de la renta nacional.

Esto demuestra, aún, la presencia de elementos de desequilibrio indudables. Consideremos que en países donde se ha llegado a verdaderas revoluciones técnicas de la agricultura, como ocurre en el Mercado Común Europeo, el producto agrario no representa nada más que el 13 por ciento de la renta nacional, mientras que el sector industrial y los servicios —las claves del desarrollo— ocupan los puestos predominantes.

En la Europa meridional (España, Chipre, Portugal, Yugoslavia y Grecia) el promedio agrícola en la renta nacional es un 31 por ciento del total. Individualmente, por ejemplo, España ha conseguido reducir su promedio agrícola a un 27 por ciento del total de la renta nacional, pero en Grecia todavía representa el 35 por ciento.

Ello quiere decir que México tiene ante sí unas etapas de trabajo y desarrollo muy importantes que obligan a planificaciones de conjunto. Sobre todo es preciso no olvidar que México tiene ya 36 millones de habitantes y que su crecimiento demográfico —mucho más alto que el promedio iberoamericano y solamente inferior al costarricense y venezolano y acaso de alguna región centroamericana— llega anualmente al fabuloso aumento del 3,1 por ciento. Esto quiere decir que el país tiene cada año más de un millón de nuevos habitantes, con lo que el problema nacional del desarrollo adquiere un dramatismo y una urgencia indiscutibles.

LA PRODUCCIÓN INDUSTRIAL

En razón de sus reformas básicas México ha podido efectuar una rápida y profunda evolución y transformación de su estructura industrial, que hoy constituye el 30 por ciento de su renta nacional (en España es el 31 por ciento), pero es preciso decir que el ritmo es rápido y que entre 1950 y 1960 el volumen de la producción industrial —sostenida por las fuertes inversiones estatales— ha sido casi doblado.

DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA

La economista Ifigenia Martínez de Navarrete, una de las figuras más interesantes de la nueva promoción intelectual mexicana, publicó recientemente un trabajo titulado «La distribución del Ingreso y el Desarrollo Económico de México», en el que se estudia concienzudamente este problema y en el que demuestra que la distribución de la renta nacional, por sectores, sigue siendo muy desigual e injusta.

Según las cuentas de la joven y brillante economista, el 10 por ciento de las familias controlan el 46,7 por ciento de los ingresos nacionales, en tanto que el 60 por ciento de la población familiar (clase media baja y clase popular) se distribuye, solamente, el 20,6 por ciento.

Es evidente que el análisis ejidal proporcionaría —en ese sector agrario— rentas muy bajas. Todo ello corrobora que México se encuentra hoy en un periodo ascendente, cierto, que es producto inequívoco de los resultados acarreados por la reforma, pero no menos verdad es que su equilibrio se encuentra presionado por el gigantesco crecimiento de la población y por la necesidad de realizar, sin necesidad de tantos dolores, la segunda gran operación quirúrgica —distribución justa de la renta, planificación democrática y reordenación del cuadro económico— para hacer frente a los problemas del día de hoy. En último trance este hermoso y mágico país tiene y debe tener energía suficiente para comprender que esa segunda etapa tiene que cumplirse también y que, por haber realizado la primera y más difícil, debiera pasar a la segunda con claridad y precisión. Lo que no hay duda es que las transformaciones subsiguientes son ineludibles a escala continental. Ningún conformismo puede evitarlas. Ninguna palabra, a su vez, elude el dilema.

E. R. G.



El regreso del trabajo tiene siempre algo de rito, algo de final conmovedor de obra y melodía cumplidas

TEXTOS

del mensaje del excelentísimo señor Presidente al hacerse cargo del Poder

- *Reconozco a la Iglesia Católica como una Sociedad perfecta, con fines y medios propios. El Estado, lejos de guardar prevenciones contra la acción de la Iglesia en prosecución de sus nobles fines, acogerá el aporte que ella puede y debe dar a la promoción del bien común.*
- *Esta consagración implica graves compromisos hacia las generaciones pasadas, presentes y futuras.*

Me compromete hacia las generaciones pasadas, por cuanto debo respetar, conservar y robustecer los valores espirituales sobre la dignidad humana, la libertad y el derecho de cada hombre al desarrollo pleno de su personalidad, que esas generaciones establecieron como sólido fundamento de nuestra vida republicana.

Me compromete hacia las generaciones presentes, porque debo agotar todo esfuerzo para satisfacer su inaplazable aspiración de contar con condiciones de vida que hagan reales, y no ilusorios, todos aquellos valores que heredaron del pasado.

Me compromete hacia las generaciones venideras, ya que gobernar es, en gran parte, resolver hoy las necesidades de mañana. Nuestros hijos no deben pagar, con angustia y lágrimas, la imprevisión del presente.

- *No vacilaremos en cumplir la función social que, según la filosofía social cristiana, corresponde al Estado realizar interviniendo en los procesos económicos, como lo declara el Papa Juan XXIII, con apego al respeto de los derechos de los demás, siempre que por esos derechos no se entienda privilegios de grupo que retarden o imposibiliten la realización del bien común*
- *La revolución social que auspiciamos, buscará, en primer lugar, educar al hombre, y lo lanzará luego a crear los bienes y servicios necesarios para que el hombre viva dignamente. Por eso el segundo requisito de la revolución o transformación que estamos impulsando en Costa Rica es un gran esfuerzo productivo. Esto quiere decir que debemos todos ponernos a trabajar, apoyados los unos en los otros, combinando la iniciativa privada, que por sí sola puede alcanzar muy poco, con la acción colectiva, ya sea coordinada por convenios de carácter particular o bien integrada por la directa participación del Estado.*
- *En esta etapa nos acogeremos, sin rubor, al ofrecimiento de cooperación financiera y de experiencia técnica que nos hacen los Estados Unidos de Norteamérica.*
- *Recogeremos con dignidad los medios que la Alianza para el Progreso ponga en nuestras manos, comprometiéndonos a que esos recursos no beneficien únicamente a unos pocos círculos privilegiados, sino a todos los costarricenses y, en mayor grado, a quien se encuentre en mayor necesidad.*
- *Llevad a vuestras tierras, ilustres Representantes de Gobiernos y pueblos amigos, la noticia de que en el centro de este continente hay un pueblo que hoy, a través de mi modesta persona y en calidad de su Primer Mandatario, ha jurado ser libre y ser amo de sus destinos.*

Decid que triunfará en su empeño porque a su lado está el Dios de la justicia y del amor.

ORLICH, NUEVO PRESIDENTE

El Ministro español de Asuntos Exteriores, invitado de honor en la transmisión de poderes

Para asistir a la toma de posesión del nuevo Presidente de Costa Rica, excelentísimo señor don Francisco J. Orlich Bolmarich, ha sido especialmente invitado el Ministro español de Asuntos Exteriores don Fernando María Castiella, al que acompañaban su esposa doña Sol Quijano de Castiella; el Director general de Régimen Interior del Ministerio don Germán Burriel, y el jefe del Gabinete técnico don Gabriel Cañadas; el Director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón, y el Subdirector, don Pedro Salvador.

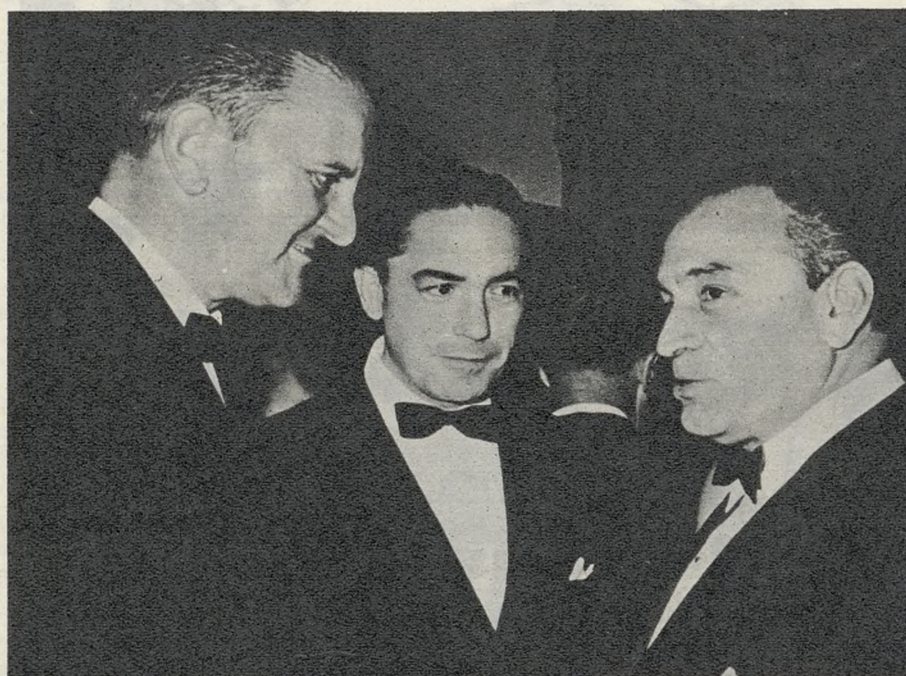
Al llegar al aeropuerto de San José los miembros de la Misión extraordinaria española fueron saludados por el Ministro de Asuntos Exteriores de Costa Rica; por el señor Quirós, designado ministro de la Presidencia, que ostentaba la representación personal del doctor Orlich; por el Encargado de Negocios de España, señor González Mesa, y por los miembros del séquito costarricense adscrito al señor Castiella, figurando también en la recepción de bienvenida destacados representantes de la Casa de España, Cámara Española de Comercio, Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, Órdenes religiosas y otras personalidades, así como los señores Pozuelo



Excelentísimo señor don Francisco J. Orlich

y Urbina, que fueron embajadores en Madrid.

Varios equipos especiales de la radiodifusión entrevistaron al Ministro español, entablándose un diálogo muy cordial en el que ha sido subrayada de manera especial la amistosa actitud de España hacia Costa Rica al enviar esta Misión extraordinaria. En el aeropuerto se había congregado numeroso público, que aclamó al señor Castiella y a sus acompañantes. Posteriormente, el Presidente electo, doctor Orlich, ofreció una comida al Ministro español y a los miembros de la Misión como significada deferencia, ya que el programa de los actos oficiales no se iniciaría hasta el día siguiente en que el señor Castiella hizo entrega de sus cartas credenciales al Pre-





El Ministro español don Fernando María Castiella y el Director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón, conversando con el Secretario general del APRA, don Ramiro Prialé, en la recepción que el Gobierno saliente ofreció a las Misiones extranjeras en el Ministerio de Relaciones Exteriores (*Foto Artavia*)

DE COSTA RICA

sidente saliente doctor Echandi, visitando después la basílica de los Ángeles, donde oró ante la imagen de la Patrona de Costa Rica. También visitó el señor Castiella la ciudad de Cartago, antigua capital de la época española.

Durante la recepción que el Ministro costarricense de Relaciones Exteriores ofreció en honor de las Delegaciones extranjeras, el Ministro español departió cordialmente con el Presidente saliente doctor Echandi, con varios miembros de su gobierno y con el Nuncio de Su Santidad, sosteniendo también un amplio cambio de impresiones con los secretarios generales de la O. E. A. y de la O. D. E. C. A., , señores Mora y Zeledón.

A las ocho de la mañana del día 8 de mayo dieron comienzo las ceremonias de transmisión del poder presidencial, ante un público de más de 15.000 personas, actos que se prolongaron hasta las tres y media de la tarde. La presentación de las Delegaciones extranjeras se realizó con especial solemnidad, haciendo la entrada cada Delegación precedida de su bandera. Al aparecer la Misión española, el señor Castiella, a petición del locutor, dirigió por los micrófonos un emotivo saludo al pueblo costarricense, que fue acogido con una gran ovación.

El Presidente Orlich juró su cargo a las doce y pronunció un importante discurso en el que expuso el programa político que desarrollará durante su mandato de 1962 a 1966, subrayando el carácter anticomunista del nuevo Gobierno y su firme decisión de acometer las reformas económico-sociales que se inspiran en los textos pontificios. También proclamó su adhesión al programa *Alianza para el progreso*, que beneficiará directamente a las clases más necesitadas. Terminado el discurso presidencial, el Arzobispo de San José ofició un *Te Deum* y a continuación desfilaron ante la tribuna, durante dos horas, los alumnos de los colegios oficiales y privados. Varios grupos



Los miembros de la misión española, presididos por el señor Castiella, entran al recinto en que iba a tener lugar la transmisión de poderes (*Foto Gómez Calvo*)



El excelentísimo señor don Mario Echandi, Presidente saliente de Costa Rica, recibe al Ministro español de Asuntos Exteriores en el acto de presentación de credenciales

DECLARACIONES DEL MINISTRO ESPAÑOL

De las manifestaciones que el Ministro español de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, hizo en Costa Rica, recogemos estos párrafos por su especial significación:

● En este primer reencuentro mío con Hispanoamérica, al cabo de largos años, me complace extraordinariamente que mi visita sea a Costa Rica. Un español no sabría jamás distinguir en su afecto a ningún país hispanoamericano. Todos son para nosotros iguales en nuestro corazón. Pero quiero decir que en España sentimos una especial admiración y un orgullo fraternal por esta pequeña Costa Rica, cuya tradición de pacífico civismo y de equilibrio político y social constituye un alto ejemplo de madurez y serenidad.

● En el terreno de la colaboración entre nuestros dos países hay un tema al que me gustaría referirme por creer que tiene una gran importancia para el futuro. Hablo del Tratado de Doble Nacionalidad, aún en vías de realización. Yo espero que pronto puedan ser superadas las cuestiones pendientes y este Tratado venga a añadirse a los otros seis que España tiene ya firmados con Bolivia, Chile, Guatemala, Nicaragua, Paraguay y Perú, y que son la expresión jurídica de un hecho humano fundamental: la identidad radical de nuestros pueblos.

● En el interior, España enfrenta en este momento un gran Plan de Desarrollo cuya realización esperamos que ponga a nuestro país en un pie de progreso que exigen el espíritu de justicia y las necesidades del tiempo en que vivimos. Asistimos ahora a un verdadero despertar material de España y todos nuestros objetivos —e incluso nuestros problemas— están determinados por este impulso hacia la elevación del nivel de vida de los españoles. Tenemos una gran fe en nuestro futuro, justamente porque es mucho lo que tenemos que hacer y que lograr. No estamos defendiendo antiguas posiciones sino conquistando las nuevas: de aquí viene nuestra convicción y nuestra esperanza.

● Entendemos que Hispanoamérica atraviesa una época trascendental de su historia. Una época en la que hacen crisis ciertas fórmulas políticas y ciertas instituciones, al mismo tiempo que una enorme explosión demográfica pone de manifiesto problemas de desarrollo y defectos estructurales que requieren una urgente solución. Creemos que en este momento es necesaria una mentalidad lúcida y renovadora que se desprenda del lastre de las ideas que hayan probado estar fuera de su tiempo y de las posibilidades de eficacia. Y al lado de la clarividencia es necesario un gran sentido de responsabilidad de las clases dirigentes en cuya mano está el resolver los problemas planteados sin que venga a apoderarse de las soluciones la violencia de una revolución.

● España, ante los problemas de Hispanoamérica, sólo puede ofrecer su fraternal interés y su estrecha solidaridad; pero no quiere de ningún modo emitir juicios o adoptar actitudes concretas sobre cuestiones específicas, porque su regla de oro es la de no injerencia en los asuntos propios de los países hermanos. Aspiramos a que nuestras relaciones con cada uno de estos países estén basadas en lo permanente de nuestra identidad y no en lo accesorio de tal o cuál régimen político. Ésta ha sido nuestra línea de conducta y ésta pretendemos que siga siendo.



El señor Castiella en un momento de su discurso en el Instituto Costarricense de Cultura Hispánica



En la Casa de España, el señor Castiella con los Ministros del nuevo Gobierno, de origen hispano, que se adhirieron espontáneamente al homenaje que le ofreció la colonia española. De izquierda a derecha, el Ministro de Gobernación, don Fernando Goicoechea; el Ministro de Salubridad, don Máximo Terán; el Ministro español; el Ministro de la Presidencia, don Mario Quirós; la señora de Castiella y la de González de Mesa



Aparece en esta foto el Ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella, en la Sala de Sesiones de la Casa de España rodeado de las directivas de esta entidad y de la Cámara Oficial Española de Comercio. (*Foto Artavia*)

de estudiantes llevaban, con la bandera nacional, grandes banderas españolas.

Por la tarde, el señor Castiella presidió la inauguración de los nuevos locales del Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, a la que asistieron todos los ex presidentes de esta Institución, entre ellos el doctor Bonilla, vicepresidente saliente de la República. La amplia sala se hallaba llena de selecto público. El director del Instituto, doctor Marín Cañas, pronunció un vibrante discurso exaltando los altos valores morales que España representa, al que contestó con unas palabras de gratitud el Ministro español, que fue largamente aplaudido.

En la Casa de España, con la asistencia del Presidente de la Cámara Legislativa y de los nuevos Ministros de la Presidencia, Salud Pública, Industrias y Gobernación, la colonia española de Costa Rica organizó una recepción en honor de la Misión extraordinaria de la Madre Patria. Las amplias salas estaban rebosantes de público. El Presidente de nuestra Cámara de Comercio ofreció el homenaje al señor Castiella en sentidas y elocuentes palabras, contestándole el Ministro español con un discurso en el que puso de relieve la esperanza que para el mundo, aquejado de crisis profundas, representan las reservas espirituales de los pueblos hispánicos, que habrán de afrontar los problemas presentes en una fecunda proyección hacia el futuro.

Antes de iniciar el viaje de regreso a España, el señor Castiella, con su esposa y los componentes de la Misión extraordinaria fueron recibidos por el Presidente Orlich y su esposa en su domicilio privado. La entrevista —a la que también asistió el Ministro de la Presidencia— fue cordialísima y en ella tuvo oportunidad el señor Castiella de señalar al Primer Magistrado costarricense la favorable impresión que le había causado el ambicioso y constructivo programa de gobierno contenido en el mensaje presidencial del día anterior. El doctor Orlich agradeció estas observaciones y evocó en sentidas frases el emotivo recuerdo que conservaba de su reciente visita a España. Después, el señor Castiella se trasladó al Ministerio de Relaciones Exteriores donde celebró con su colega costarricense una entrevista de despedida en la que se abordaron los problemas generales de Hispanoamérica, así como los relativos a la intensificación de relaciones entre España y Costa Rica.

Finalmente, el Ministro español y los miembros de la Misión extraordinaria fueron despedidos en el aeropuerto por el viceministro de Relaciones Exteriores doctor Mario Gómez; el embajador señor Aguilar, jefe del séquito costarricense; Encargado de Negocios, señor Gómez Mesa; ex presidente doctor Ulate y otras personalidades, de las que la señora de Castiella recibió numerosos ramos de flores.

Los periódicos de Costa Rica recogieron las declaraciones del Ministro español y dedicaron amplio espacio a la presencia de esta Misión extraordinaria en los actos de transmisión del Poder y a las recepciones celebradas en el Instituto de Cultura Hispánica y en la Casa de España.

LA PINTURA COLOMBIANA

Por

JOSE GOMEZ SICRE

(Director de la División de Artes Visuales de la Unión Panamericana)



Alejandro Obregón, el conformador del nuevo arte colombiano, que con su cuadro «Mesa del Gólgota» —reproducido en la portada del número 96 de nuestra revista— obtuvo el gran premio a la aportación de un país en la III Bienal Hispanoamericana de Arte. *(Reportaje gráfico y texto de Lampara, de Bogotá)*

Debo confesar mi parcialidad hacia el arte de Colombia. También un poco hacia el país mismo. Lo válido de ser parcial en este caso es porque no se debe a un acto de ceguera o de sinrazón. Por el contrario, mi apasionamiento por esta causa que es el arte colombiano la motiva el hecho de haber sido testigo constante de su desarrollo en los últimos años. Lo que hay de más válido y permanente en la pintura y escultura que produce Colombia en la actualidad podría decir que lo he visto nacer de su propia tradición, lo he visto desarrollarse, lo he visto adquirir su independencia y he asistido a su cimentación.

El país también me fascina. Como todo lo que es profundo, puede ser que no guste a primera vista, que no deslumbre. Se le penetra poco a poco, se le descubre lentamente y se le va comprendiendo. Para Colombia siempre me viene a la mente el concepto de lo institucional. Lo repito hasta la saciedad. Lo bueno y lo malo en Colombia tienen una razón clara de ser, provienen de causas legítimas, se enraízan y nutren a sí mismas. La cultura, como la violencia, en Colombia tienen pilares macizos. Admiraremos o abominaremos esos extremos, pero tendremos que reconocerles permanencia temporal, razón intensa de ser. Jamás podremos alabar sus virtudes o condenar sus desaciertos porque sean superficiales o transitorios. Por eso, este ser de lo colombiano me intriga, me atrae. Al explicarme a mí mismo el fenómeno positivo, sano, ejemplar de su arte actual, he tenido que ir comprendiendo al país. Así, en Colombia me siento como en predio propio. De sus bondades soy propagandista constante; de sus yerros, crítico amargo. Pero de la pintura, especialmente, soy un fervoroso entusiasta, porque al verla nacer y crecer la he visto tomar sola, sin muletas artificiales, sin propaganda ni alharacas, el camino de una provechosa ascensión, despojándose de lo literario y falsamente americano y tomando, hoy, las direcciones actuales del arte con la cautela de un medio que, por carecer de alma provinciana, no sigue con la respiración cortada el último grito de cualquier metrópoli. El arte colombiano ha seguido una trayectoria limpia: fue nacionalista cuando era necesario. Usó poéticamente la realidad local cuando era indispensable dar ese paso de afirmación. Hoy veo ese arte revolverse, seguro de sí mismo, en busca de esencias propias, liberado y respirando a pleno pulmón, después de ir escapando de todo amarre que hubiera podido lastrar su desarrollo.

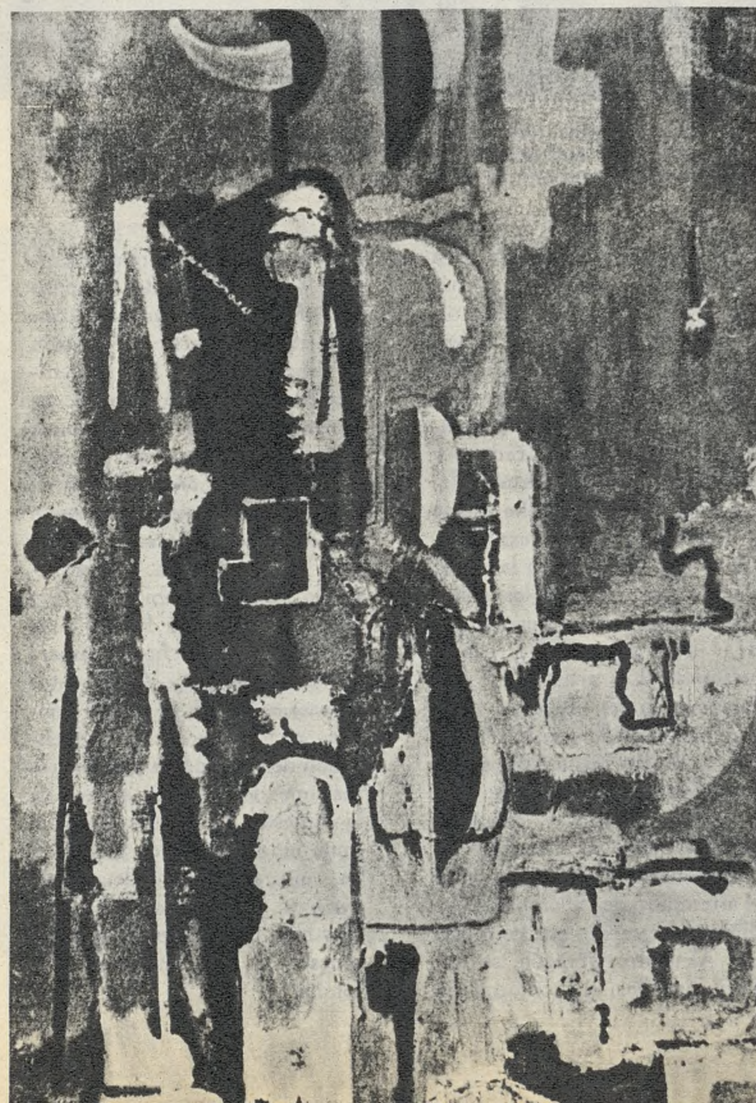
No hay duda que ese proceso se ha debido al tesón y a la ausencia de compromiso por parte de una generación de corta nómina. Pero el fruto maduro que ha producido no se ha quedado en pocas manos. Ha sido riqueza socializada, o más bien legada a una generación ulterior. Así se ha evitado el enquistamiento o el «divismo» sin escapes. ¡Con cuánto placer presencio la multiplicación de nombres y de creadores cada vez que llego a ese país formidable! Precisamente en 1961 he estado en dos ocasiones. Las exposiciones se han sucedido en las salas. Se han multiplicado los coleccionistas (no sólo en Bogotá, sino en el resto del país). Ha habido polémicas. Los artistas han ejecutado murales. Nuevos nombres han brotado con fuerza. La crítica se ha mantenido severa e inteligente. Así es como veo, extranjero que soy, el panorama del arte nuevo de Colombia.

Y al narrar impresiones sobre el arte nuevo de Colombia, ineludiblemente tengo que comenzar por Alejandro Obregón, su más fértil iniciador, su conformador, que ha dejado una simiente amplia y provechosa de epígonos que abandona la imitación conformista y va hacia la nutrición de una corriente, de una dirección que, según arrastra sedimentos, pierde su fisonomía inicial. Este pintor de pintores hizo una aparición en Bogotá en 1961, con un conjunto estupendo que exhibió la galería «El Callejón». Una sola tela, «Aves cayendo al mar», hubiera servido para demostrar la fuerza y la grandeza de esta figura cimera del arte americano. Aquel autor de pasajes felices, de sutiles tránsitos pictóricos, de la fragmentación delicada de un amplio cromatismo, ahora anda a caza de la síntesis, de lo estricto. Camino indispensable de toda buena pintura. Su gran lienzo que comento era su más claro ejemplo. Era, posiblemente, la mejor muestra de esa pintura de Colombia.



Grau.—Niña con juguete

Wiedemann.—Abstracción



El arte nacional también había tenido con Enrique Gray a un noble precursor. Pintor competente y conocedor de recursos y de secretos de taller, en un cierto momento tuvo la veleidad, o quizá la necesidad, de experimentar con formas no representativas, o más bien de intrincada representación, que tocaban los linderos de lo abstracto puro. Abandonaba así todo un proceso de realismo ingenuo de extracción popular. Más tarde, al zafarse de esas incursiones en predios ajenos a su sensibilidad, retornó a lo real con un sentido estirado y seco que le acartonaba las figuras. Hoy, sin perder el dominio con que restableció esa humanidad en sus cuadros, tomando como modelo ciertas arcaicas cerámicas de la cultura del Magdalena, ha soltado amarras, ha incorporado a su obra un grado de emoción, de aliento humano, que han hecho del realismo sosegado, casi clásico que cultiva, una de las tareas más significativas del arte colombiano actual. Cinco telas suyas que van a salir en gira por Europa me han servido para fortalecer mi fe en este magnífico pintor.

A Eduardo Ramírez, después de su consagración de Nueva York, pude verlo en Bogotá. Me entusiasmé con el proyecto de relieve mural en bronce que hace para un banco de Cúcuta. Volví a ver su otro relieve, éste de oro, en un banco bogotano. Creo que es uno de los pasos más interesantes que podía dar el talento de Ramírez. Demostrar su colombianidad, es decir, su enraizamiento en el tiempo y en la tradición, incorporando de nuevo el artesanado del oro, esta vez con sentido no objetivo. Esto era prorrogar en el tiempo la labor de los imagineros y doradores de la vieja ciudad de Santa Fe, usando un material como el oro, que es raíz del país, en su riqueza y en su cultura. Ramírez me mostró en su taller bogotano esos asépticos relieves, blanco sobre blanco, donde la luz propone un juego de nieve con la sencillez más críptica, quizá más poética por estricta, que hace suyo el postulado de Mies van der Rohe de que «menos es más».

Armando Villegas se ha dado por entero a las artes aplicadas. Con su esposa, la ceramista Alicia Tafur, trata de dignificar toda una industria, de madera, barro, hierro y joyas que, en otras manos, antes no pasaba de un rasero vulgarmente comercial. Sin abandonar la pintura, ha producido un conjunto estimable de lienzos abstractos, de sugerentes motivaciones tonales, que irán también en gira por capitales europeas.

En la galería «El Callejón» vi una serie de interpretaciones plásticas sobre El Escorial, obra de Juan M. Roda, español asimilado a Colombia. Con profundo sentido plástico, estas insinuaciones temáticas de Roda eran buen ejemplo de oficio y de audaz dominio de la materia.

Las consecuencias de este movimiento plástico que ha tomado cuerpo en Colombia durante la última década se han ido dando a conocer gradualmente. Nuevos nombres han surgido. Básteme mencionar dos nuevos valores a quienes considero enlazados dentro del linaje artístico actual del país. Uno, David Manzur; el otro, Luciano Jaramillo. Ambos nacieron al arte bajo el ejemplo de Obregón y hoy andan con sus propios medios. Ahora los veo, sin la menor reserva, dueños de una expresión propia.

Jaramillo anduvo, antes de dirigirse a Obregón, apoyado en el esquematismo lineal de Bernard Buffet. Poco a poco fue buscando un campo donde gravitar con voz más personal. Obregón (influencia beneficiosa porque abre compuertas en vez de encerrar) le ha dejado una afinidad por la forma expresionista que este joven pintor trataba con audaz concepto imaginativo, con genuino poder de invención plástica. Cuando parecía que el color se le desunía, que se le quedaba en acento, Jaramillo se ha enfrentado con la articulación de las formas, con la busca de un *staccato* tenso, producido con rica armonía tonal. Sus aciertos de ahora me hacen considerarlo, con Manzur, las dos personalidades más reveladoras y sobresalientes que se incorporan a la buena pintura de Colombia.

En la Biblioteca «Luis Ángel Arango» admiré una exhibición de óleos de María Thereza Negreiros, brasileña, con residencia en Cali, asimilada al arte del país. Se trata de una artista de firme presente y de sólida promesa. Color, luz, paleta ambiciosa y bien manejada, sirve de sostén a formas que quizá necesiten más sutilezas en la próxima etapa de su carrera. Mientras, podemos celebrarla como un gran hallazgo para agregar a la mejor pintura que se hace en tierra colombiana.

En la otra Biblioteca, la Nacional, pude ver un conjunto serio y competente de Alfonso Mateus, un colombiano ausente desde hace varios años en Alemania. Formado en Munich, manifiesta la economía de color y el expresionismo abstracto de los bávaros, en el núcleo de la nueva pintura de su país. Sería interesante presenciar la metamorfosis inevitable que ocurriría en este artista serio y capaz si se reincorpora a su corriente de origen.

A la inversa, un importante pintor de Munich, Guillermo Wiedemann, ha hecho de Colombia su nueva patria y en ella ha realizado obra de importancia y trascendencia para sumar al presente de la escuela colombiana. Su labor reciente en acuarelas de paleta sutilísima, exhibidas por mí hace pocas semanas en la Unión Panamericana, han señalado el impacto de Colombia en la labor de un extranjero que vino a encontrar un acento en su luz y en su medio físico.

He mencionado algunos nombres que mis dos viajes me permitieron ver en detalle. El panorama de la pintura colombiana no se cierra en esta escasa relación. No llegué a tiempo para las muestras de dos mujeres de las que ya se me han hecho elogios: Emma Reyes y Lucy Tejada. Perdí también las exposiciones de Carlos Rojas y de Samuel Montealegre, aunque sí pude ver las monotipias de Augusto Rivera, que obtiene resultados de marcado interés.



Roda.—Variación sobre El Escorial



Botero.—Mona Lisa

Aquí debe terminar este recuento de visitas, cuya culminación será una antología del arte de Colombia, hecha bajo mi criterio y que se enviará a Europa para que sirva como un puntal más en la cimentación del prestigio del arte en este país.

En los Estados Unidos, otro gran pilar del movimiento, Fernando Botero, cosechaba triunfos. Su «Mona Lisa a los Diez Años» ha sido adquirida por el Museo de Arte Moderno de Nueva York y ha merecido un destaque especial en la página de arte del *New York Times*. En una visita reciente a su estudio en Greenwich Village pude observar su constante inquietud, evidente en la gigantesca ampliación con que dota a sus figuras. Hoy bordea una concepción neohumanística revestida también de grandiosa monumentalidad, más brutal pero más poética.

Al hablar de Nueva York tendría que mencionar a Edgar Negret, pero como se sale de mi tema de hoy, que es la pintura, dejo al magnífico creador de «Aparatos mágicos» para otra ocasión en que le destine el espacio merecido a su renombre, que es el de ser uno de los más importantes escultores de Iberoamérica.

J. G. S.

JOSE GÓMEZ SICRE ha nacido en Matanzas (Cuba) el año 1916. Realizó sus estudios universitarios en La Habana, donde obtuvo la licenciatura en Derecho Diplomático. Después estudió Arte en la Columbia University (Nueva York). Desde 1945 es Director de la División de Artes Visuales de la Unión Panamericana en Washington.

Además de numerosas colaboraciones en diversas publicaciones periódicas, de países americanos, hay que señalar su importante «Guía de los Museos de Norteamérica» y los «Cuadernos de Artes Visuales», fundados y dirigidos actualmente por él, que son sin duda la más importante fuente informativa sobre la actividad artística del mundo iberoamericano. Gómez Sicre recorre infatigablemente todos los países para observar, día a día, la vida artística y descubrir y ayudar a los numerosos valores que surgen en aquel mundo tan dotado, por su raza y por su medio, para la creación artística.

Es difícil encontrar hoy otra persona que, abierta sin prejuicios a todas las formas del arte contemporáneo, mejor conozca el mundo artístico hispanoamericano.

Gómez Sicre ha seleccionado también la importante Exposición «Arte de Colombia», que recorre actualmente Europa y que será exhibida en España en el próximo otoño.

BRASIL Y SU AVENTURA

Por EDUARDO TODA OLIVA



Santos

BRASIL,
gigante

No hace mucho se ha terminado en Río de Janeiro un rascacielos de treinta y tantos pisos. Con tal motivo, los cariocas se enorgullecen justamente de poder aumentar su lista de «mayorismos». Hasta ahora catalogaban su bahía: «a maior bahía do mundo»; su Maracaná: «o maior estádio do mundo»; su Redentor del Corcovado: «a maior estátua de Cristo do mundo»; su carnaval: «o maior espetáculo do mundo». Ahora cuentan también con «o maior aranhacéus da América do Sul».

Brasil, según creo haber leído, tiene 8.513.844 kilómetros cuadrados, y es —geográficamente— el quinto grande del globo. Con sólo sesenta y pico millones de habitantes, resulta perfectamente comprensible que éstos se sientan orgullosos y abrumados a la vez, ya que su país, además de longitud, anchura y altitud, posee una cuarta dimensión: la inmensidad. La consciencia de ésta genera el fenómeno sicológico del gigantismo. Brasil se enfrenta con él, de un lado, desorbitándolo con cierta fachenda exhibicionista; de otro, luchando denodadamente por reducirlo a términos mensurables, útiles para su pueblo y su futuro.

Para Brasil, señorear su espacio geográfico, delimitar y fraccionar sus proporciones, someterlas al dominio del hombre, constituye una aspiración constante, desde los días en que los «bandeirantes» ya lo intentaban a lomos de caballo.

En esta lucha contra su espacio triunfan los rascacielos. Parece que donde hay inmensidad debería imponerse lo horizontal. Pero sucede lo contrario, precisamente porque hay... demasiada. El rascacielos superpone, concentra, amontona; y comprime en una las tres dimensiones. Busca en la verticalidad el poder sobre lo ancho y lo profundo. Y tirando hacia arriba, persigue y señala el porvenir.

Las ciudades de Brasil van siendo haces de rascacielos, como hitos que jalonan y deslindan y sujetan a medida humana la inhumana inmensidad del gigante.

BRASIL
de los niños

Pero Brasil, gigante, también se preocupa de lo pequeño. No hay capital, ciudad o pueblo que no tenga su «recanto infantil». Los hay en los grandes parques públicos; en jardinillos apartados del estrépito y peligro urbanos; en las plazoletas de los suburbios; en los terrenos de las fábricas. Nunca faltan en balnearios y hoteles de veraneo; en los clubs; en las instituciones educativas, benéficas, asistenciales. Son lugares alegres, llenos de bancos y parterres, con estanques rodeados de flora tropical, con trapecios, toboganes, carruseles, aparatos gimnásticos. Puede decirse que en cada población brasileña —aunque sólo sea un columpio en un redondel de arena— hay un lugar para los niños.

Si se tiene en cuenta que los índices de mortalidad infantil de Brasil rayan entre los más altos del mundo, casi al nivel de los que presenta la India, es muy de admirar este despliegue de atención a la infancia. Atención que no se reduce a ofrecer a los niños bonitos lugares donde jueguen y se fortalezcan, sino que tiende a proporcionarles precisamente las condiciones de higiene y salubridad necesarias para que puedan, sana y alegremente, disfrutar de aquéllos.

Brasil defiende, tiene que defender a su infancia. Contra el clima, el hambre, la ignorancia y la muerte. Y procura defenderla en todos lo terrenos, con campañas sanitarias y de alfabetización, con medidas económicas y sociales, con propaganda a fin de ir creando en el pueblo una mentalidad valoradora y protectora de la infancia. El conocido lema «o melhor imigrante é a criança brasileira» (el mejor inmigrante es el niño brasileño), evidencia ese deseo de afirmación nacional mediante la afirmación y el robustecimiento de la personalidad brasileña, protegiendo y salvando a su semilla, el niño.

Para quienes sólo ven el Brasil de los «sertões» y de las «favelas», el Brasil de los «recantos infantís» es una saludable lección de alegría y de esperanza.

BRASIL
de la aventura

Sin embargo, no hay duda de que Brasil, pese al citado lema, es un país de inmigración, al que han ido afluyendo corrientes humanas de Europa y de África desde el comienzo de su historia. Y con ellas, sangres y colores, culturas y supersticiones, defectos y virtudes. Las consecuencias de este entrevero de elementos y caracteres son tan varias y sorprendentes como sus propios resultados.

Una de ellas es el espíritu dinámico de aventura. Desde la aventura con minúscula —esa sed personal de oro que atrae al hombre hacia aquel soñado Eldorado del caucho, del diamante, del dinero fácil— hasta el afán nacional que sueña con el desenvolvimiento y la prosperidad del país. Es este espíritu, ya noble, ya rastrero, ya descabellado, ya productivo, el que impulsa las realizaciones que están transformando, en tantos aspectos, a Brasil.

Recorriéndolo, se percibe. Donde antes eran yermos han surgido, en poco más de medio siglo, capitales de Estado, como Belo Horizonte, con cerca de medio millón de habitantes; donde antes había sólo pampa desolada se extienden trigales y viñedos; donde ríos, como el San Francisco, perdían estérilmente sus fuerzas, se aprovechan ahora en obras hidroeléctricas

Una de las más modernas edificaciones de Río, entre la Ávenida Río Branco y el Largo da Carioca



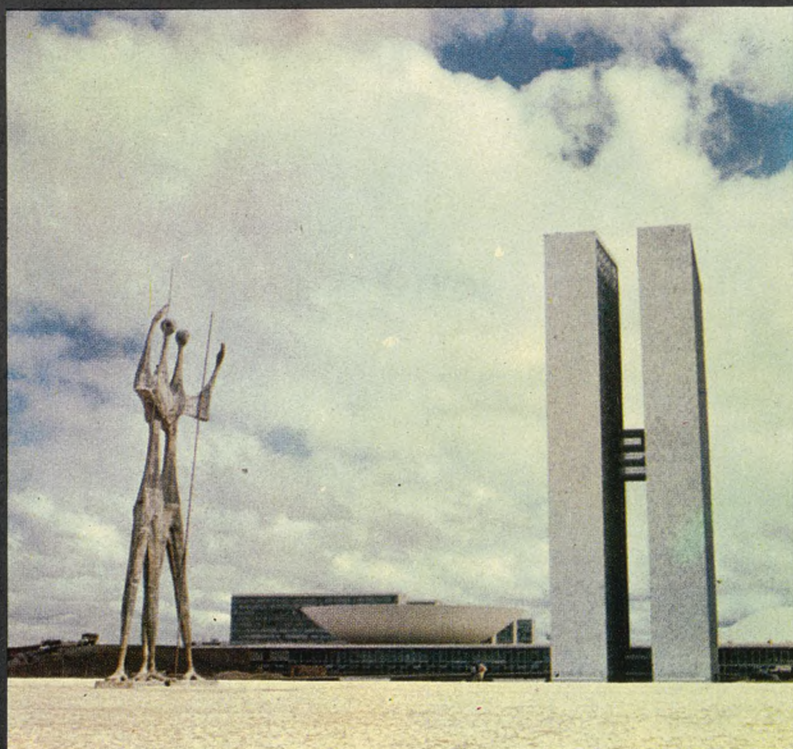
Vista del centro de Belo Horizonte desde el Parque





En Belo Horizonte la clásica línea del arbolado sirve de marco al rascacielos

Un muchacho limpiabotas: estampa frecuente en las calles de las ciudades brasileñas



En la actualísima Brasilia
pueden verse esas esculturas en bronce,
simbolizando los «candangos»



En esta torre de sencilla línea,
la cruz corona y preside
el pequeño rincón de la colosal Brasilia

tan importantes como la de Tres Marías. Hace diez o doce años, Brasil sólo disponía de automóviles importados. Actualmente se fabrican y montan en el país. Las calles se van poblando de «Volkswagens», de «Dauphines», de «jeeps Willys», y las carreteras de camiones «FNM» y «Chevrolet», con el rótulo «fabricado no Brasil». Hoy puede irse, por tierra, desde Río de Janeiro a Belem do Pará, pasando por Brasilia: unos 4.000 kilómetros de carretera abierta por planicies solitarias y selvas tropicales. Los cielos brasileños se ciernen por una red de comunicaciones aéreas de extraordinaria extensión e intensidad de tráfico. Volta Redonda es ya conocida como una notable siderúrgica y villa operaria. São Paulo es la primera ciudad industrial de Iberoamérica. Y la culminación: Brasilia.

Brasilia, arriesgada ventura de Brasil: motor central interno para la vitalización del país; catapulta para proyectar su nombre hacia el exterior. Sin el espíritu de aventura de un hombre y sin el esfuerzo colectivo de un pueblo, donde hoy existe «a mais nova capital do mundo» no habría sino altiplano desierto.

BRASIL
de la inercia

Claro que entre capital y capital, entre empresa e industria, sobra espacio para todo: para que el hombre domine y para que sea dominado, para que impulse el porvenir por el aire en la estela de sus aviones y para que quede anclado, inmóvil, en la tierra del ayer.

En el Brasil rural, los elementos trópico y distancia son decisivos. El peso de horizontes sobrecarga de tal modo las posibilidades prácticas y los recursos económicos que descorazona la iniciativa privada. La tórrida humedad del clima aplasta al hombre, va desmedulándolo hasta aniquilar sus fuerzas y su voluntad. Con el tiempo, la conjunción de ambos elementos infiltra su pasividad, su desgana, esa apatía ancestral de los vastos espacios olvidados, hasta el último repliegue del cerebro y hasta el último latido de la sangre.

Cierto que la fertilidad del suelo y la humedad atmosférica hacen bueno el dicho brasileño de que «plantando, da». Pero... para que dé hay que plantar, y para plantar hacen falta brazos, materiales, facilidades económicas, seguridades laborales, organización y mecanización, equitativa distribución de tierras y de cargas, buenas comunicaciones, buena red de mercados. En una palabra, estímulo y protección y dignificación del trabajo agrario, para sacudir del campesino, del emigrante, esa inercia desvertebradora que le inmoviliza sobre la tierra y sobre el tiempo.

Brasil, también es cierto, tiene zonas agrícolas periféricas magníficamente productivas: plantaciones de café, de cacao, de algodón; la tenacidad japonesa ha rodeado de huerta y de flores a São Paulo; los italianos, en el sur, han creado la vitivinicultura. Pero queda tanto «sertão» inculto, tanta selva sin desbrozar aún...

Mientras en Río de Janeiro, São Paulo, Volta Redonda y Brasilia los rascacielos crecen, se multiplican las industrias, la población prospera, el campo permanece atascado en los siglos, inerte. ¡Qué futuro para el país cuando éste se dé cuenta de que Brasil va desde Pernambuco al Arce, desde Amazonia a Río Grande do Sul!

BRASIL
del arco iris

En Brasil es oro y verde el paisaje, oro y ébano el pueblo. Oro blanco de las playas y oro viejo de los altiplanos; verde tierno de las pampas y verde violeta de las florestas: una prodigiosa riqueza de colores hermosea el mapa físico de Brasil. Y en el mapa humano se extiende desde el oro albino de caracteres nórdicos hasta el ébano pizarra de procedencia ecuatorial. Y esta rica variedad de colorido —de hombres y de tierras— se unifica, se hermana en un común arco iris tendido de punta a punta del país.

Viviendo en él se advierte esta unidad dentro de la policromía que la geografía y la historia han volcado sobre Brasil. Y así como la selva y la playa funden y confunden sus colores, así tampoco hay separación entre las gamas humanas. Y así como no hay, en la naturaleza, lugares acotados para los oros y otros para los verdes, así tampoco se parcelan los hombres por su piel.

Todos viven —y lo que es mejor, conviven juntos: en la calle, en la oficina, en el aula, en la iglesia—. Lado a lado en el tranvía, en la playa, en el cine: hombro a hombro en las fábricas y en las minas y en el fútbol; derecho a derecho ante la ley. Es posible que en hoteles muy elegantes no se vean, entre la clientela, personas de color. Tampoco se ven blancos en los elencos de las artísticas Escolas de Samba. Es posible que existan aún velados prejuicios; que ciertas «élites» veten ciertas gamas; que el «snobismo de la pigmentación» todavía gallee en determinadas esferas. Pero, en general, en Brasil el destino del hombre no está condicionado, es independiente de su dermis. Por encima de lastres históricos y sociales, de ideologías prepotentes y de circunstanciales valoraciones, se afirma el principio cristiano, democrático, de la igualdad esencial —un hombre, un alma— de los hombres ante Dios y entre sí.

Oro y ébano juntos, como en esa foto del negrito con la naranja. Y sobre la infinita variedad de colores intermedios, una sonrisa alegre, comprensiva y esperanzada. Una sonrisa blanca, que une todos los colores en la blancura fraterna de la paz.

E. T. O.



La playa de Copacabana, en Río de Janeiro

EL NUEVO EMBAJADOR DE FILIPINA

CONSIDERA DE GRAN INTERES HISTORICO EL SIGLO XIX

Por

MARÍA ROSA MAJÓ - FRAMIS

Reciente aún el nombramiento del ilustre historiador y diplomático don León María Guerrero como Embajador de la República de Filipinas, cuya presentación de credenciales le acreditan como representante de la nación hermana en nuestra Patria, nos disponemos a entrevistarle, ya que su figura, de recios perfiles hispánicos, aparece inserta en la actualidad palpitante del interés general.

La sede residencial de la Embajada está enclavada en uno de los lugares madrileños de más rancia prosapia. En la castiza Glorieta de Santa Bárbara —hoy de Alonso Martínez—, en una casa de estilo arquitectónico de sobrias líneas, junto a la entrada de la antigua calle de Santa Engracia, tiene instalada su residencia la representación diplomática filipina.

El amplio salón de espera, sobriamente ornamentado, entre unas vitrinas que exhiben algunos objetos de artesanía típicamente tagala, y presidido por un cuadro que representa al héroe nacional de la Independencia, José Rizal, sirve de acogedora estancia para el visitante, que avizora todo el encanto primaveral madrileño en la contemplación de la popular Glorieta.

Pocos minutos de espera, los necesarios para ser anunciados, y pasamos al salón de trabajo del señor Embajador. Ante nosotros —saliendo al encuentro sonriente y afable— el ilustre diplomático de la nación hermana, don León María Guerrero.

Resulta fácil la apertura del diálogo ante la descollante personalidad del señor Guerrero. Hombre cordial y abierto, expresivo y sencillo a la vez, nos brinda espontáneamente el coloquio, para, en un breve paréntesis de su tarea diplomática, que podamos hacer algunas preguntas en torno a esta misma actualidad de su permanencia histórica sobre la misión cultural y económica de ambos países, unidos por viejos vínculos de sangre y de creencia.

Don León María Guerrero nació en Manila, el 24 de marzo de 1915. Cursó sus primeros estudios en el Ateneo de Manila, centro docente, regentado por los PP. Jesuitas hasta 1935. Posteriormente obtuvo, con el máximo aprovechamiento, la Licenciatura de Derecho, en la Escuela Filipina de Derecho. Durante la etapa de 1935 a 1941 ejerció una fecunda labor periodística, en la gran cadena de periódicos y publicaciones de la *FREE-PRESS* (Prensa Libre). Su carrera diplomática la comenzó en 1947, con inusitada brillantez, con el cargo de Jefe de Protocolo, siendo más tarde nombrado Subsecretario de Relaciones Exteriores y Ministro interino de Relaciones, en 1954. A partir de entonces estuvo como Embajador de su país en Londres, Copenhague, Estocolmo, Oslo, Helsinki y Bonn, hasta que fue nombrado para esta misión diplomática en España.

Entre otros destacados cargos que ha desempeñado figuran el de Jefe de la Misión Comercial Filipina en la Alemania Federal, Países Bajos, Suiza y Bélgica, en 1955; Delegado permanente de su país en las Naciones Unidas, en 1958, y Presidente del Consejo Internacional del Azúcar, en 1960. También fue nombrado por su Gobierno Embajador extraordinario, presidiendo la representación de su país en los actos de la proclamación de la independencia del Estado africano de Ghana.

Nos disponemos a realizar la entrevista, ya que la deferente amabilidad del señor Guerrero discurre por los cauces de un prolongado coloquio en la exaltación de los valores históricos de nuestra común trayectoria política y cultural. Y le preguntamos:

—Tenemos entendido que estuvo ya en otras ocasiones en España, al parecer con el fin de realizar determinadas investigaciones en el Archivo de Indias, en relación con la historia de su país. ¿Qué nos dice de ello?

—Efectivamente. Visité España en los años de 1948 y 1957. En Londres, durante mi permanencia allí como Embajador —fueron siete años y medio—, había realizado investigaciones en los archivos ingleses, acerca del tema sobre la ocupación de Manila por los ingleses en 1762. Pues bien, una vez conseguida toda la documentación pertinente de fuentes británicas, quise completarla con las no menos importantes de los Archivos españoles, principalmente el de Indias, y, para ello, realicé mis dos citados viajes a España.

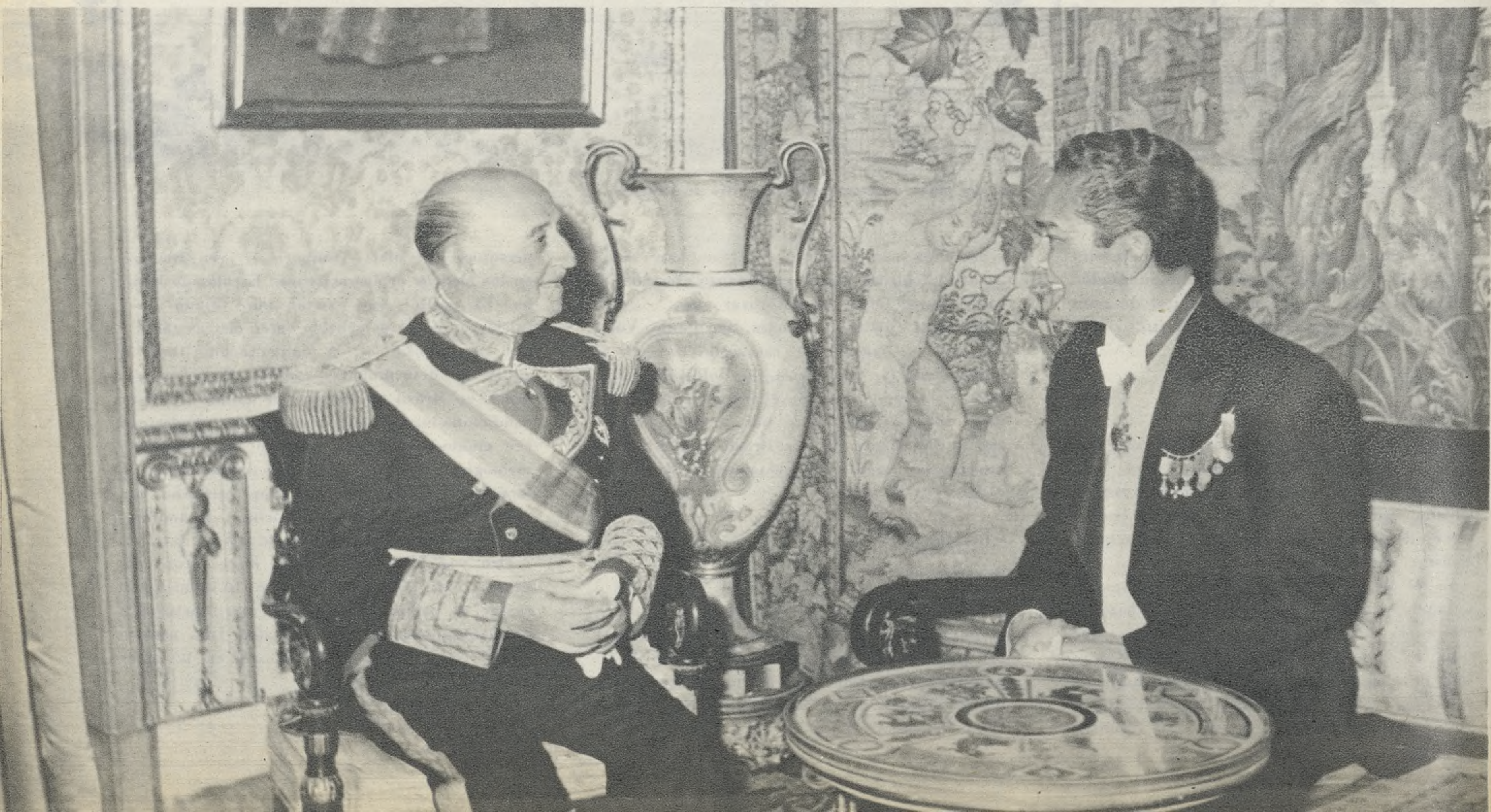
—¿Y logró totalmente sus propósitos?

—Me fue imposible dar remate a la obra investigadora comenzada, ya que por aquel entonces se celebraba el Centenario de Rizal, nuestro héroe nacional, y tenía proyectado, como así fue, traducir al inglés las dos novelas de él, tituladas: *Noli me tangere* y *El Filibusterismo*, publicadas por la gran editorial inglesa Longenons-London.

Nos parece interesante esta aportación al Centenario de Rizal, de don León María Guerrero, y por ello le pedimos que amplíe sus datos. Con una leve sonrisa, añade:

—El Gobierno filipino, al objeto de exaltar

El Jefe del Estado, Generalísimo Franco, departe con el nuevo Embajador de Filipinas después de la presentación de Cartas Credenciales



EN ESPAÑA



Doña Anita Corominas de Guerrero, esposa del Embajador filipino en España

como se merecía tan relevante figura nacional, organizó la convocatoria de un concurso para una biografía de Rizal, y, dado que el tema y el hombre bien lo merecían, me dispuse a presentarme al mismo, obteniendo el primer premio de biografía con la obra titulada *El primer filipino*. He de hacer constar que, dada mi condición de diplomático, opté al concurso bajo el seudónimo de «Aries». Dicha biografía de Rizal será próximamente publicada por el gobierno de mi país, en inglés.

—Y ya que hablamos de nuestra historia, señor Embajador, ¿qué época o periodo hispánico suscita más la atención de usted?

—Indiscutiblemente todo el siglo XIX, que creo fundamentalmente interesante en todos sus aspectos: histórico, económico, cultural y político. Además —dada la tentación de investigar tal periodo—, se hallan muy a mano sus fuentes históricas en los archivos españoles. Sobre toda esta época pienso investigar durante mi permanencia en España, ya que la considero de gran importancia ideológica y política en lo concerniente a las tan debatidas Guerras Civiles Carlistas, verdadero embrión de la renovada España.

El Embajador, señor Guerrero, pone interés y pasión cuando se habla de la historia patria. Se adivina en él al profundo historiador que siente anhelos de cimentar toda su obra científicamente.

—Y para cerrar este tema, ¿quiere exponernos el resto de sus proyectos?

—Tenemos casi madurado ya un vasto plan entre un grupo de amigos historiadores. Se trata de escribir una amplia «Historia de Filipinas». Trabajaremos en grupos —pudiéramos llamarle especializados—, y cada uno dedicará su atención al estudio completo de una época. Me han encargado a mí todo lo concerniente al siglo XIX.

—Señor Embajador: tenemos entendido que además del intercambio cultural entre ambos países existen vivos deseos de que se amplíen estos intercambios entre técnicos y especializados. ¿Qué opina al respecto?

—Que se hará igual que hacen Alemania, Japón e Inglaterra, invitando a los jóvenes técnicos filipinos encuadrados en las ramas diversas de la técnica industrial y científica, para que se perfeccionen conociendo y visitando instalaciones fabriles e industriales. Lo mismo podría realizar España, gestionando la venida de técnicos de mi país, ya que resultaría provechoso e interesante conocer los sistemas de riego del Levante español, como asimismo los más destacados complejos industriales. No hay que olvidar que en Filipinas una buena parte de su producción agraria está dedicada al cultivo del arroz.

—Referente a los productos comerciales españoles y a su posible exportación a Filipinas en mutuo intercambio, ¿cree usted conveniente realizar una intensificación en ese sentido?

—Hasta el año actual teníamos un riguroso control, con respecto a las divisas en cuanto al comercio exterior. Hoy, desaparecidas ya estas circunstancias, puede hablarse de que sería totalmente beneficioso para ambos países un intercambio comercial amplio. Nosotros podríamos poner aquí tabaco y otros productos manufacturados, mientras que España podría enviarnos sus importantes productos conserveros y salazones (atún, sardinas, frutos, etcétera). Antaño estos productos eran originarios de las exportaciones que realizaba África del Sur.

—¿Y con respecto al interés del pueblo filipino acerca de nuestro Plan de Viviendas?

—Después de la última guerra internacional existe en mi país un grave problema en el aspecto de la vivienda. Tengan ustedes en cuenta que todas las empresas de edificación están en manos de particulares. En este sentido interesaría un amplio conocimiento en el desarrollo del Plan español, estudiando los técnicos filipinos —especialmente invitados para tal fin—, todos los adelantos técnicos y organización para el mejor logro de tales fines sobre el gravitante problema de la vivienda.

—En la presentación de sus Cartas Credenciales ante S. E. el Jefe del Estado español, ¿han sido leídas en lengua tagala?

—Consideré, efectivamente, por un sentido estricto de hispanismo y amor hacia la Madre España, rendir un tributo de homenaje a ella y a su alto dignatario el Generalísimo Franco, leyendo las Cartas Credenciales en la lengua vernácula de mi país.

—¿Y qué proyectos tiene V. E. en su misión diplomática para estrechar más aún la relación entre las dos naciones?

—Varios son los problemas pendientes. En primer lugar, como nos hemos referido anteriormente, están el realizar ese intercambio comercial y de técnicos. También quiero estudiar con detenido interés el problema de la emigración, que espero se resolverá a plena satisfacción y de mutuo acuerdo entre España y Filipinas.

—Y para finalizar nuestra entrevista, ¿podría, señor Embajador, adelantarnos algún proyecto fundamental que usted añore?

—Abrigo la esperanza y espero que cuajará en un mañana no lejano, el que llegue a ser realidad, como lo fuera en el Sudeste del gran continente asiático, de un Plan similar al famoso «Plan Colombo». En dicho Plan tendrían cabida todos los países de habla hispánica, y serviría para estrechar férreamente esos lazos culturales, políticos y económicos, base firmísima del porvenir de los pueblos de la Hispanidad.

* * *

No queremos cerrar estas líneas sin antes dejar constancia de la recia templanza —muy a la española— de este gran caballero filipino, cuyo amor hacia las tradiciones españolas y a su historia común entre ambos pueblos deja entreverse en esos proyectos que pronto serán realidad. Para ello cuenta con la simpatía de todos los españoles y con la colaboración directa de su distinguida esposa, que ostenta el noble apellido de Corominas, de recio abolengo catalán, y, por tanto, hispánico.

M. R. M.-F.

PARAISOS MEDITERRANEOS

LA COSTA BRAVA

LA COSTA BLANCA

LA COSTA DEL SOL

... Y LAS ISLAS

DESDE LA FRONTERA HISPANOFRANCESA, MAS DE 100 KILOMETROS DE PLAYAS Y PINARES • HOTELES DE LUJO, PISCINAS, RESTAURANTES, SALONES DE BAILE, CHALETS, TORRES, QUINTAS Y VILLAS • UNA VEINTENA DE NOMBRES Y UN MILLAR DE RINCONES • LAS 365 CURVAS DEL CAMINO DE TOSSA • DESDE LA CALMA ABSOLUTA DE LA CALETA A LA COSMOPOLITA CIUDAD VERANIEGA • EL PEÑON DE IFACH, UNA SORPRESA EN LA SUAVE COSTA LEVANTINA • UN PAISAJE RELAJADOR, TERSO Y BLANCO • NARANJALES, PALMERAS Y VIÑEDOS • ENTRE RUSTICOS Y MARINEROS, LOS HOTELES DE MALAGA COMPITEN EN ARMONIA Y CONFORT • LOS LUMINOSOS PUEBLOS DEL SOL, BLANCOS Y AZULES • EL VINO Y EL COCTEL • EL BURRO Y EL "HAIGA" • LA CUEVA DE NERJA, UNA SORPRENDENTE CATEDRAL HECHA POR SI MISMA



Escriben:

CARMELO MARTINEZ
CESAR GONZALEZ-RUANO
JOSE MARIA SOUVIRON
FEDERICO DIAZ-FALCON

(Mapa de la Costa por QUIROS)



Cala Sa Tuna, Bagur (Gerona)

LA COSTA BRAVA

dientes de roca, labios de espuma

De la dulcísima Cataluña, por la que corren aires de sardana para expresar —entre el agudo clarín de la tenora y las letras maravillosas de Verdaguer—, el símbolo de unas gentes que viven cogidas de la mano, para el esfuerzo como para la danza, dicen que lo mejor es Gerona. Son muchos, desde luego, quienes el dilema de escoger entre todas las maravillas catalanas —rincones góticos de la Ciudad Condal, valles ilerdenses, precioso románico y románico de Tarragona— se quedarían con Gerona. Y de Gerona, con la Costa Brava, brava de pura peña, aserrada por el mar, con el respiro suficiente de la Naturaleza para, entre dos dientes de rocas, dejar el descanso de una playa o la suprema gracia de esas playas en miniatura que, casi ocultas por los pinos marineros de copa rechoncha, van poniendo de cuando en cuando una caleta.

La Costa Brava podría ser una gran travesura de las piedras costeñas o de las olas de un *Mare Nostrum* que pudo ser vehículo y vínculo de civilización a fuerza de la tranquilidad de sus aguas. La Costa Brava podría ser, y quizá lo sea, un divino capricho de la hora grandiosa de la Creación, o el juego en la arena de una mañana de ángeles traviesos, con su cubo

y su pala. Eso, naturalmente, en principio. Luego vendrían, a fuerza de años —no me gusta el prosaísmo racional de los geólogos, que todo lo explican— unos hombres, y otros hombres con la barretina, y unos pescadores en busca de puerto para traer de madrugada la sardina, pescada por la noche entre las chiribitas de las lámparas que las atraen hacia las redes, como si fueran mariposas. Y luego, cuando el hombre le perdió el miedo al agua y a bañarse, vendrían los remojones, paso a paso hacia adentro y un alegre chillido en las mozas, transmitido de generación en generación.

* * *

Ahora, cuando la Costa Brava, desde Blanes hasta el Golfo de Rosas, y aún más arriba, hasta la frontera hispano-francesa, es un rosario de nombres y playas con renombre mundial, podrían evocarse muchas cosas de cómo creció; de cómo creció el nombre, los grandes hoteles de lujo, las piscinas, los restaurantes, los salones de baile, las colonias de chalets, torres, quintas y villas, o las palmeras, las terrazas o las tiendas. Podría evocarse, por ejemplo, cómo surgió, casi como un sueño, un S'Agaró que es, hoy por hoy, la más perfecta muestra del descanso veraniego, con la ingeniería haciendo balcón de cada repecho sobre el mar, en un paseo de ronda marinera.

—Fue Encesa, dicen los catalanes de la Costa con orgullo, personificando a uno de los hombres de más fantasía y buen gusto que han existido para una ilusión.

Como este hombre, ninguno. Ninguno llegó a tanto. Apoyándole, muchos; desde el barcelonés que buscaba el bullir de San Feliú de Guixols, una especie de capital de la Costa que incluye a Ordóñez en sus carteles taurinos, a quienes tienen que elegir entre la zarzuela de mariscos de Lloret de Mar o La Escala, la gracia de Blanes, Palafrugell o Bagur, hasta la alegría policromada, máxima y desbordante, de Tossa de Mar.

(Al norte, en Cadaqués, en otras caletas límpidamente azules, Salvador Dalí eriza sus bigotes, pinta *madonas*, pasea con su bastón de puño de plata, copia mares y nubes para sus fondos, pinta el aire y deja en el aire las figuras, con los ojos saltones a fuerza de contemplar ansioso.)

* * *

Para elegir entre los lugares de la Costa Brava hay una veintena de nombres y un millar de rincones. No conviene dudar mucho. En verano, la llamada carretera de la Costa es como un hormiguero rodante, enloquecido, como son las gentes en descanso, en busca de sol, en busca de sombra, en busca de remojo, mientras velas o motoras hacen su camino paralelo por el mar. Son más de cien kilómetros de playas y pinos, que enhebran una continuidad de arquitectura y de rincones, desde un jardín silencioso al *maremagnum* de cualquier *camping*.

En los trayectos, sin embargo, no se dejen engañar por el mapa. Sobre el mapa, llegar de San Feliú de Guixols a Tossa parece apenas una arrancada del coche, una presión sobre el acelerador y un frenazo suave al cabo de unos minutos. Pues nada de eso. Si un labriego pudo decirle a Ortega que en Castilla no hay curvas, las



Calella de Palafrugell



Tossa de Mar

curvas pueden ser una alegría infinita con parada y la pasmosa visión desde un acantilado a un horizonte que se hace también curv^ de pura claridad de lejanía.

—¿Cuántas curvas me ha dicho usted que hay hasta Tossa? —pregunté un poco escéptico la primera vez, pensando que los catalanes se me habían convertido en andaluces, al calibrar un trayecto que, en el plano, parecía de diez o doce kilómetros.

Mi buen guía gerundense, que tenía experiencia ante novatos de tal camino, sonrió antes de remachar:

—Trescientas sesenta y cinco, como los días del año, y bien cerraditas.

Y todavía con escepticismo tomé la primera vuelta y empecé a rodar. Al poco, los gritos de pasmo de mis acompañantes daban vivas al paisaje, mientras yo no podía separar los ojos de la carretera zigzagueante, sin más respiro que los miradores construidos para dejar el coche, parar y llenarse la vista y el pecho de hermosura.

Pero eran, efectivamente, trescientas sesenta y cinco las curvas, recortadas en la montaña, que sólo se interrumpieron en el repecho ante el que, de repente, apareció el castillo de Tossa, entre la calina barrida por la brisa, con las calles prietas de los mil colores con que las mujeres se hacen un trapo para bañarse, o dos, o un sombrero absurdo.

Porque si la vestimenta turística internacional es ya una caricatura, la que puede verse en la Costa Brava, con gentes de las cinco partes del mundo, es indescriptible. Son cien kilómetros internacionales con toda la fantasía suelta, en relajamiento del puro descanso y donde, al sol y al yodo, todo el mundo parece buscar una foto para la máquina y una piel negra que las más de las veces —¡ay!— se queda colorada, achicharrada y feliz.

Tan feliz como esta Costa Brava de bravas rocas y dulces olas, de aguas tendidas y calles empinadas, donde los hombres consiguen hacer lo más importante que un hombre puede hacer, siquiera alguna vez al año: no hacer nada.

Por eso no hay quien pueda vivir siempre en la Costa Brava.

CARMELO MARTÍNEZ

LA COSTA BLANCA
orilla de ascendencia griega


Peñón de Ifach, Calpe

Dejando atrás y al norte Castellón y Valencia, también con playas y costas hermosas, se entra, ya en tierras de Alicante, en la bien nombrada Costa Blanca, que a nuestro entender debe entenderse desde la griega Denia teniendo por florones principales otras dos antiguas colonias de la Grecia clásica: Alicante y Benidorm.

Esta constante helénica no deja de ser significativa, expresiva, sugerente para el pensamiento y el sentimiento.

Bajo cielos unánimes, un paisaje bello y un clima excepcional mediterráneo antiguo y eterno, lago de cultura, parece, pródigamente, haber reservado sus más óptimos laureles, las mejores playas y excursiones al interior como, por ejemplo, la inolvidable visita que puede hacerse a los palmerales de Elche.

Suficiente conocido y divulgado, no precisa este litoral extraordinario de mayores divulgaciones ni de propagandas que serían reiteraciones injuriosas y en las que únicamente podría darse una idea por aproximación de tanta belleza natural y de tanta otra debida a la mano, sin desmayo, del hombre que ha llegado en algunos lugares, como en Benidorm, a convertir, sin desvirtuar su idílico encanto, un pueblecito de pescadores en uno de los puntos residenciales de más universal fama turística.

En la llamada Costa Blanca encontrará el viajero de todo, unido a algo que importa mucho: la condición humana de sus gentes, el no maleado respeto a las costumbres forasteras; ese bien entendimiento de armonía social que consiste en convertir en una sola gran familia una Babel idiomática y racial, un exceso de población que llega, como en Benidorm, a arrojar cifras de cincuenta mil habitantes ocasionales sobre una población indígena que apenas sobrepasa los tres mil.

COSTA BRAVA

- **PORT BOU. 2.100 habitantes. Playa en herradura, de 100 metros. Comercio y urbanización modernos, en la línea con Francia.**
- **COLERA. 400 habitantes. Diversas playas y rincones.**
- **LLANSÁ. Playa de arena gruesa, de 400 metros.**
- **PUERTO DE LA SELVA. 900 habitantes. Puerto natural casi cerrado. Monasterio de San Pedro de Roda (siglo XI). Castillo de San Salvador.**
- **CADAQUÉS. 1.200 habitantes. Gran número de playas y calas pequeñas. Port Lligat, puerto natural en una bahía.**
- **ROSAS. 2.800 habitantes. Playa de 2 Km., restos arqueológicos, magnífica bahía.**
- **LA ESCALA. 2.500 habitantes. Gran puerto pesquero. Playas de Portichol y Riells. A 2 Km., ruinas de Ampurias, la colonia griega, que tiene otra gran playa, muy fina,**
- **ESTARTIT. 500 habitantes. Puerto, escollera, gran playa que enlaza con otra, la de Pals. Excursión a las islas Medas.**
- **BAGUR. 1.100 habitantes. Calas de Aiguablava, Fornells, Aiguafreda, Sa Tuna y Sa Riera.**
- **TAMARIU. Puerto pesquero al otro lado de San Sebastián, que la separa de Llafranc. Playa apacible. Cuevas d'en Gispert y del Obispo.**
- **LLAFRANC. 300 habitantes. Bahía y playa.**
- **CALELLA. 300 habitantes. Tres**



Benidorm

Para un espectador medianamente curioso no puede pasar inadvertido un hecho frecuente en estas tierras del litoral levantino: el que muchos, no pocos, de los extranjeros que vienen a pasar unas cortas vacaciones se queden buscando y encontrando un medio de vida en los pequeños pueblos alicantinos. Se encuentran, lo mismo en Ifach, que en Altea, que en Villajoyosa, que en Benidorm, en San Juan, en Alicante capital, dueños de establecimientos, peluqueros, barmans, directores, propietarios de hoteles o de «boutiques» de diferentes nacionalidades que vinieron un día a este milagroso sudeste español y aquí afincaron, no hallando entre los naturales de la región sino facilidades, protección y apoyo.

Aunque ya la agrupación de costas tiene otros nombres, esta unidad se extiende por tierras murcianas hasta la última playa de su antiguo reino, la carlotercista Águilas, pasada Cartagena y encajada en la geografía almeriense. Después, el litoral va dando la vuelta a nuestra península y entramos ya en la malagueña Costa del Sol, con fisonomía propia que no entra en las fronteras de este capítulo.

La Costa Blanca, aun con comunes y generales constantes con sus vecinas, acaso sea, de todas las costas del rubio labio mediterráneo español, la que reúna más excelencias naturales: comodidad de sus playas, sequedad marina en su clima, ausencia casi absoluta de lluvias y facilidades de convivencia con el turista extranjero y nacional. Por otra parte, estos mares son también los más próximos a Madrid y algunas ciudades y villas mantienen muy viva su tradición marinera que tuvo muchos contactos con América.

Su ascendencia griega tampoco puede sernos indiferente. Está viva en muchas cosas y en algo que es más que una cosa: en su mensaje de universalidad y de civilización, esa madre mayor de la cultura.

CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO

---

pequeñas playas entre pinos: Can Calan, Port Bo y Port de Malespina.

O **PALAMÓS. 6.100 habitantes. Gran bahía. Puerto. Playa de 700 metros. Playa de La Fosca.**

O **SAN ANTONIO DE CALONGE. Caserío marítimo. Playa de 700 metros.**

O **PLAYA DE MARO. Núcleo de chalets entre pinares, playa de casi dos kilómetros.**

O **S'AGARÓ. Conjunto de chalets y hoteles de lujo, con gran playa y pinares. Festivales de música.**

O **SAN FELÍU DE GUIXOLS. 9.000 habitantes. Gran bahía, con puerto y escollera. Playa. Plaza de Toros. Playa abierta de San Pol, a 3 Km.**

O **TOSSA DE MAR. 1.400 habitantes. Murallas del siglo XII. Playa abrigada en concha. Cala Bona, Cala Pola. Playa de Gibarola.**

O **LLORET DE MAR. 3.200 habitantes. Ruinas romanas. Playa de Canyellas y otra gran playa.**

O **BLANES. 8.400 habitantes. Un kilómetro de playa. Fondeadero, playa abierta de Fanals.**

Todas estas poblaciones y lugares están profusamente dotados de hoteles de distintas categorías, comercios, campings. Y todas ellas rivalizan en su paisaje, en las carreteras entre pinares que unen la montaña y el mar, con intensa vida nocturna, lugares de esparcimiento y atracciones.

COSTA BLANCA

O **OLIVA. 13.400 habitantes. En la línea de Valencia a Alicante, es la**



Torremolinos

LA COSTA DEL SOL

donde la naturaleza está en el aire

Cuando yo era un chaval de nueve o diez años, *Mademoiselle* Jeanne Kaufmann, institutriz de mis primas mayores, a la que recuerdo con una gran ternura, me hizo traducir —a mi manera— una balada francesa, en la que un niño de tierras nórdicas y oscuras salía de camino, en compañía de «su arpa querida», a la busca de regiones bien acariciadas por el sol. El estribillo de aquella balada me dejaba un extraño aire melancólico en el corazón, porque repetía una y otra vez: «A los países donde el sol calienta más». Para mí, que veía desde el balcón el cielo limpio y azul, los mástiles de algunos barcos que se balanceaban en el puerto de Málaga, era una indecible fortuna haber nacido en aquel lugar, y no tener que partir a recorrer mundos, con un arpa al hombro, en busca de otros países. Creo que fue entonces cuando por vez primera tuve idea de llamar, anticipándome a otros, «Costa del Sol» a la que me había visto nacer.

La Costa del Sol, en su sentido más amplio, se inicia en el litoral granadino, por Motril y Almuñécar; entra en la provincia de Málaga con el pueblo de Nerja, famoso por su maravillosa cueva, que es como una catedral hecha por sí misma; sigue por Torre del Mar hasta el Palo y la Caleta, se abre en la bahía de Málaga y continúa hacia el Oeste, hasta la provincia de Cádiz. Pero en un sentido más justo y estricto, la Costa del Sol va desde Málaga a Estepona, por el camino litoral que se inicia al salir de la capital, apenas atravesamos por un ancho puente el sosegado y lento Guadalhorce.

En un intento para hallar los caracteres que definen a Málaga como ciudad tendríamos que dejar de mano, por sabido, el género próximo de esa definición, aquello en que se parece a otras ciudades andaluzas. Para el viajero, que después de haber visto Sevilla, Granada, Córdoba o Cádiz, llegue a Málaga por primera vez, aparecerán inmediatamente los motivos de semejanza; pero la última diferencia, lo que completa la definición —intentada, si no conseguida— es la sensación de «imponderable» que produce esta ciudad, no sólo de primera impresión, sino al cabo de un largo y detenido conocimiento. La palabra «imponderable» la uso aquí exenta de toda literatura vaga, en su mayor fidelidad etimológica. La grandeza, la hermosura o el carácter de la mayoría de las ciudades

última ciudad de aquella provincia. Playa a pocos kilómetros, particularmente extensa y limpia. Ferrocarril. Alojamientos.

○ DENIA. 11.900 habitantes. Importante ciudad costera. Monumentos y ruinas históricas. Ferrocarril. Hoteles.

○ MORAIRA. Pequeña localidad junto al mar, a pocos kilómetros de la carretera general. Minúsculo puerto natural, de aguas transparentes y quietas. Está en formación un núcleo de hoteles y residencias veraniegas.

○ CALPE. 1.970 habitantes. Pueblo pesquero. Viñedos hasta el mar. Playa extensa. Peñón de Ifach, tómbolo de 300 metros de altitud. Hotel y colonia veraniega junto al peñón. Ferrocarril.

○ ALTEA. 5.800 habitantes. Situado junto al litoral, rocoso en este trozo. Ferrocarril. Estación de servicio. Alojamientos.

○ BENIDORM. 2.800 habitantes. Antiguo pueblo pesquero, convertido en cosmopolita ciudad de veraneo. Pista paralela al mar, escoltada por hoteles y moteles. Camping. Mirador sobre rocas. Festivales. Ferrocarril.

○ VILLAJOYOSA. 9.400 habitantes. Playas. Puerto de exportación y cabotaje. Ferrocarril. Alojamientos.

○ SAN JUAN DE ALICANTE. Centro de una larga playa arenosa de varios kilómetros.

○ ALICANTE. 105.000 habitantes. Capital de provincia. A Madrid, 455 Km. por ferrocarril y 344 por carretera. Puerto con tráfico de

del mundo reside en su peso. En lo que se agarra a la tierra, en la ponderación de sus piedras, en la gravedad de sus monumentos. No en vano llamó Garcilaso a Toledo «ilustre y clara pesadumbre». A Málaga le vienen mejor unas palabras de Lope de Vega: «Ay, la loca, sienes de aire».

En Málaga se diría que hasta los monumentos más grandes, la naturaleza más consistente, están como en el aire. No es una ciudad en la que lo construido por el hombre vaya hacia abajo, tenga una tendencia natural (físicamente natural) a penetrar en la tierra, a basarse y afianzarse en ella. Málaga parece por su luz, por su aire, por su ámbito, estar como levemente posada en el terreno.

Al salir de Málaga, pasado el Guadalhorce, se inicia un aire espacioso de campos feraces. A unos cuantos kilómetros nos encontramos en Torremolinos. Desde la entrada se puede ver que se trata de un pueblecillo luminoso, pintoresco y agradable. Hace veinte años era solamente eso. Ahora es algo más porque junto a su carácter de aldea a la vez agrícola y pescadora se ha formado un nuevo aspecto: el de una de las estaciones de turismo más frecuentadas y atrayentes de Europa. Se han construido casas, se han hecho numerosos y bellos hoteles y se ha mantenido un orden estético, entre rústico y marinero, que da un tono particular a su conjunto. Algunas excepciones hay, que saltan a la vista, por lo desventuradas; pero, en general, Torremolinos es una ciudad armoniosa y bella, que mantiene, por encima o por debajo de su reciente tono de *ressort* internacional, un insistente y grato aire pueblerino. Abundantes lugares de esparcimiento sirven para recreo, y el que esto no apetezca, tiene a su alcance las noches blancas, la brisa litoral que no exige para su sabor meterse en andanzas cabareteras, el delicioso tempero del día.

Aquí se encontrará el primario vino de la comarca, tan rico, junto al más complicado cóctel; aquí, la campesina rozagante de anchas faldas, junto a la nórdica europea, esquemática y sofisticada; aquí, el robusto marengo de voz aguardentosa, que mira con desprecio al frágil doncel indefinible, harto de balnearios, llegado desde el diablo sabe dónde; aquí, mujeres españolas con sus prestigios indígenas, y mujeres extranjeras, con sus prestigios importados; campesinos de la vega con sus burros cargados de fruta sabrosa, y ciudadanos del mundo en sus automóviles cargados de tedio y relucientes maletas; aquí el inglés calmoso encuentra mayor calma, o la precipitación suficiente para descalabrarse; el francés pierde, en la medida de sus fuerzas, la nostalgia de su «douce France», y el norteamericano se entusiasma lo necesario para no irse nunca de este paraje, como el celtíbero cansado de niebla se refocila al sol. Las playas son muchas, abiertas y aireadas. Torremolinos es limpio, aldeana y universalmente limpio. En



Nerja

exportación y cabotaje. Hoteles. Monumentos.

COSTA DEL SOL

- O MOTRIL. 25.000 habitantes. Pensiones de segunda.
- O SALOBREÑA. Buena playa. Alojamientos.
- O ALMUÑÉCAR. Ruinas fenicias y romanas. Espléndidas playas. Hotel de primera y pensiones.
- O MARO-LA HERRADURA. Típicos pueblecitos. Alojamientos.
- O NERJA. Magnífico panorama desde el Balcón de Europa. Grutas naturales de gran belleza. Pensiones y casas de huéspedes.
- O TORROX. Típico pueblo fundado por los romanos.
- O CALETA DE VÉLEZ MEZQUITILLA. Aldea de pescadores. Sin alojamientos públicos.
- O TORRE DEL MAR. Extensa playa. Pensiones. Chalets amueblados.
- O RINCÓN DE LA VICTORIA. Pintoresco pueblecito. Hotel de primera.
- O MÁLAGA. Capital de la Costa del Sol.
- O TORREMOLINOS. Lugar favorito del turismo. Nueve kilómetros de playas. Hostería de la Dirección General de Turismo. Varios hoteles de lujo, primera, segunda y pensiones.
- O BENALMADENA. Pintoresco pue-



Barrio de la Peña, Ibiza

algunas de sus calles, que parecen hechas para oír un rasguear de guitarras en la noche, se abren las tiendas modernísimas, y a la vera de la taberna más olorosa a pescado frito se halla la peluquería de señoras más complicada que haya podido verse en toda la espaciosa España.

Pasado el Arroyo de la Miel (decidme si hay un arroyo con más dulce nombre) vemos a la derecha, en la altura, el pueblo de Mijas, cobijado por su serranía. Más allá, Fuengirola, la antigua Suel romana, levantada junto a la Vía Aurelia que después fue árabe. En el castillo, que se yergue airoso en su propia ruina (y que, al parecer, va a ser transformado en hotel dentro de poco) nació, el año 1115, el gramático y filósofo Abderramán-ben-el-Sohaile. Más allá, a unos 56 kilómetros de Málaga, está Marbella, ciudad de justo nombre, recostada en la playa entre las primeras estribaciones de la Sierra Blanca. Menos «universal» todavía que Torremolinos, aún algo recoleta y apartada del mundanal ruido. Pasamos por entre bosques de pinos, encinas y eucaliptos. ¡Qué admirable y espléndida variedad! El olfato, maravillado, no sabe lo que le pasa, y lucha con la vista en un combate sin vencedor. Al fondo se ve la Sierra de Marbella. Nos sentamos a tomar una refacción en un restaurante delicioso. Se oyen palabras en todos los idiomas. No es Babel, es la Costa del Sol.

Y en el aire limpio y claro hay una sensación de estabilidad, de encanto, de ganas de no moverse nunca de aquí. No, no es de aquí de donde tendría que alejarse el niño aquél de la balada de mi infancia, con su arpa querida.

Aquí se está bien.

JOSE MARÍA SOUVIRÓN

... Y LAS ISLAS

Mallorca, romántica y cosmopolita

Si quiere usted estar «a la page» no diga: «Voy a pasar mis vacaciones a Palma de Mallorca». Diga mejor: «Voy a pasar mis vacaciones a Palma de los turistas». En efecto: los turistas han conquistado pacíficamente la ciudad, con las convincentes armas de las libras, las coronas y los dólares, y se la han repartido en sectores: el sector escandinavo, el inglés, el belga, el francés, el alemán..., y luego han parcelado la costa y a cada país le ha correspondido bañarse en una playa. A los suecos, noruegos y daneses les ha tocado el Terreno. Y allí se sienten tan en su terreno que no les puede coger más toro que el que Cela tiene a la puerta de su casa, admirablemente disecado por un taxidermista madrileño. Por cierto, que la casa de nuestro académico, tan rabiosamente española, tan furiosamente carpetovetónica, rodeada de blondos nórdicos, de atlética contextura de vikingos, es algo así como una insólita embajada, donde gentes de ojos azules, fatigados de largas noches árticas, sacian cumplidamente su ardiente curiosidad por lo meridional. Los holandeses se han instalado en Portals Nous, incluso con tulipanes, quesos y bicicletas, si bien la abrupta costa no les permite utilizarlas tanto como en las verdes campiñas de su llano país. Y así, cuando va uno a aquel sector, dice con humorismo: «Esta tarde voy a Holanda». A los americanos les ha correspondido Palma Nova, donde entre rubias de cine y «play boys» fotogénicos se siente uno en un Miami de suplemento. Los alemanes se han instalado en el Arenal, y si no fuese por las palmeras, por la grata temperatura, y, sobre todo, por los tres camellos recién llegados de Fuerte Ventura, se creería el bañista en la elegante y nórdica Travemünde, o en Varnemünde. De ahí que al pasar de un barrio a otro se tiene la impresión de haber realizado un largo periplo viajero y sorprende que no le pidan a uno el pasaporte ni le exijan que declare nada en la aduana.

Algo parecido sucede también con los hoteles. Los americanos se instalan en el Bahía Palace y en el Fénix; los ingleses, en el Nixe, en el Victoria y en el Mediterráneo; los alemanes, en el Acapulco y en el Cristina Playas; los escandinavos, en el Bendinat y en el Maricel, y los multimillonarios de todos los países, en el Son Vida.

Pero lo bueno de Palma es que los resentimientos y las suspicacias entre los tu-

blo de la sierra. Hoteles de primera.

O COLONIA DE LA VERDAD. Chalets y quintas de recreo. Buen sitio para la pesca deportiva.

O CARVAJAL. Lugar delicioso junto a la playa. Hotel.

O FUENGIROLA Y LOS BOLICHES. Cinco kilómetros de playa. Hoteles de primera, pensiones y «bungalows».

O CALABURRAS. Magníficas ensenadas.

O CALAHONDA. Hermosos pinares y playa. Hotel de lujo.

O LA BUTIBAMBA. Lugar de gran sabor típico.

O MARBELLA. 12.000 habitantes. Dos playas. Varios hoteles y pensiones.

O EL RODEO. Excelente playa. Hotel de primera con «bungalows».

O SAN PEDRO DE ALCÁNTARA. Monumento nacional. Ruinas romanas.

O SANTA MARTA. Playas excelentes. Hotel de primera con «bungalows».

O ESTEPONA. 13.000 habitantes. Fertilísima vega. Ruinas romanas. Pensiones.

ristas de los diversos países se disipan al *socaire* de ese aglutinante inefable que es la calma y la paz octaviana que envuelve la isla. Por eso, cuando se concentran todos en la plaza de Gomila, la «*Place Pigall*» de Palma, se comprenden tan bien que diríase que, en tono menor, se ha conseguido aquí ese ideal que todavía no ha cristalizado a gran escala: los Estados Unidos de Europa. Indirectamente esto es un campo de entrenamiento de convivencia europea, y magnífico el síntoma de ponerse de acuerdo en vacaciones, porque indica que acabaron también por compenetrarse en serio.

Y los palmesanos, ¿dónde están?

Pues los palmesanos han tenido que retirarse detrás de las murallas a su vieja ciudad, dulce y señorial, a sus famosos

palaus mallorquins
imponens y grans
mitat florentins
mitat venecians.

Sin embargo, incluso esta deliciosa ciudad, con el dédalo inefable de sus calles angostas, está siendo invadida también por los turistas, y dulcemente por los recién casados de todo el planeta. Y así vemos que hasta los nobles que antes coleccionaban cuadros ahora coleccionan turistas y lunas de miel en sus salones suntuosos. Y hospedan tan bien que se les puede aplicar el verso de Rubén, cuando alude a lo buen anfitrión que era el Archiduque Luis Salvador:

Hospeda como un monje
y el hospedaje es regio...

Sólo que ahora a algunos de estos nobles palmesanos, que económicamente no están tan sanos como estaban, les ha sucedido como a los lores ingleses: que al no poder sostener su tren de vida se han visto obligados a convertirse en cicerones de sus propios palacios. Y, además, innúmeras casas particulares se han transformado en hoteles. Por eso oís decir con frecuencia: «Yo tengo en casa dos suecos y tres americanos.» O bien: «Ya no me cabe un turista más.» Tan cosmopolita es Palma que hasta se puede ver algún lapón paseando por el Borne. Esta convivencia con los extranjeros está produciendo una floración de idilios entre los mallorquines y los turistas que con frecuencia terminan en la vicaría, como si los isleños siguieran el consejo del Conde de Keyserling, que invita a los españoles a que se casen con jóvenes nórdicas, porque a la descendencia se le podrá aplicar la famosa frase latina: *Mens sana in corpore sano.*

Se han producido copiosas razones para explicar esta preferencia que los turistas sienten por la Roqueta, desde lo favorable del cambio de moneda y de sol, hasta la belleza del paisaje y la ideal temperatura. Con todo, ahora Mallorca, además de una isla para realizar periplos románticos y para retirarse a pasar el «fin de vida», es una medicina que recetan los médicos y siquiatras modernos. Y, en efecto: difícilmente se encontraría otra isla que destierre de la imaginación las ideas siniestras, que a aveces se hospedan en ella con obstinación. Los escandinavos dicen que Mallorca es eficaz para curarles el reuma; sobre todo, el reuma del espíritu. No hay neurastenia que sobreviva a la contemplación de unas cuantas puestas de sol en la impar costa de Miramar, desde donde las contemplaba el Archiduque, ni hay hombre de negocios fatigado de escuchar los ruidos horrísonos de las ciudades gigantes que no se sienta mejorado después de hacer una cura de paz en la virgiliana Colonia del Silencio de Porto Petro. Ni hay hombre atormentado por dudas o por remordimientos que no encuentre la tranquilidad en el Monasterio de Lluch, ni hay trotamundos que no halle su paisaje ideal en las calas azules y tersas de la Roqueta. Por tales razones es frecuente encontrarnos con argentinos, venezolanos, ingleses, suecos, mejicanos, franceses, etc., etc., que nos dicen: «Yo vine aquí a pasar una semana y me he quedado.» Y esto nos explica también que las parejas de recién casados prefieran esta isla para cocinar ese delicioso postre del noviazgo, e incluso que los cansados del matrimonio vengan a encontrar una segunda luna de miel. Y es que esta Isla de la Calma, como ciertas mujeres, tiene «ello», y cuando el viajero comienza a coquetear con sus paisajes, corre el riesgo de que Mallorca, con el embrujo de su cielo, con la tersura de sus calas y con las fantasmagóricas formas de sus olivos milenarios, le seduzca hasta el punto de tenerse que *casar* con la isla y vivir en ella el resto de sus días.

Todo esto explica ese alud de turistas que cada año se desprende, en el inicio de la primavera, desde la rubia Escandinavia y que invade con fuerza incoercible a Mallorca, hasta transformarla en la isla más cosmopolita del mundo. En efecto: por metro cuadrado difícilmente se encontrará una ciudad como Palma donde se oiga hablar en tantos idiomas. Pasear por esta ciudad equivale a sentirse transportado, por arte de magia, en breves minutos, a diferentes países. «¿Dónde estoy?», se pregunta el peatón palmesano, desnortado, perdido en su propia ciudad, deslumbrado por el delicioso espejuelo de sentir en torno suyo un mundo diferente. Y sobre todo, en los días grises sus dudas se incrementan. «¿Estoy en Londres?» «¿Estoy en Oslo?» Hasta que la visión de la Catedral o del Castillo de Bellver le devuelve a la grata realidad de sentirse en Mallorca. Tan cosmopolita es Palma que se puede dormir en todos los idiomas. Es decir, en voluptuosas camas francesas, con ingrávidas almohadas; en exactas camas inglesas; en asépticas camas suecas, e, incluso, en señoriales camas mallorquinas de catorce pisos (tradúzcase colchones) con doseles pintorescos. Tan cosmopolita es Palma que puede un inglés comer un menú tan británico como el que le puedan servir en el Dorchester o en el Camberlan, y un sueco puede degustar en un restaurante palmesano un plato de «Kottbullar» o de «Ynlagd Sill» y beberse una copa de «Snaps», esa famosa bebida escandinava que adquiere su perfecto sabor después de dar la vuelta al mundo en barco. Y un alemán puede beberse una cerveza casi tan excelente como la que le sirvan en Munich en «Agustina», y degustar una sopa dulce, unas salchichas o un delicioso postre de «Morren Kof», como si estuviese en un restaurante del Küferstendam. Claro que a la hora de la verdad, para sentirse más en Mallorca, y, por consiguiente, en España, casi todos piden una ración de «Porcella» con vino de Binisalem.

Y es que si los turistas invaden pacíficamente Palma y toda Mallorca, con sus «Leicas», sus «Contax», sus gemelos y sus mapas, los mallorquines les conquistan también con su sol, sus ensaimadas y sus paellas.

FEDERICO DÍAZ-FALCÓN

Paseo Marítimo, Palma de Mallorca



el revés de la trama

El público de diario

● La gente y la gloria

Nos debemos al público; infinitas veces se nos ha dicho. Somos unos monstruos de vanidad —también se nos ha dicho infinitas veces—, ciegos ante cualquier otra tentación del mundo, y lo único que apetecemos es que el público nos admire, nos halague, nos ensalce.

Si esto es así, nos conviene conocer a este público al que hemos de conquistar, que será la fuente de nuestra felicidad, y el encargado, en instancia definitiva, de dictaminar si tenemos o no derecho a la gloria, a la fama, al «Quién es quién», o, por lo menos, a una honrosa vida cotidiana.

Afortunadamente, la meseta del escenario es una buena atalaya desde la que se puede espiar día a día a los oscuros habitantes de la llanura.



Al actor de teatro le resulta fácil ir conociendo al heterogéneo monstruo. Al monstruo de mil cabezas, como se le ha llamado siempre. A «la fiera, la verdadera, la única», como definió un conocido novelista, cuyo nombre no menciono porque está algo pasado de moda. O al «monstruo de seis cabezas», como dice, muy acertadamente, un escritor amigo mío, refiriéndose a que el público cuando verdaderamente es monstruoso y destructor es cuando es escaso.

Porque atemoriza mucho al actor ese momento en que el telón se alza y descubre un negro panorama compuesto por mil sombras apretadas, oscilantes, que elevan un sordo rumor de amenaza aplacado poco a poco, pero lo que le llena de auténtico pánico es que al alzarse el telón no haya en el patio de butacas más que seis u ocho señores aislados, enfadadísimos por haberse equivocado de teatro, por no haber sabido elegir el espectáculo de moda.

Entre este público escaso y los actores se suele establecer casi siempre una corriente de odio. Las señoras recriminan a sus maridos:

—¿Ves, Felipe? Ya te dije que aquí no había nadie.

Todos quieren descargar las culpas en el vecino, y nadie sabe cómo va a explicar al día siguiente en la oficina que perdió el domingo de manera tan lastimosa, en vez de ir al teatro de enfrente, que estuvo abarrotado.

Este público escaso, que se siente ridículo y estafado, no comprende que la culpa de su escasez no es de los pobres actores, que se sienten más ridículos aún, sino de los espectadores que no han querido venir. Los actores, sin duda, han actuado en otras memorables ocasiones a teatro lleno —porque la vida estaba más fácil, porque no había nevado, porque no había obras en la acera, porque la comedia estaba mejor tramada, porque llovía, porque la primera actriz y el primer actor eran entonces matrimonio, en fin, por una de esas infinitas y misteriosas causas que hacen que a los espectadores les resulte atrayente un espectáculo.

Pero también, por su parte, los actores, cuando su objetivo no se cumple, cuando el público es escaso, conciben inmediatamente un desprecio mortal e injusto hacia ese pequeño y tierno monstruo de seis cabezas, como si hubiese sido capricho suyo nacer así de capitidisminuido. Los actores no se hacen fácil y rápidamente a la idea de que los que han venido lo han hecho llenos de ilusión, y son opuestos a los que han dejado de venir, sino que los consideran representantes de ese público ausente; como si el público, reunido en un extraño sindicato, hubiera decidido:

—Mañana, vosotros seis id al Teatro Fulánez, para que esos desgraciados de cómicos vean que somos muy pocos.

Pero como Dionisos vela por nos, el teatro atraviesa frecuentemente épocas de auge y el histrión puede proseguir su empírico análisis de la masa espectadora. Y llegar a conocerla mejor aún de lo que ella misma se conoce, ya que el espectador nunca se contempla a sí mismo, ni aun a sus vecinos de butaca, como público, como masa, sino como individuo, que es, precisamente, todo lo contrario. Eso que oímos decir a veces: «Yo soy público», siempre es mentira. El público aún no ha recibido el don de la palabra. Lo más aproximado a eso que se ha conseguido hasta ahora es el Orfeón Donostiarra. Pero necesita muchos ensayos.

● La tos pública

Frecuentemente, los espectadores, los críticos y hasta algunos profesionales, consideran al público como un todo homogéneo, y se les oye decir: «al público no le gusta», «al público sí le gusta», «el público quiere que las películas sean de amor» o «el público ya está harto de películas de criminales». Pero el actor, que conoce un poco más a ese autoritario público, debe saber

ESCRIBE FERNANDO FE

lo poco cierta que es esta homogeneidad, los distintos sectores en que el público se divide, lo oscilante, influible y caprichoso que es en sus gustos. ¡Qué más quisiéramos nosotros, sino que el público constituyese un todo uniforme con un gusto claro y definido, aunque ese gusto fuese el peor! Nos limitaríamos a servirle y a enriquecernos, y guardaríamos las reservas de nuestro más fino talento para aburrir a nuestros amigos y familiares.

Para el actor de teatro —en una división un tanto ligera y convencional— son totalmente distintos el público de estreno y el del resto de las representaciones. Y, precisando más, podríamos decir que hay público de estreno, público de diario y público de domingo. Y hasta público de tarde y público de noche.

Junto a algunos inconvenientes, presenta señaladas ventajas. Una de ellas —que le diferencia esencialmente del público de estreno— es que suele pagar para ver los espectáculos. Otra, la de no ser agresivo. Una comedia definitivamente mala, que el día de su estreno haya sido considerada como tal entre protestas constantes y denuestos contra su autor, puede seguir representándose durante quince o veinte días —y es norma hacerlo así por la imposibilidad de improvisar un nuevo espectáculo de la noche a la mañana— ante un público probablemente escasísimo, pero, eso sí, paciente, resignado y correcto. Y si la obra es cómica —o pretende serlo—, este escaso público quizá celebre con tímidas risitas los momentos menos desgraciados.

Pero este angelical público tiene el grave inconveniente de que tose más y entiende menos. El público de estreno también tose. Y, a veces, mucho. Pero cuando tose lo hace de una manera deliberada. Es una tos profesional la suya. (No tose, en definitiva, el público, sino unos individuos hipócritas y malintencionados. Si tosiera alguna vez EL PÚBLICO saldrían volando los decorados.) Esta tos del estrenista es una señal de encubierta protesta, es algo así como un «vicepateo» o un «prepateo».

El público de diario, en cambio, tose de buena fe, tose sin ninguna intención, tose, sencillamente, porque le pica; pero tose. Y para el actor es una tabarra, la verdad sea dicha. El trabajo del actor consiste en hablar, en escuchar, en entrar en trance, y, por tanto, precisa silencio. Una tos en el teatro es como una luz en el laboratorio de un fotógrafo.

Hace algunos años llevé a cabo una temporada en pleno invierno; terminábamos justamente a la llegada de la primavera. Las representaciones eran como atravesar un laberinto de ruidos. La temporada siguiente fue de cara al buen tiempo. Pensé que estaríamos libres de toses. Pero no fue así. Por lo visto —y por lo escuchado— en la primavera es cuando florecen las alergias. Y no cabe la solución de dejar la cosa para el verano, porque llega el calor, las señoras sacan los abanicos, y entonces sí que no le dejan vivir a uno.



● Cultura general

Además de este incómodo defecto de la tos, otro de los defectos que podemos achacar al público cotidiano es el de entender menos que el de estreno. Con esto no pretendo afirmar que entienda menos de calidades literarias, sino que se le escapan determinados matices por un problema de falta de información. El público de diario es amorfo, y así vemos cómo a veces se divide en sectores y se percibe desde el escenario —nuestra atalaya particular— qué frase ha sido comprendida por los estudiantes, cuál por las señoras gruesas del patio de butacas, y cuál otra por dos empleaditas del principal. Cuando la obra que se representa no plantea un problema universal —el amor y el matrimonio, pongo por caso, porque no hay otro caso que poner—, sino que se refiera a determinada especialidad, fácilmente se advierte cuándo hay entre el público más o menos iniciados en dicha especialidad.

La falta de información de nuestro público medio respecto a temas de cultura general es una de las causas de que nuestro repertorio teatral y el propio repertorio expresivo de nuestros autores no sea más variado. Nadie se decidió a montar en España, en su tiempo, *Júpiter*, de Boissy, o la *Elena*, de Roussin, o *La guerra de Troya...*, de Giraudoux, por dar por supuesto que nuestro espectador medio no tiene las suficientes nociones de mitología griega.

● Lo «snob»

Actualmente se está desarrollando entre nuestro público una beneficiosa corriente de esnobismo. El esnobismo es fingir que a uno le entusiasman cosas que le han aburrido soberanamente o que le han sumido en la más profunda perplejidad. El simular que se comprenden matices que no pueden ser comprendidos más que por los muy iniciados, acaba, en algunos casos, a lo tonto —y pocas veces mejor dicho—, por habituar al espectador a espectáculos de una calidad más depurada. Nuestro público, entre bromas y veras, está empezando a acostumbrarse a simular que se interesa en las sutilezas de Giraudoux o en las lucubraciones de Ionescu, y a lo mejor al cabo de veinte años se encuentra con la sorpresa de que es capaz de gozar las bellezas de un romance de Lope.

Aparte este esfuerzo recientísimo por estar *a la page*, hemos de agradecer al público de diario el hecho de que elija los espectáculos, en vez de asistir a todos por obligación, según hace el público de estreno, como si ya en la cuna algún hada maligna le hubiese impuesto esa obligación de por vida. El llamado público de estreno asiste a todos los estrenos indiscriminadamente, ya sean de Unamuno o de Celia Gámez, ya se trate de *El pleito sacramental del alma y el cuerpo* o de una versión teatral en veinte cuadros de *María, la hija de un jornalero*.

En la literatura —novela, poesía, ensayos—, el público no se comporta de esta extravagante manera. Al lector habitual de Mike Spillane no le causará la más pequeña impresión el anuncio de que Aldous Huxley o William Saroyan publiquen un nuevo libro, y viceversa. Tampoco tengo noticias de que los graves melómanos aficionados a Bach o a Bela Bartok acudan a cualquiera de los múltiples «festivales de la canción» con ánimo de manifestar su protesta si los temas son manidos o los desarrollos melódicos poco profundos. Esta adaptabilidad de la comedia de intrincada tesis al melodrama ramplón; del vodevil vulgar y desvergonzado a los autos sacramentales, es privativa del público de estrenos de teatro. Porque el del día siguiente al estreno, el público angelical, ya elige, ya no asiste por obligación sistemática, ya va a ver al actor Tal porque le gusta, y a la actriz Cual porque es su predilecta. Y, en cambio, con Fulano, ese actor tan famoso pero que le cae tan mal, y cuyo arte no comprende, adopta la delicada postura de no ir a verle nunca. Y ese gesto, aunque no contribuye de manera directa a aumentar los ingresos del famoso actor Fulano, desde el punto de vista de las relaciones sociales es muy de agradecer.

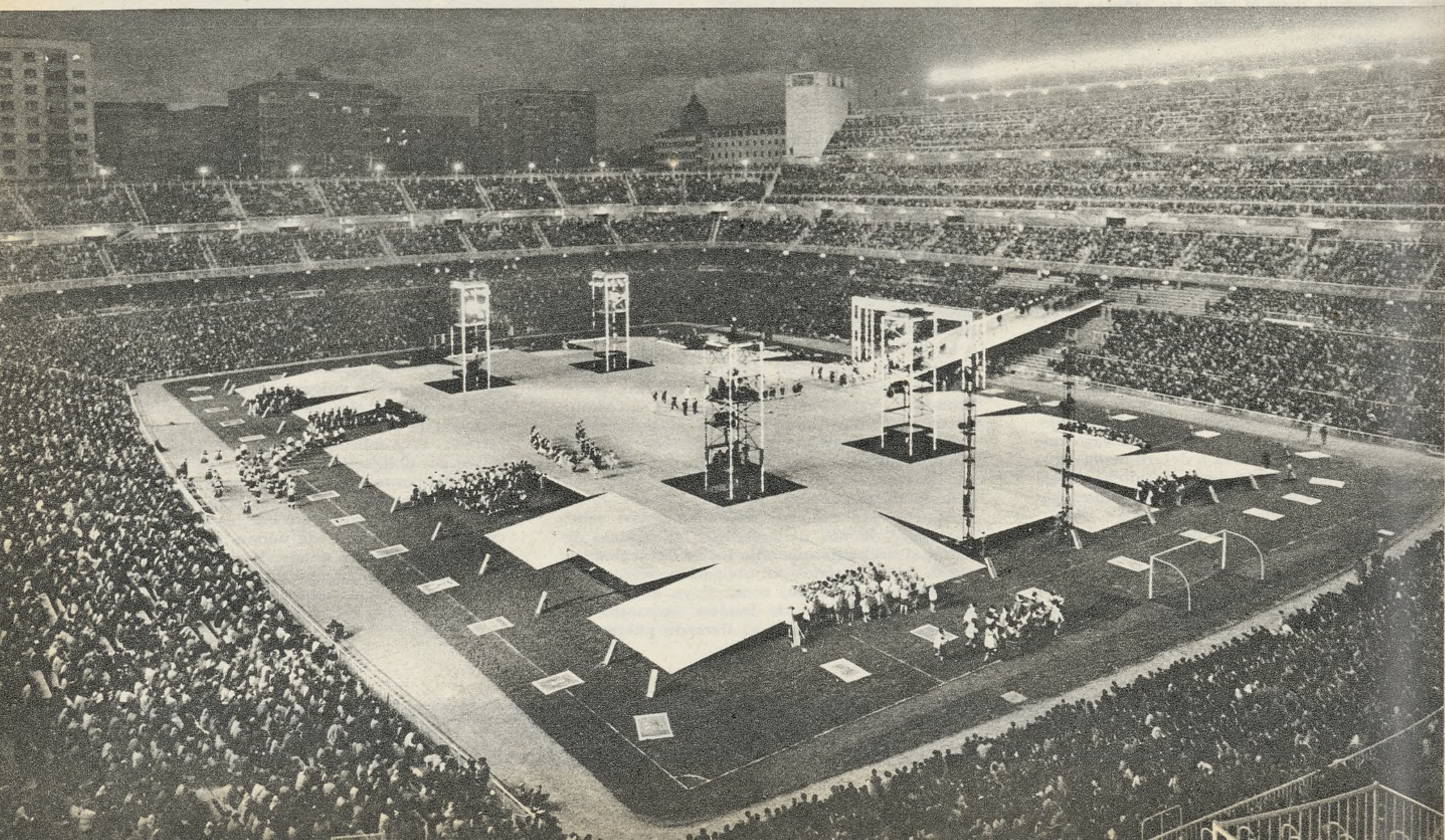
1562
1962

LOPE DE VEGA

Celebramos en este año una fecha excepcional para las letras hispanas. Hace cuatro siglos que nació el Fénix de los Ingenios Españoles, Fray Lope Félix de Vega y Carpio, acaso el talento de más amplias y prodigiosas luces de toda la historia de la literatura. Con su nombre han vuelto al primer plano de nuestra atención las invenciones plurales de su genio. Escenarios y publicaciones, versos y músicas están llegando en esta efemérides a dar gloria renovada a quien tanta nos da sobre los tiempos. Como homenaje de nuestra revista —que se verá aumentado en sucesivos números— publicamos hoy este trabajo del profesor, poeta y académico Gerardo Diego. Alternando los párrafos de su semblanza del Fénix, ofrecemos estas fotografías de dos conmemoraciones, entre las muchas que se están celebrando y se celebrarán. Una de ellas ha sido la V Demostración Sindical, que este año ha tenido el acierto de estar íntegramente dedicada al insigne poeta. Tres mil trabajadores españoles, de las más diversas profesiones y oficios, se distribuyeron, entre verso y danza, por los múltiples escenarios preparados al efecto en el estadio Bernabéu.

En nuestras páginas de color damos también unas escenas de la «Fuenteovejuna» montada en el Teatro Español de Madrid. Asimismo, en el Teatro María Guerrero se representó «La bella malmaridada», y otros escenarios de Madrid y de las provincias españolas están compitiendo en las honras a Lope. Por todo ello, estas páginas nuestras se unen al año pródigo de evocaciones lopistas que están en desarrollo.

Por GERARDO DIEGO
(De la Real Academia Española)





La vida de Lope de Vega, menos bella, moralmente hablando, que la de Cervantes, presenta un atractivo novelesco y síquico de primer orden. A juzgar por sus hechos y sus palabras, Lope fue un insaciable, un ambicioso, un hiperestésico, un sensual exigente e imaginativo, un verdadero «monstruo de la Naturaleza» por su furiosa y proteica actividad mundana y mental, capaz de embarcarse en la Armada contra Inglaterra o de abofetear a una querida, de «amar y aborrecer» (los dos extremos en que él mismo reconoce que únicamente ha vivido), de enternecerse ante el balbuceo de un niño, ante la gracia mojada de una florecilla, o de arrancarse sangre de los lomos con las disciplinas del penitente. Sólo teniendo en cuenta su inverosímil fuerza biológica, su poder de fecundidad, que no reconoce par en la literatura universal, pues que nunca se dio aliado como en él con la más constante y finísima calidad, podemos acercarnos a la selva inmensa de su obra con posibilidades de comprensión y valoración. Un estudio mínimo de ella, requeriría ocuparse sucesivamente del poeta lírico y épico, del dramaturgo, del prosista, sin olvidar su teoría del mundo y del arte. Sólo unas palabras podemos decir ahora.

Como poeta, Lope de Vega es en la calidad un milagro único en la poesía de todos los tiempos. Otros le han superado en esto o en lo otro. Garcilaso, en primaveral virginidad; Fray Luis, en espíritu y alteza; Góngora, en construcción y firmeza verbal; San Juan, en el rapto angélico. Hay que añadir que tanto en el poema épico mayor o menor como en el poema lírico, que exceda los límites del romance, de la letra para cantar o del soneto, especies breves en las que es habitualmente perfecto, se muestra incapaz de la paciencia y del sentido de la arquitectura. La desigualdad y el capricho, el dejarse llevar del abandono asoman en cuanto trasponemos las primeras estrofas. La blandura y molicie de Lope son incorregibles. Pero dicho todo esto, tenemos que afirmar resueltamente que el tejido, la seda, el terciopelo o brocado de sus versos es de tal asombrosa calidad al tacto, a la vista o al olfato mismo, que nadie le iguala.

Hay que adentrarse en la lectura de sus grandes poemas, la *Jerusalem* o la *Angélica*, o de sus poemas mitológicos y menores como la *Circe* o *Ama-*



rilis, con confianza pero no con designio de abrazar la curva de una órbita que tantas veces se enmienda o se traba, sino para recoger al paso flores de súbita y felicísima poesía, y entonces nunca seremos defraudados.

Otro tanto podemos decir del otro bosque intrincado de sus cientos y cientos de comedias. También aquí la poesía nos aguarda a la vuelta de cada escena, de cada soliloquio, canción lírica o musical, diálogo o descripción. La poesía lo baña todo: la acción libérrima, rápida, desenvuelta; los personajes, tocados de gracia y simpatía; el paisaje intuido, revelado, diverso, profundo; los objetos, bodegones y enseres; todo se transfigura en poesía sin dejar de ser minuciosamente auténticos, reales. La superioridad de Lope, dramaturgo sobre todo, si se exceptúa Shakespeare, radica en ese don de poeta, en esa atmósfera mágica que inmaterializa el verso y levanta ingrávida la escena a una sobrerrealidad que guarda las mismas exactas proporciones de la vida. Pero, además, en sus comedias, la arquitectura teatral está lograda no se sabe cómo, por extraña intuición de lo que es el *tempo* teatral y de la plasticidad frente al pueblo espectador. La comunión de Lope y del pueblo español de su tiempo es perfecta. Comedia tras comedia, le encanta, le sugestiona, le arrebata. Cada dama y cada galán del público se ve sorprendido y magnificado poéticamente en las tablas y se siente, tarde tras tarde, vivir en cien épocas distintas y multiplicarse en cien almas y ceñirse de atavíos deslumbrantes. La levedad graciosa, aérea de la comedia o de la tragedia lopesca, realiza la perfección dentro de su propia iniciativa, no siempre, claro está, pero sí mayor número de veces que cualquiera de los grandes poetas del teatro universal.

Ya en su ancianidad se dirige a su amigo de niñez Claudio Conde en una encantadora *Égloga*, y contempla con mirada de padre y aun de abuelo toda su obra y le va subrayando su profunda originalidad y la inmensa deuda confesada o sin confesar por sus discípulos innumerables que de él aprendieron a pintar los caracteres personales —el villano atento al fuego, la furia del amante sin consejo, la hermosa dama, el sentencioso viejo— y tantas otras almas de seres distintos e inconfundibles. Sí, se lo deben y le copian. Pero él lo advierte y lo denuncia. «Pero también conozco / cuando es la vista ajena: / que no ha de dar la de un enano

asombro / si le lleva un gigante sobre el hombro.»

Me gustaría presentar un muestrario de la diversidad y de la fecundidad creadora de la poesía teatral de Lope. Pero ¿cómo abreviar lo inmenso, cómo recoger el océano en la concha del niño? El apólogo de San Agustín (que, naturalmente, también está poetizado por Lope, porque en Lope está todo) que en los combates de su razón contra su fe pudo ser milagroso y angelical, en lo humano de Lope sirve para guardar las debidas distancias entre el crítico o el aficionado y el poeta.

Recordemos sólo un par de pasajes para que el verso de Lope compense la insuficiente prosa de nuestro siglo. En la comedia «Quien todo lo quiere...», Lope hace poesía replicando a los descontentos que censuran o silban las comedias del pobre poeta:

En eso a todas las artes
se aventajan los poetas;
si muere un enfermo, nunca
con el médico le entierran;
si pierde el pleito el letrado,
el dueño pierde la hacienda.
¿Qué labrador ha buscado
al astrólogo que yerra,
aunque por los almanaques
sembrase dos mil hanegas?
¿Qué cosmógrafo castigan
porque diga que la Persia
cae doce leguas de Flandes
y diez y nueve de Illescas?
Pero un poeta que escribe
comedias, tanto desea
agradar a quien las oye,
que es lástima y aun vergüenza
no perdonarle si al blanco
tal vez no acierta la flecha.
—Dice don Pedro muy bien.
—Cuando las comedias vengan
de año a año como flota,
pese a tal darles carena.
Pero a quien da cada día
partos del ingenio...
—Espera,
que tampoco a esos ni a esotros
les vamos a sacar prendas.
No pongáis límite al gusto,
que ya en la Corte se huelgan
más con las comedias malas
que con las que salen buenas.
En las malas hablan todos,
silban, gritan y aun las dueñas
con su poquito de llave
se meten a ser discretas.

¿Queréis saber lo que duran promesas de enamorado? Os lo dice un personaje de «La resistencia honrada»: «Cielo en verano nublado, / nube con aire de sierra, / arco entre el cielo y la tierra, / pólvora con fuego echado, / cometa en aire encendido, / letras hechas en arena, / noche en octubre serena, / febrero del sol vestido, / tranquila mar de levante, / que los de tierra aseguran: / lo mismo son, y esto duran / las palabras del amante.»

G. D.



LA SEMANA I



La revelación del cine británico, Hayley Mills, protagonista de «Cuando el viento silba», de Bryan Forbes

12 PAISES ANTE EL JURADO

Por MANUEL ORGAZ

La Semana Internacional del Cine de Valladolid tenía, hasta el año pasado, la nota característica de estar dedicada al «Cine Religioso y de Valores Humanos». Este año, aumentando en intensidad lo que restringía en extensión, cambiaba su segundo apelativo por el de «Valores Morales». No obstante, al estar centradas las III Conversaciones Internacionales de Cine —desarrolladas paralelamente a las exhibiciones— sobre el tema «El Hombre y el Cine», se restablecía la amplitud de anteriores convocatorias; si no en las imágenes a concurso, sí en las oraciones a discurso.

Confieso que la breve lista de filmes inscritos en la sección de Valores Religiosos me producía cierta inquietud, no por su limitación en número, sino por sus títulos y referencias: «Francisco de Asís», estadounidense; «Satanás nunca duerme», inglesa; «La Séptima Pregunta», alemana, y la italiana «Poncio Pilatos». Al presenciar las proyecciones esta inquietud se vio confirmada: excepto la película germana «La Séptima Pregunta», las tres restantes podrían ser más bien de tema y no de valores religiosos por su superficialidad e intención comercial. Presenciábamos simplemente tres filmes vulgares de exhibición. En cambio, la película japonesa «La Isla Desnuda», presentada tardíamente al Certamen, pudo haber evitado la declaración de premio desierto para esta sección.

Ocho países con once largometrajes concurrían a la otra sección del Certamen, la de Valores Morales. Sobresalían el magnífico lote italiano con dos filmes excelentes: «El empleo» y «Bandidos en Orgósolo» (éste fuera de concurso) y el presentado por los países de la Unión Cinematográfica Hispano Americana, con la producción argentina «La Patota» («Ultraje»), la mexicana «Yanco» y la española «Cerca de las estrellas». La calificación de participación notable correspondió a Francia, con dos películas desiguales e interesantes: «La Cruz de los vivos» y «Los nuevos aristócratas», y a Inglaterra con una producción correcta: «Cuando sopla el viento». En fin, Bélgica presentó un largometraje de carácter documental, «Pleno Sur», y Estados Unidos la adaptación teatral «El sol brilla para todos» y una película de Walt Disney, «El magnífico rebelde».

DOS GRANDES FILMES ITALIANOS

Italia, que acaba de batir una marca de producción con cerca de 250 películas realizadas en un año, se encuentra en primera línea del cine mundial. Como en Francia, junto al aumento numérico de filmes se registra una auténtica tensión de calidad. Es curioso observar que son los jóvenes documentalistas quienes, al pasar al largometraje de argumento, han descubierto las fórmulas más acertadas de este elevado nivel artístico. Y precisamente acudían a Valladolid, representando a Italia, dos de estos nuevos directores provinientes del campo documental: Ermanno Olmi, con «El empleo», que obtendría el primer premio, «Espiga de Oro», de la sección de Valores Morales, y Vittorio de Seta, con «Bandidos en Orgósolo», presentada fuera de concurso.

En esta simple reseña no caben análisis ni juicios críticos de todas y cada una de las películas presentadas. Pero digamos que, a nuestro entender, «El empleo» señala la cumbre del neorrealismo italiano a la que ha llegado por los más honestos caminos de la poesía, la observación psicológica y la hondura del personaje. Formalmente, esta película pasará a los cine-clubs de cada año por su autenticidad de realización, por su montaje perfecto. En cuanto a «Bandidos en Orgósolo», se encuentra en esa línea donde confluyen el documental y el cine de argumento, con un prodigioso dominio de la Naturaleza filmada y con una temática de protesta social.

DOS GRANDES PELÍCULAS (Y MEDIA) EN LENGUA ESPAÑOLA

El Instituto de Cultura Hispánica de Madrid viene otorgando en los Festivales cinematográficos de San Sebastián y Valladolid premios especiales para las mejores películas concurrentes a los mismos, realizadas en lengua española, y con independencia de los restantes galardones oficiales u oficiosos de cada Certamen

(por cierto que premios análogos han sido establecidos también, últimamente, por el Festival argentino de Mar del Plata). Pocas veces como en esta VII Semana de Valladolid la concurrencia para este premio habrá sido tan elevada en nivel técnico y artístico. Se presentaban tres películas: la argentina «La Patota», de Daniel Tinayre; la española «Cerca de las estrellas», de César Ardavín, y la mexicana «Yanco», de Servando González.

«La Patota» se presentaba con el título de «Ultraje» en una versión sonora que llamaríamos de «doblaje a la C»; es decir, suprimiendo el «seseo» característico del habla de Argentina y otros países hispanoamericanos, de Andalucía, Canarias y otras regiones españolas. Se trata de «media» gran película, sobresaliente en la realización y montaje; correcta en una interpretación en la que destacan Mirtha Legrand y Walter Vidarte; deficiente en el guión y diálogos.

«Cerca de las estrellas» llegaba a Valladolid con un primer premio sindical y el trofeo para la mejor película en español presentada en el último Festival de Mar del Plata. Su argumento se había extraído de la obra teatral de igual título, revelación del joven dramaturgo Ricardo López Aranda. Entre sus muchos aciertos, «Cerca de las estrellas» tiene uno histórico para el cine español: el de ser un modelo de adaptación a ritmo cinematográfico de una obra escénica. El notable director argentino Tulio Demicheli —quien formaba parte del Jurado— preguntaba con sorpresa si la película procedía de una obra teatral, lo que es el mejor elogio que, en este aspecto, puede hacerse. «Cerca de las estrellas» está en la mejor línea del realismo español de «Surcos» y de «El pisito»; pero con mayor madurez técnica, con la cámara prodigiosa de Juan Julio Baena en su mejor momento de profesional, con una dirección y realización importantes. El film obtendría el Premio «Ciudad de Valladolid» para la película de mayor inquietud y estuvo empatado, hasta el último momento, con la producción mexicana «Yanco» para el Premio «Instituto de Cultura Hispánica».

En 1961 este Premio había sido otorgado a la película mexicana «Macario», de Roberto Gavaldón. De nuevo México, este año, iba a conquistar el trofeo —materializado en una magnífica carabela de plata— con un filme sobresaliente: «Yanco», de Servando González, que recibió las mayores ovaciones de público —junto con «El empleo»— de toda la Semana de Valladolid. Servando González ha realizado en este empeño magistral algo muy difícil: manejar el símbolo, los valores poéticos y plásticos con tanto acierto como podría haberlo hecho, por mejor ejemplo, Ingmar Bergmann; pero desarrollando este cine poemático en las coordenadas geográficas de un México indio y caliente, gritadamente realista, lejos de sagas y nieves hiperbóreas. Si, hasta ahora, la historia de la cinematografía mexicana parecía resuelta con los nombres de Eisenstein y Emilio Fernández, pensemos que de este enfrentamiento entre la naturaleza y la leyenda en las dos mencionadas películas de Gavaldón y Servando González puede y debe arrancar un camino de hallazgos o de búsquedas que nos dé la auténtica dimensión del cine de México, realista, pero espiritual; autóctono, pero cristiano; problemático, pero poemático.

PELÍCULA JAPONESA

La última película presentada en la Semana de Valladolid, la japonesa «La Isla Desnuda», obtendría dos galardones: el Premio «San Gregorio», que se concede indistintamente a la película de largo o corto metraje que mayor interés y aportaciones contenga en su tratamiento fílmico, y el de la F.I.P.R.E.S.C.I., estatuido por los periodistas cinematográficos. Aún más: según nuestras noticias, estuvo a punto de conseguir el «Lábaro de Oro», primer premio de la sección de Valores Religiosos que, finalmente, sería declarado desierto.

Kneto Shindo, el realizador de «La Isla Desnuda», pertenece a la generación actual de directores japoneses enamorados de los valores plásticos de la Naturaleza, con un panteísmo instintivo de personajes insertos en su geografía fílmica. Dentro de la línea de Kenji Mizoguchi, pareció un momento inclinado hacia el filme de rabiosa, demagógica, denuncia social, revelándose internacionalmente en 1953 con su «Shu-



«Paraguay, corazón de América», de Ernesto Giménez Caballero, obtuvo el Premio «Instituto de Cultura Hispánica», para cortometrajes



La película española «Cerca de las estrellas», de César Ardavín, obtuvo el Premio «Ciudad de Valladolid», galardón que une a los anteriormente concedidos por el Sindicato del Espectáculo y el Festival Argentino de Mar del Plata



Los principales protagonistas de «Yanco», la película mexicana que logró el Premio «Instituto de Cultura Hispánica», para largometrajes en lengua española



Un plano de la película «Francisco de Asís», presentada por Estados Unidos en la Semana de Valladolid

kuzo» («Compendio») y alcanzando un gran triunfo en 1961 en el Festival de Moscú, precisamente con «La Isla Desnuda», presentada ahora en la Semana de Valladolid, seleccionada también en Francia para el premio «Victoria» a la mejor película extranjera del año. Filme de recreación del paisaje, de ritmo lento, con carga de reiteración; pero con una gigantesca belleza descriptiva, puede suponer para el cine japonés lo que «Hombre de Arán» supuso para las cinematografías occidentales.

OTRAS CINEMATOGRAFÍAS

Francia presentó dos películas *intelectuales*: «Los nuevos aristócratas», dirigida por Francis Rigaud correctamente, pero con cierto artificio libresco y educativo —en la línea de «León Morin»—, y «La Cruz de los vivos», de Yvon Govar, que repite una vez más el tema de la crucifixión del inocente con indecisiones en el desarrollo y una preocupación formalista muy del ambiente y del momento del cine francés.

La inglesa «Cuando el viento silba», de Bryan Forbes —un argumento de misstres Mills interpretado por miss Mills—, con no pocas coincidencias con «Marcelino, Pan y Vino», es un bello cuento infantil, una situación original y digna de tratamiento más hondo, resuelta con acierto. Estados Unidos presentó en la sección de Valores Morales «El sol brilla para todos», excelentemente interpretada por Sidney Poitier y dirigida por Daniel Petrie, quien fotografía una interesante obra teatral, y «El magnífico rebelde», de George Tressler, con música de Beethoven. La sesión inaugural corrió a cargo del documental belga de largo metraje «Pleno Sur», con excelente color y en el que se relatan las incidencias de una expedición científica al Polo Sur.

Se exhibieron otros 18 documentales de corto metraje que concurrían a los premios «Lábaro de Oro» para Valores Religiosos, otorgado al filme alemán «Ecce Homo», de Kurt Bernhard; y «Espiga de Oro» para Valores Morales, obtenido por el italiano «El Testamento de Cristo», de E. Piccom; así como al premio «Instituto de Cultura Hispánica» para cortometrajes, que fue concedido a la película española «Paraguay, corazón de América», de Ernesto Giménez Caballero.

* * *

Por la altura de las ponencias y coloquios de las III Conversaciones Internacionales de Cine; por haberse exhibido seis películas de largo metraje de cardinal importancia («El empleo», «La Isla Desnuda», «Yanco», «Cerca de las estrellas», «Bandidos en Orgósolo» y «La Séptima Pregunta»); por una interesante sección retrospectiva por la que desfilaron filmes de René Clair, Jacques Becker, Florián Rey, Robert Bresson, Luis Berlanga y Michael Curtiz, la VII Semana Internacional de Cine Religioso y de Valores Morales, de Valladolid, ha sido para el cineísta, para el espectador, para el crítico, una cita plenamente desarrollada, una auténtica convocatoria en busca del cine ideal.

M. O.



Foto Henecé

JULIO CARO BAROJA

Publicará su obra «Los judíos en la España moderna y contemporánea»

Coincidiendo con su ingreso en la Real Academia de la Historia

Por JOSE ALTABELLA

Don Julio Caro Baroja ha conocido la noticia de su elección como miembro de la Real Academia de la Historia cuando estaba fuera de España. Precisamente dando un curso en la Sorbona sobre temas de su especialidad. Uno de tantos cursos como, frecuentemente, dicta en las universidades extranjeras, sembrando hechos e ideas de todo ese mundo etnológico que le ha conquistado una estimación de maestro. Caro Baroja, dentro de su juventud, mantiene con sencillez una personalidad en la que se aúnan la sabiduría, la ciencia y el magisterio. Estudia, escribe, enseña. Trabaja con insobornable probidad y con un acento de caudalosa independencia.

Caro Baroja vino a Madrid unos días, a su casa, en compañía de su hermano Pío y de la mujer de éste. Y hablamos con él. Fue una conversación rápida, cara al perfil provocado por la actualidad de su elección de académico:

—A la mayoría de los españoles que trabajamos en profesiones intelectuales —nos dice— nos hace falta una mayor fe en los resultados de la disciplina, de la paciencia, el rigor en la observación (cada vez más complicada) y una fe menor en la dialéctica y en las formas de la ideación...

Y Julio Caro Baroja, a vueltas y revueltas con el tema de la observación entre los españoles, nos amplía su preocupación.

—¿Por qué los españoles subestiman el don de la observación? ¿Por qué ahora sueñan o piensan y después buscan en el lenguaje algo que pruebe y defienda que sus sueños son realidades extraordinarias? Éste es un asunto sobre el que he discurrido varias veces sin llegar a una consecuencia satisfactoria. Pero sí creo sinceramente que han de volver al viejo, al clásico realismo para empezar a hacer algo distinto, por muy áspero que sea el campo donde hayamos de realizar nuestras observaciones.

—Es decir, que según usted, querido Caro, la posición a seguir...

—Es así como adoptar el punto de vista opuesto en todo, o casi todo, al del ensayista actual.

Caro Baroja nos dice esto midiendo en toda su profundidad el concepto de ensayo, esa versión un tanto urgente y casi frívola de la cultura que, en algunas esferas del saber, se ha traducido en lo que él mismo ha calificado de «mentalidad ensa-

yística». A propósito de esto recordamos cómo, cuando en 1946, publicó uno de sus libros más trascendentes, *Los pueblos de España*, seguido del subtítulo *Ensayo de Etnología*, abordó en un grueso tomo de quinientas páginas dos tareas conjuntas: la vulgarización de unos hechos conocidos, a la vez que la estimación crítica de los mismos. Para lo primero hubo de aportar un aparato erudito de colosales proporciones; para lo segundo le bastó sencillamente ver con claridad, con simplicidad, y de un modo diáfano, lo que la práctica de su capacidad científica y su agudeza crítica pusieron ante sus ojos, luchando a brazo partido contra esa selva enmarañada de los lirismos localistas y esa abstrusa red de las esquematizaciones frías donde anidan los tópicos... Todo un afán de revisión, de búsqueda de la verdad, ha sido como el heraldo de este nuevo académico. A propósito de esto, nos dijo:

—Si de cuando en cuando no se hiciera una pequeña labor de revisión, de vuelta a las fuentes, de retroceso si se quiere, se llegaría a un momento en que se discutirían extrañas e inexistentes quintaesencias, se deduciría la realidad de un determinado tipo físico de la existencia de ciertos vocablos u objetos, y viceversa, se alcanzaría a deducir del tamaño o aspecto de un hueso todo un complejo cultural. ¡Qué hermosura y qué desastre al mismo tiempo! Hermosura, por lo grato que es a la generalidad de los hombres el tener la sensación de que la verdad se puede poseer con facilidad. Desastre porque nada más amenazador para la humanidad que el que un rector de ella se crea en posesión de la «verdad» científica y que la combine con unos cuantos deseos elementales.

Agrada oir a este hombre, todo sencillez y modestia, desvelado por ese quehacer estudioso, donde la voluntad de observar, saber, comprobar y contrastar se hace patente en cualquier manifestación. Nos recuerda mucho a su tío carnal don Pío, de quien fue amigo, consejero y secretario, todo en una pieza. Don Pío lo quería mucho y veía en él la realización de unos saberes que en sí mismo sólo apuntaron como intuición de pura actitud creadora. Caro Baroja recuerda al novelista más por la manera de hablar que por los mismos ademanes, mimético aire familiar del famoso escritor. El propio ambiente de la casa, donde vivió en sus últimos años don Pío, colabora a traernos más firme su perenne recuerdo.

Julio Caro Baroja nació en Madrid el 13 de noviembre de 1914. Hijo del editor Rafael Caro Raggio —cuya editorial ostentó el medallón renacentista de un Erasmo— y de Carmen Baroja Nessi, autora de interesantes estudios sobre *El encaje en España* y cuya preocupación estética la hizo obtener medallas en exposiciones con sus bellos esmaltes a fuego, el nuevo académico respiró una atmósfera familiar de amor a los libros y de proyección artística. Cruzan su genealogía sangres madrileña y andaluza, por el lado paterno, y vasca por el materno. Estudió en el Instituto Escuela, desde la clase de párvulos hasta el final del bachillerato, que terminó en 1931. Allí, Francisco Barnés, el profesor de Geografía e Historia, colaboró decisivamente en despertarle su vocación por los estudios históricos.

—Era un gran maestro —nos dice— y yo tengo de él un recuerdo muy grato. Imprimía a sus clases así como un fuego en el que nos daba viva la emoción de los paisajes, el recuerdo de la historia y la alegría de viajar.

—Creo que también la biblioteca de don Pío contribuyó a esas inquietudes iniciales.

—También, también. Y en gran medida, por cierto... De niño me aficioné pronto a los libros de viajes y de exploradores españoles, en las versiones editoriales románticas y postrománticas de Gaspar y Roig, y Montaner y Simón. Primero me sedujeron los grabados en madera o en cobre, para ser ganado después por la prosa, si bien un poco difusa y llena con frecuencia de galicismos, lo suficientemente excitante para hacerme soñar con imitar a un Mungo Park, Livingstone o Stanley. Personalmente, poseo tal vez una experiencia infantil más intensa en este orden que la generalidad, pues en mi casa, como digo, había cantidad de libros de viajes y de recuerdos exóticos de índole particular, traídos por parientes marinos de tierras lejanas.

Caro Baroja —al igual que su tío, quien se calificara a sí mismo de «hombre humilde y errante»— revela su espíritu nómada, de viajero de la ciencia, de profesor visitante, de buceador de razas y civilizaciones, de etnógrafo vivo y etnólogo andariego, para quien la Geografía Humana, la Sociología y la Tradición se encuentran al aire libre,



Don Julio Caro Baroja —primero a la derecha— en una reunión científica celebrada en Atenas (*Foto Panoyrgia*)

aspadas de meridianos y paralelos, paseadas por muchas lunas y muchos soles...

—Pero creo que en esto —nos confiesa—, como en otras muchas cosas, soy un retardado y que las gentes de mi generación, y aún más las posteriores, han sentido poco interés por el tipo del viajero, del explorador, y así resulta que no han valorado ni poco ni mucho los buenos libros de viajeros españoles. Siento una ligera irritación cuando pienso que en nuestro país un tomo de versos de tercer orden, una comedia vulgar, un mal trozo de historia, merecen con harta frecuencia atenciones y desvelos que les son negados a los relatos de nuestros viajeros. ¿Quién conoce las memorias del Padre Salvado sobre Australia? ¿Quién ha leído los viajes de don Adolfo Rivadeneyra? De los más antiguos hablan algunos pocos eruditos a veces. Y así resulta que si en un examen a un estudiante aplicado de bachillerato se le pregunta algo sobre los «prelopistas», contestará largo y tendido (es decir, todo lo que el manual que ha usado dé de sí). Mas si se le hace una pregunta sobre viajeros o exploradores españoles de tal o cual zona del planeta, se quedará callado.

Antes de entrar en la Universidad, donde seguiría los estudios de Filosofía y Letras, Caro Baroja trabajó con dos maestros de la Arqueología: don Telesforo de Aranzadi y don José Miguel de Barandiaran. El novel académico tiene para estos dos nombres un grato recuerdo:

—Cuando yo no era más que un adolescente sin carrera, conocí a don Telesforo en Molinar de Carranza. Pasaba de los sesenta años y estaba jubilado. Se hallaba explorando una cueva con Barandiaran. Es increíble la actividad que desplegaba. A pesar de su cojera, subía y bajaba por los vericuetos. ¡Y con qué ilusión juvenil hablaba de los hallazgos!

—También buen maestro...

—Durante los días pasados en aquella cueva de las Encartaciones, aprendí yo más que en años de Universidad. Aprendí a amar de verdad el trabajo, a no convertir la ciencia en un asunto verdaderamente burocrático, y otras muchas cosas más. Sí, fue un gran maestro, que nos dejó el ejemplo de su labor como naturalista, como etnógrafo y como arqueólogo.

Más tarde, ya en la Facultad, Caro Baroja seguiría los cursos de Obermaier, licenciándose con el premio extraordinario en la Sección de Historia Antigua. Después se doctoró con una tesis —aún inédita—, titulada «Estudio sobre las religiones antiguas de España». Pero entre la licenciatura y el doctorado, Caro Baroja tiene que poner un dique a los estudios e investigaciones, retuerce el cuello a la vocación y se dedica a trabajar, para ayudar a su familia: son los años en que revisa traducciones y redacta fichas filológicas para el Instituto Británico de Madrid...

En 1941 publica su primer libro: *Algunos mitos españoles y otros ensayos*. A éste seguirán *Los pueblos del Norte de la Península Ibérica, Los pueblos de España, La vida rural en Vera del Bidasoa, Materiales para una historia de la lengua vasca, Análisis de la cultura, Estudios zaharianos, Estudios mogrebíes, Los moriscos del reino de Granada, Razas, pueblos y linajes*...

Su prestigio se jalona con obras de enjundia y sus investigaciones saltan las fronteras. De 1944 a 1954 dirigió el Museo del Pueblo Español, de Madrid, y desde 1949 a 1950 colaboró activamente en el Instituto de Humanidades, de Ortega. Dictó cursos en Washington, en Coimbra, en Oxford, en París, en Atenas, Barcelona, Santander, Salamanca.

—¿Y ahora?...

—Estoy terminando de redactar los índices de *Los judíos en la España Moderna y Contemporánea*. Diez años de investigación y cuatro de redacción: una obra en tres gruesos tomos, que se publicará en breve.

—En síntesis, ¿qué es esta obra?

—Un libro de historia social que trata de un tema poco adecuado para alegrar el espíritu: el de la oposición de Judaísmo y Cristianismo como religiones representativas de dos sociedades, en una época de la historia peninsular. Al escribirlo me ha movido más la curiosidad que cualquier impulso emocional: la curiosidad ante una serie de enigmas que varios autores tienen planteados y aun resueltos a su modo, juzgando, encontrando aquí el bien y allí el mal, o viceversa, pero que yo no veo tan claramente resuelto como ellos. Creo, incluso, que, a veces, tales problemas se han planteado sobre base equivocada.

Obra llamada a causar sensación en el mundo científico, su aparición coincidirá con el discurso de recepción de su autor en la Real Academia de la Historia. La Etnología nacional podrá festejar el doble acontecimiento.

J. A.



El ilustre académico, en compañía de su hermano Pío y de la esposa de éste (*Foto Henecé*)

Boda de Príncipes en Atenas

La noticia, lógicamente, ha saltado todos los meridianos. El día 14 de mayo se ha celebrado en Atenas la boda de Sus Altezas Reales el Príncipe don Juan Carlos de Borbón y la princesa doña Sofía de Grecia. El Ministro de Marina español, almirante Abárzuza, fue embajador extraordinario y presidente de la misión española que asistió a la ceremonia. Más de medio millón de personas aclamaron con entusiasmo a los novios en las calles de Atenas, engalanadas con banderas de España y de Grecia.

Todas las cadenas informativas del mundo han seguido paso a paso las jornadas que se acercaban a este trascendental momento. Por otra parte, a los honores y la pompa del acontecimiento se ha unido el eco espontáneo del fervor popular. Desde el Palacio Real hasta la Catedral católica de San Dionisio, primero, y hasta el templo ortodoxo de la Virgen María, después, donde tuvieron lugar las dos ceremonias nupciales, no sólo el pueblo griego y los numerosos asistentes españoles, sino gentes de todo el mundo se habían dado cita para formar calle en el cortejo de los príncipes. Ocho princesas fueron damas de honor de la novia, y asistieron a la ceremonia todas las familias reales de Europa.

Una salva de artillería anunció en la mañana el comienzo de las solemnidades. Hasta mil dracmas llegaron a pagarse por ocupar un puesto para presenciar el desfile. Las campanas de todas las iglesias de Atenas anunciaron el momento en que las puertas del Palacio Real se abrieron para iniciar la marcha del cortejo nupcial hacia la Catedral católica de San Dionisio, que se había adornado con 45.000 flores rojas y amarillas, colores de la bandera española.

Pero, sobre lo ceremonial y lo popular, entre los mil detalles singulares a que dio lugar la efemérides, la personalidad de los príncipes Sofía y Juan Carlos ha quedado en esta hora del mundo en un plano primerísimo de atención y de simpatía.



VICTORIA DE DIOS SOBRE EL RACISMO

Por GASTÓN BAQUERO



La cuestión del racismo tiene extrema virulencia en algunos sitios de la América. Que sea en la sajona y no en la hispánica donde aparezcan regiones habitadas por colectividades humanas que todavía miran al negro como a «una pieza de ébano» y le niegan los derechos sociales, económicos, morales y culturales, no quiere decir que en la propia América Hispana no exista un *problema negro*.

Éste no consiste en la persecución feroz al hombre de piel oscura, sino que tiene otros matices, otras características, otra conducta. Es un prejuicio racial que considera al negro como tal negro, por pertenecer a una raza determinada, como inferior, o como inmoral, o como incapaz. Le reconoce a veces bondad, gracejo y fidelidad, pero en función de servidumbre. Y debido a que, salvo excepciones personales, no de grupo, el negro pertenece económicamente a la clase más pobre de la sociedad, sus posibilidades de mejoramiento son tan reducidas que se mantiene en un estado cultural rudimentario, no puede ascender, ni aun allí donde no existe el prejuicio eliminador, a posiciones de decoro o de significación. Créase así un círculo vicioso: como el negro «no está preparado», no asciende en la escala social; pero como no mejora su economía porque permanece en los peldaños más bajos de la escala, no puede prepararse.

Y de este modo, aun en aquellos países como Venezuela, Ecuador, Brasil, Colombia, Perú —para no mencionar los del Caribe, de enorme y paupérrima población negra—, donde nunca ha existido pugnacidad contra el negro, éste no alcanza nunca una plenitud de vida pública, de *normalización de su presencia* en la sociedad. No se le discrimina como en otras naciones y colonias, pero, de hecho, en la práctica, quizás sin malicia en la mayoría de los casos, permanece como arrinconado o sujeto a menesteres humildísimos. Hay médicos, hay abogados, hay periodistas, hay políticos, pero acaso por la procedencia económica, amén de la otra, no se les ve ocupando posiciones de relieve sino muy excepcionalmente. Si ya el hecho de ser pobre una persona, de cualquier raza, es grave a los efectos de la inferiorización social, el ser pobre y además negro representa una muy especial rémora para la vida. Chamfort decía: *Los pobres son los negros de Europa*. Cuando se juntan negrura de piel y pobreza de bolsillo, el mundo se convierte en una horrible prisión o en un infierno insoportable. Ser negro dos veces puede ser demasiado para una sola vida.

América Hispana tiene ante sí ese problema del negro, como tal, y tiene el del indio, el del pobre, el del campesino sin tierra, más confortantes estos tres que el del negro, por razón de número y de actualidad. La conciencia de esos problemas agita y estremece hoy a toda la América. Desde los tiempos de *Pobre negro*, de Rómulo Gallegos, y de *Huasipungo*, de Jorge Icaza, hasta los de *Siervo sin tierra*, de Caballero Calderón —el autor nunca bastante elogiado de *El Cristo de espaldas*—, ha corrido mucha agua bajo los puentes de la historia y de la política hispanoamericanas, y ya hoy no se trata de literatura, sino de fermentos revolucionarios o de revoluciones materializadas. En cada uno de esos problemas ha puesto su índice, como es lógico, el agente subversivo, marxista a veces, pero a veces nacionalista exaltado o demócrata radical o fascista sin saberlo, o revolucionario por simple ímpetu de rebeldía... Por cien caminos distintos se fragua la subversión, la caída de la estructura general de la sociedad hispanoamericana.

Los portadores de la «buena nueva» anuncian a los negros, a los indios, a los pobres, que traen la oferta del paraíso en la tierra. Beneficiándose de los defectos y fallas de la estructura, presentan como permanente lo que es transitorio y como esencial lo que es anecdótico. Al negro le dicen: «Esa sociedad en que vives, y que te discrimina e inferioriza, tiene que desaparecer de raíz, pues tu situación no se debe a la maldad de este o de aquel individuo o grupo, sino a la propia estructura básica de la sociedad, donde el predominio de los ricos y de la burguesía te cerrará siempre el paso. Mientras esta sociedad exista, tú no tienes esperanzas. Ven con nosotros, ayúdanos a derribar las clases dominantes y los privilegios, y tú te convertirás, dentro de la nueva sociedad, en un hombre igual a todos los demás en derechos y en oportunidades de vida. Para nosotros no hay razas, como no hay clases. Ayúdanos a construir el mundo de los proletarios, que será tuyo, porque tú fuiste, eres y serás un proletario.»

Es el canto de la sirena. Es la mentira vestida de aparente lógica. Ni el negro ni el indio necesitan, como no lo necesita tampoco el pobre, que la sociedad ruede en pedazos para recibir y disfrutar todos los derechos económicos, sociales, culturales, que los seres humanos deben poseer, *de suyo*, por su simple condición de hijos de Dios, en una sociedad cristiana.

Y de lo que se trata en la historia no es de la lucha de clases, ni de la revolución social exterminadora, sino de la lucha entre el bien y el mal en el seno de las colectividades humanas, sean negras o blancas. Esa lucha, en América, se representa por la constante batalla dada a los hombres de ambición política o monetaria por los hombres servidores de Dios. Desde 1511, en la voz de Fray Antonio de Montesinos, se puso en pie en América una doctrina igualitarista, en lo social y en lo económico, amparadora de los humildes, fuesen indios, negros, blancos, españoles o americanos. Ininterrumpidamente, esa doctrina se afincó, creció, hízose forma misma del desarrollo; y sus esencias, lejos de palidecer, abrillántanse con el tiempo. Son la más grande riqueza intacta, la materia prima más abundante, que tienen por beneficiar la América Hispana.

Cuando no se soñaba con la aparición del socialismo científico o no, cuando en la mayoría de las naciones se desconocía el abc de la justicia social; cuando algún desgajamiento de la religión católica presentaba como doctrina «aprobada por Jehová» la esclavitud del indio y del negro, producíase en América la aventura maravillosa de los misioneros, de los oidores, de los teólogos y juristas españoles, que combatían día tras día para someter al funcionario infiel y al colono ambicioso a las leyes de la Corona y a los principios de la religión verdadera.

No fue necesario que nacieran Karl Marx y Lenin para que los hispanoamericanos oyesen hablar de igualdad esencial del hombre, derechos de la persona humana, polémica entre el poder y el pueblo, orientación religiosa y universitaria para defender a los campesinos y a los obreros. Todavía asombran las «reducciones» jesuíticas del Paraguay. Todavía no se conoce bastante la extensión moral de la obra española en América, cuya importancia suprema, a mi juicio, estuvo en la *formación de un ser humano* dotado de características tales, que forzosamente habría de conducirse en poco menos de un par de siglos a la manera típicamente española en todo: en el afán de libertades políticas, en la rebeldía frente al poder excesivo de los gobernantes y en el sempiterno descontento ante las condiciones de vida que deterioren o desconozcan la dignidad de la persona humana. El mundo precolombino no conocía estos valores, no podía conocerlos, porque son, en la esencia, cristianos, y en la práctica o aplicación de ellos netamente españoles. ¿Y quién ha sido, de entre los humanos nacidos en tierra americana, el más representativo de esa epopeya metafísica que España hiciera el transfundir su ser con su sangre a los humanos de aquellos territorios? Víctor Andrés Belaunde responde a esta pregunta diciendo que el ejemplar humano más alto nacido en el Nuevo Mundo es Martín de Porres.

En un maravilloso día del mes de mayo de 1962, Su Santidad Juan XXIII elevaba a los altares, como Santo, a un mulato que naciera en Lima en diciembre de 1579. Si pensamos lo que supone de calidad espiritual, de grandeza de alma, de superación de las miserias humanas la condición de Santo, tenemos que llegar a una conclusión irrefutable: amén de que la Gracia hiciera por sí misma, la obra educadora de España en América, la participación en la cultura ofrecida a todos los seres, la práctica del cristianismo como un hecho diario tuvieron que poseer ya en ese 1579 caracteres muy notables para que un niño de razas mezcladas y pobre, pudiese llegar a la condición de lego.

El negro, el mulato, el mestizo, el indio, eran todavía los seres del peldaño más bajo. Pero había una escala espiritual, religiosa, que todos los seres podían remontar. Y así se da el prodigio cultural, formativo, de que en menos de un siglo de colonización, ya están los españoles cosechando santos en América —Rosa de Lima nació en 1586 y vivió de niña en casa vecina a la de Martín de Porres—, mientras que otras naciones colonizadoras, al cabo de siglos y siglos, cuando dan en nuestros días una figura de relieve, ésta es invariablemente enemiga de la civilización cristiana occidental.

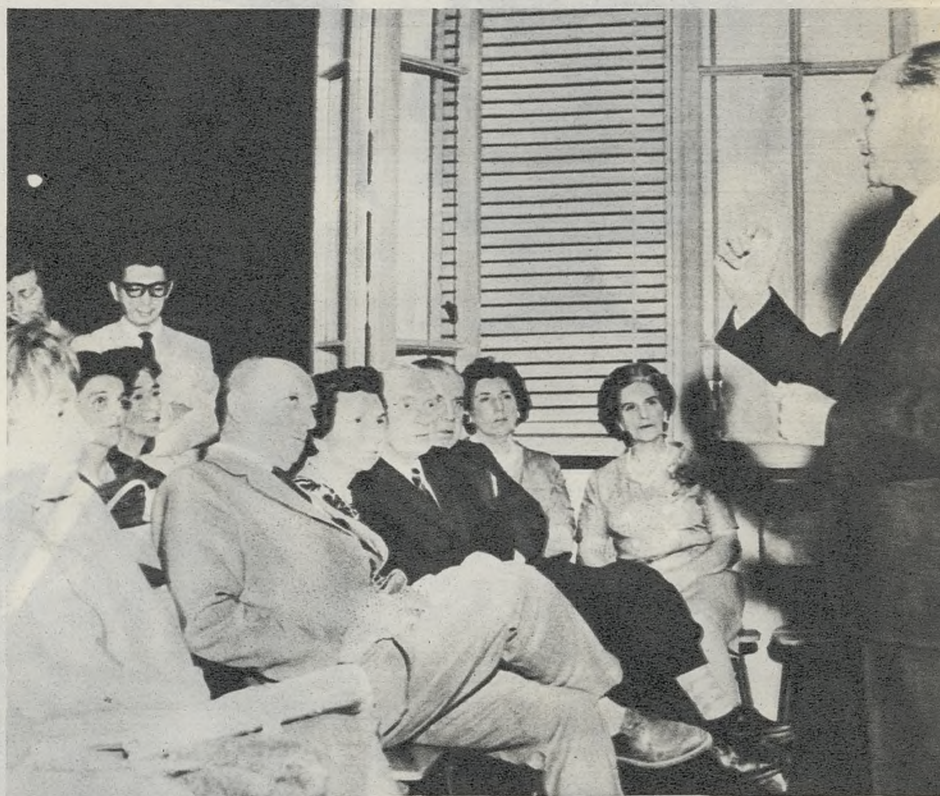
Lumumba y Martín de Porres, negros los dos, son derecho y revés de una moneda. Son dos caminos a escoger: ¿Necesita el negro de América Hispana entregarse al odio, a la destrucción, a la venganza contra el blanco, como Lumumba, o puede salvar su vida y la de sus descendientes más allá del odio y de la muerte, dignificando su existencia sin humillar a la especie humana? ¿Puede el negro, hijo de raza que fuera esclava, contribuir a una nueva forma de esclavitud como la que el comunismo representa, cuando tiene ante sí el camino de la libertad total, de la libertad que incluso llega a otorgar al negro el señorío del cielo?

Martín de Porres no ha sido elevado a los altares ahora por mor de conveniencia o de demagogia, de propaganda o de cebo para los negros de África y de América. Ya en 1660, a los sesenta y nueve años de su muerte, quedó incoado el proceso de beatificación. ¡En 1660! ¿A quién se quería halagar con esto? ¿A los negros, a los trabajadores, a los comunistas? Se quería halagar a Dios y nada más que a Dios; a aquel Padre de toda humildad, que habiendo de enviar a su Hijo a la tierra, lo envolvió en carne de judío, de obrero judío por más señas.

Como Cristo vivo, Martín de Porres es una respuesta de Dios, es un camino. «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida», dijo el Señor. Martín de Porres lo repite a todos los hombres, pero particularmente a los negros del mundo, a todos los que, negros o judíos, son víctimas del racismo y de los prejuicios inhumanos: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida». ¿Qué importa nacer negro o blanco, rico o pobre, si Dios es el mismo para todos, y los cielos están abiertos para quienquiera se proponga atravesar sus umbrales?



CONFERENCIAS DEL PROFESOR ALMAGRO



Especialmente invitado por la Universidad Nacional de Chile, Universidad de Concepción y Universidad Católica de Santiago, el profesor español don Antonio Almagro, tan vinculado a las tareas del Instituto de Cultura Hispánica, desarrolló diversos cursos de su especialidad, sobre los temas «Raíces de Oriente y Occidente en la creación artística»; «El Greco, Velázquez y Goya», y «De la protohistoria a Picasso». El éxito obtenido por el señor Almagro fue extraordinario, publicándose amplias recensiones de sus lecciones y entrevistas en toda la prensa chilena. Pronunció, además, otras conferencias en distintas entidades y círculos. Fue nombrado, asimismo, Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación por la Universidad Católica de Chile, y elegido, entre las numerosas personalidades de la cultura universal que intervinieron en los cursos, para la clausura de los mismos. En la fotografía aparece el profesor don Antonio Almagro durante la primera conferencia pronunciada, a la que asistieron el director de Extensión Cultural de la Universidad de Chile, don Francisco Galdames; el diputado don Raúl Irarrázabal y el Director de la Escuela de Verano de Providencia, don Milton Rossel.

LA GUITARRA Y LA QUENA

En los Festivales de Folklore Hispanoamericanos de Cáceres se han reencontrado la guitarra y la quena.

Hasta que llegaron los españoles, América, que no sabía su nombre, modulaba la música de las montañas, de las selvas, de las llanuras, imitando el batir de alas de los cóndores, el vuelo de viento de las nubes y la canción de los ríos con cien instrumentos de carrizo y de millo, todos como la flauta de Pan. Pero a estas syringas les faltaba el temblor de las cítaras. Los indios americanos introducían las cañas melódicas en la nariz. Olían la música, no la besaban.

Tuvo que llegar la guitarra española, con sus cuerdas húmedas de la Andalucía atlántica: seis trenzas de pelo prieto y tirante, alabeando el aire. Con su vientre sonoro de maternidad.

Tuvo que llegar la guitarra española para que el indio, huérfano de amor, temeroso de dioses horribles, se refugiara en su seno de madre y aprendiera a beber en sus caños sonoros nacidos de una silueta de ánfora: la vihuela del Renacimiento.

Porque América, que no sabía su nombre, desconocía las cuerdas musicales.

¿Cómo explicarían sus poetas la noche y las estrellas, los Andes y la llamada del Pacífico, los huracanes atlánticos, sin tener entre sus dedos las seis cuerdas paralelas unidas en el infinito de la copla?

Sólo sicus y antaras y quenas chillaban como pájaros sorprendidos y dolorosos; mientras la nariz del indio —bambúes, huesos de animales— venteaba el mismo soplo que acababa de henchir, ya muy cerca, la lona de las carabelas.

* * *

En estos Festivales de Folklore Hispanoamericanos se han reencontrado América y Extremadura.

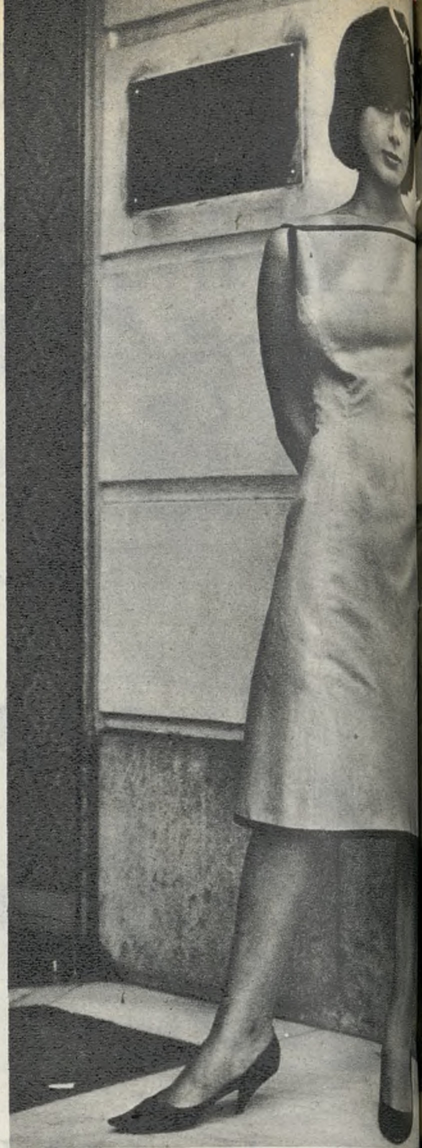
Viene este nuevo encuentro a través de la canción y la danza, alta ocasión en que los usos melódicos conocen su fraternidad de origen. Todos nos hemos enterado de cómo a la hermandad de la lengua de nuestros pueblos se une la familiar ocasión de la música. Es que a esta comunión de cultura, de religión y de idioma le faltaría —siendo presente, siendo esperanza— comunidad de recuerdo en lo más difícil e íntimo de los pueblos: la fusión de cantos y danzas, la confusión de instrumentos, el parto de las melodías mestizas. Porque el folklore es aquello que les queda a las naciones cuando los incendios históricos han calcinado las piedras.

Por eso, al iniciarse el V Festival de Folklore Hispanoamericano de Cáceres, hay unas notas fraternas de la jota y el fandango de España para las «saias» de Portugal, el «tinikling» de Filipinas, el «jarabe» de México, la «rumba» de Cuba, el «merengue» de la República Dominicana, el «simidor» de Haití, los «sones chapines», «sikes», «marimbas» y «puntos» de Centroamérica, la «tamborera» de Panamá, el «joropo» de Venezuela, el «bambuco» de Colombia, el «albazo» de Ecuador, la «marinera» de Perú, la «cueca» de Chile, el «huayno» de Bolivia, la «guaranía» del Paraguay, «la samba» de Argentina, la «cifra» del Uruguay y el «choro» de Brasil.

VISITA A LAS INDUSTRIAS MOTORIZADAS "ONIEVA ROA" Y "TEMPO ONIEVA, S. A."



Durante su breve estancia en España, el Ministro de Asuntos Exteriores de Colombia, don Joaquín Caicedo Castilla, visitó las factorías de «Industrias Motorizadas Onieva Roa» y «Tempo Onieva, S. A.», acompañado del embajador colombiano don Alberto Jaramillo, del director comercial de «Roa Hispano Colombiana, S. A.», señor Pereira, y de don Rafael Onieva Ariza, presidente de «Tempo Onieva».



MODAS

EL VERANO A LA VISTA

Por
HELIA ESCUDER

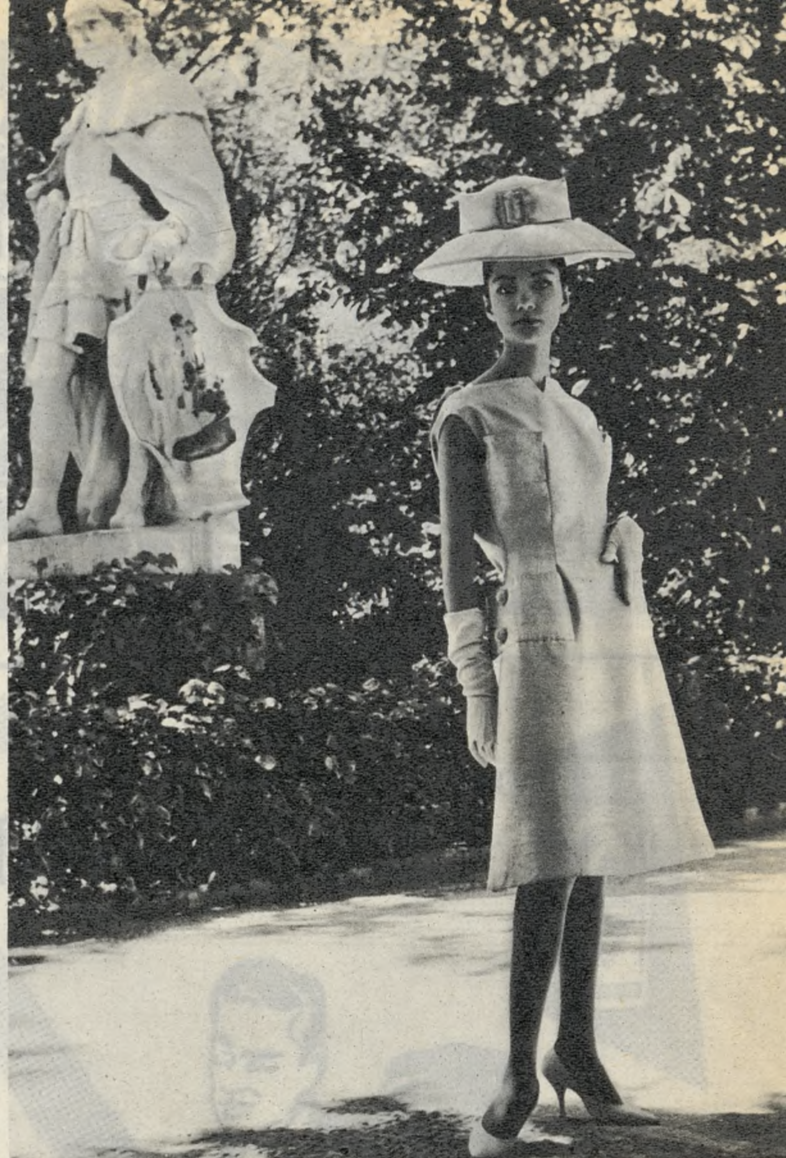
Mi querida hermana de América: Recibí tu carta llena de nostalgia y de cariñosas reconvenciones. Es verdad que hace mucho tiempo que no comunico contigo. Pero no ha sido por olvido ni mucho menos por falta de cariño hacia ti ni por ninguna de nuestras hermanas de Hispanoamérica. Es el tiempo, el tiempo que nos falta cada vez más en este Madrid que se agranda y se complica por momentos.

Me preguntas por el Festival de las Fibras Artificiales, y mi contestación va en el número anterior. ¡Cómo me acordé de ti, hermana! ¡En el Retiro, en el Retiro de nuestros juegos de niñas, una fiesta de verdadero cuento de hadas! Aquellos rudimentarios paseítos de nuestra primitiva Casa de Fieras han dado origen a unos bellos parterres. Iluminados mágicamente entre las plantas, cubiertos en parte por pinos gigantescos y con albercas donde rayan las luces sobre el agua, fueron el marco más bello que ha tenido nuestra Moda nunca. Ya sabes cómo soy de «hincha» de la moda española desde siempre; antes lo era por amor y por patriotismo, aunque se tratase de tan frívola cuestión, y hoy lo soy por justicia. Nada tienen que envidiar nuestros «cuatro trapitos» a los de creación extranjera. Quizá más bien sean ellos los que tengan que considerar la seriedad y el perfecto trabajo de nuestros costureros.

Te doy, ya de cara al verano, unos mo-







delos, que te pueden orientar de lo que llevaremos durante los días luminosos que nos esperan. Las telas en tonos pálidos —el rosa abunda mucho y también los estampados de grandes lunares—, y subrayados en ocasiones por galoncillos chanel. Casi todos los modelos se acompañan de sombreros enormes y muy graciosos.

Las novias —este año no he dado las novias para vosotras, y lo siento— son de una gran sencillez; cada día más serenas, cada día más sobrias, llevando todo el concepto de lujo en la riqueza de la tela.

La moda cambia según pasan las temporadas y sigue siempre con una constante madrileña.

Como nuestra ciudad, como nuestro cielo, como la gracia y la alegría de las calles, que permanece aunque le nazcan continuamente nuevas avenidas, plazas y parques...

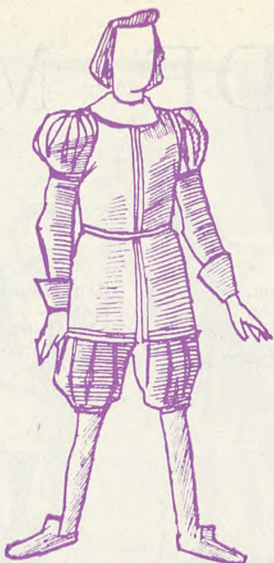
Desde este Madrid que tanto añoras te envía un abrazo

H.



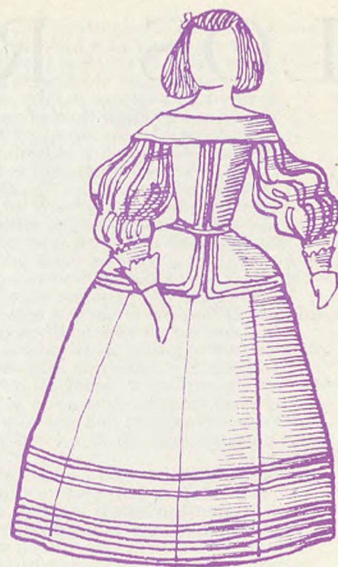










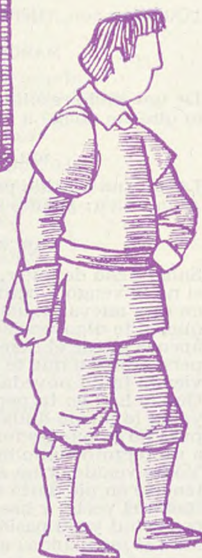




LOPE DE VEGA

LOS RAMILLETES DE MADRID



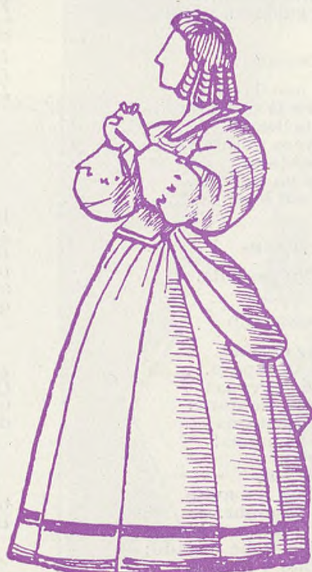




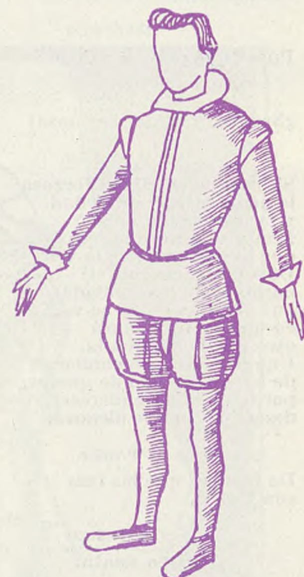












LOS RAMILLETES DE MADRID

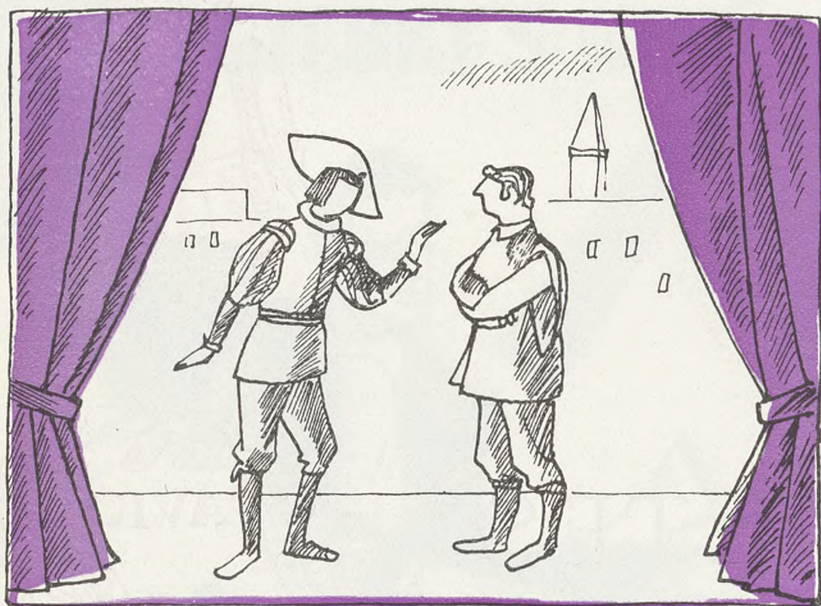
PERSONAS

MARCELO, *caballero.*	INÉS, *criada.*	BELISA, *dama.*	CABALLEROS.
FABIO, *lacayo.*	OTAVIO, *viejo.*	CLARA, *criada.*	DAMAS.
LISARDO, *alférez.*	LIDIO, *paje.*	LISEO.	VIZCAÍNOS.
FINEO, *caballero.*	LUCINDO.	CELIO.	MÚSICA.
ROSELA, *dama.*	LAUSO.	DOMINGA, *labradora.*	GENTE.

La escena es en Madrid y otros puntos

ACTO PRIMERO

Calle en Madrid



ESCENA PRIMERA

MARCELO y FABIO, *de camino*

MARCELO

¿Hay gusto como llegar
un ausente adonde quiere?

FABIO

Conforme le sucediere,
y más en este lugar.

MARCELO

¿Qué puedo, Fabio, temer?
¿No está Belisa segura?

FABIO

Si hay en la Corte hermosura,
es la de aquesta mujer.

MARCELO

Pues ¿qué más seguridad?

FABIO

¡Segura, y mujer hermosa!

MARCELO

Sí, porque en ella es forzosa
la arrogancia y gravedad
y la presunción de sí.
Menos segura es la fea;
que al primero que la vea,
Dirá mil veces que sí;
porque está desconfiada
que si aquel galán se va,
en un año no hallará
otro que le diga nada.
Una hermosa, en confianza
de los que la han de querer,
por lo que ha de merecer,
desestima lo que alcanza.

FABIO

De manera que las feas
son fáciles.

MARCELO

Esto siento.

FABIO

¡Dichoso tu pensamiento,
que en tal belleza le empleas!

MARCELO

Mil gracias, Fabio, le dan
mis celos: celoso estuve
del alférez con quien tuve
la pesadumbre en Milán.
Por él la guerra dejé;
y en la que me dieron celos,
por la piedad de los cielos,
ya pongo en Madrid el pie.

FABIO

Sospechas me dio que había
aquel alférez valiente
de procurar libremente,
señor, tu muerte y la mía;
que como buen escudero
me afirmé con don Lüis,
cuando tras de aquel mentís,
le diste con el sombrero.
En fin, ha sido cordura
dejar, Marcelo, a Milán
por Madrid, adonde están
las armas de la hermosura.
Esta es la casa en que vive
el dueño de tu cuidado.

MARCELO

¡Oh edificio, el más honrado
que el tiempo en la fama escribe!
¡Oh caja de la belleza
de un ángel, cuyos umbrales
exceden los orientales
en resplandor y en riqueza.
¡Oh puerta del sol hermosa!...

FABIO

Con su fruta y su pescado.

MARCELO

En cuyo alcázar dorado
Vive el aurora, su esposa.
¡Aquí sí que menos vanas
fueran con varias molduras
las griegas arquitecturas
y las soberbias romanas!
Pero será la mayor
la firmeza de Belisa,
porque ya el alma me avisa
de la que tiene su amor.—
Si has llorado, si has sentido
mi ausencia, bien te he pagado;
pues la he sentido y llorado
hasta perder el sentido.

FABIO

¿No me dejarás a mí
hacer otra exclamación!

MARCELO

¿Tienes a Inés afición?

FABIO

Participada de ti.
Cuando un amo quiere bien,
es descomunión, señor,
que todos tienen amor
cuantos le tratan y ven:
amor tengo; que es el tuyo
amor de participantes.—
¡Oh más que el sol rutilantes
umbrales, oriente suyo!
¡Oh casa de una platera,
tan limpia en su proceder,
que sin plata puede hacer
las Indias en Talavera!
A tu espetera me inclino
más que a armería en Milán.
Por ti dijo el gran Liñán,
aquel ingenio divino:
«tanto lustre y gracia reina
en lo que friega Inesilla,
que parece su vajilla
Talavera de la Reina.»

MARCELO

Desvía, ignorante, y mira
que sale el sol.

ESCENA II

BELISA, INÉS.-MARCELO, FABIO

BELISA

¿Qué me cuentas!
¡Marcelo en Madrid!

INÉS

Si intentas
hacer la verdad mentira,
vuelve los ojos a ver
que aguarda, abiertos los brazos.

MARCELO

Si puede justos abrazos
un ausente merecer,
voy a tu pecho, mis ojos.
Tras mil siglos de no verte,
para dar vida a mi muerte,
y dar muerte a mis enojos.
—¿Qué es esto! ¿Los brazos dejas
caer con tibieza tanta!
¿Ya mi presencia te espanta!
¿Ya de mi pecho te alejas!
¿No me abrazas?

BELISA

¿Por qué no?

MARCELO

Pues ¿con esa flojedad!
¿No sabes que a la amistad
Estrecha el sabio llamó,
porque es de las almas lazo,
apretado de tal suerte,
que no le rompe la muerte?

BELISA

¿Cómo ha de ser un abrazo?
Que yo no pienso, Marcelo,
que, para honesto, ha de ser
de otra suerte.

MARCELO

¡A tanto arder,
tales efetos de hielo!
Basta: engañado he venido.

BELISA

¿Cómo te ha ido en Milán?

MARCELO

Tus mudanzas te dirán
de la suerte que me ha ido.

BELISA

Mucho me espanta de verte,
sin acabarse la guerra.

MARCELO

El verte, no el ver mi tierra,
me trajo de aquesta suerte,
y una bien necia quistión
que con un alférez tuve,
donde sospecho que anduve
como era mi obligación.

BELISA

¿Quistión con Alférez?

MARCELO

Sí;
De que pudo resultarme
lo que me obliga a ausentarme.

BELISA

Luego ¿no ha sido por mí?
Ahora bien: ¿tienes salud?

MARCELO

Salud debo de tener,
si no la vengo a perder
en esta nueva inquietud;
que, si te digo verdad,
apenas puede el deseo
persuadirse a que te veo,
viendo tanta novedad.
Que la hay en tu pensamiento
ya no lo puedo dudar,
pues no te puedes forzar
a un forzoso cumplimiento.
Yo he venido, y no es razón
tenerte en pie desta suerte.
Basta el verte, y basta el verte
con salud y sin pasión.
Mira si me mandas algo,
aunque más ausente estoy
que en Milán; porque te doy
mi palabra, a fe de hidalgo,
de no rehusar cosa alguna
que de tu servicio sea.

BELISA

Así es razón que lo crea,
sin poner duda ninguna.
¿Mandas otra cosa?

MARCELO

No.

BELISA

Dios te guarde.

MARCELO

Y a ti.

(Éntrase Belisa en su casa.)

ESCENA III

MARCELO, INÉS, FABIO

FABIO

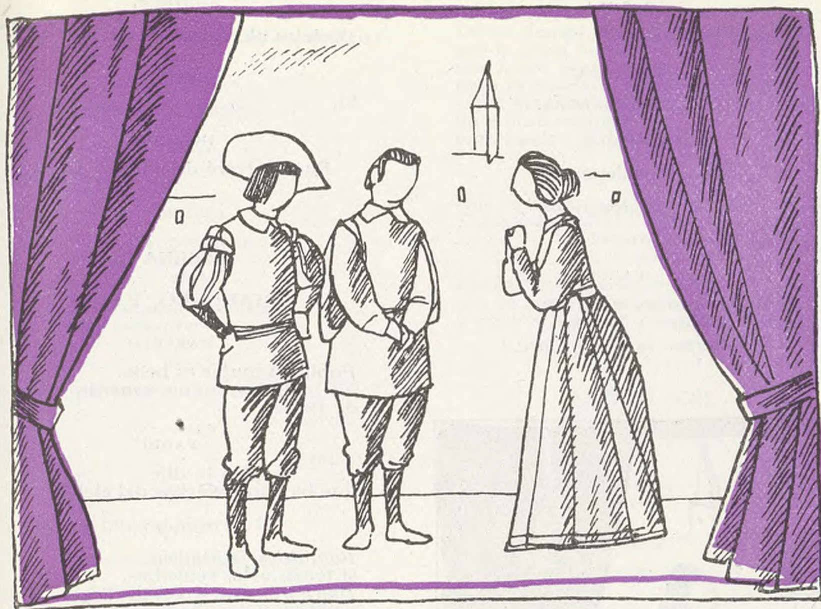
Inés...

INÉS

¿Quieres algo?

FABIO

Que me des,
si soy tan dichoso yo,
los brazos por bien venido.



INÉS

¿Cómo te los puedo dar,
si el ejemplo he de imitar
de lo que has visto y oído?

FABIO

Luego ¿ya se ha declarado
el olvido de Belisa?

INÉS

Cuidado que vino aprisa,
con prisa fue descuidado.
¡Es gran bellaca el ausencia!

FABIO

¿Hay alguna novedad?

INÉS

Un poco de voluntad
y casi correspondencia.

FABIO

Mujer que quedó llorando,
¿tan presto se ha vuelto hielo!

INÉS

Fabio, el amor es buñuelo,
que ha de comerse abrasando.
Hiélase amor en ausencia.
Mudó Belisa galán.

FABIO

Y ¿tan adelante están?

INÉS

No hay sino prestar paciencia.
¿Mandas otra cosa?

FABIO

No.

INÉS

Dios te guarde. *(Vase.)*

ESCENA IV

MARCELO, FABIO

FABIO

¿Ves qué tienes
donde tan seguro vienes?

MARCELO

¡Ay! que mi amor me engañó.

FABIO

Una hermosa, en confianza
de los que la han de querer,
Por lo que ha de merecer,
desestima lo que alcanza.—
¿Qué te parece, si están
las hermosas más seguras?

MARCELO

¡Pluguiera a Dios, desventuras,
que me matara en Milán
el alférez a quien di
con el sombrero en la cara,
antes que la tuya hallara
tan airada contra mí!
¿Qué dice Inés?

FABIO

Claramente
dice que hay otro.

MARCELO

No engaña.

FABIO

No miente quien desengaña;
sólo quien engaña miente.
¡Vive Dios, que la mujer
que dice luego: «yo tengo
dueño, a no engañaros vengo»,
que es de noble proceder!
Unas bellaconas que hay
(que en Madrid no pocas vi),
que toman deste el tabí,
de aquel el sutil cambray,
ya la joya y ya el regalo,
y a todos dicen: «Vos solo
sois mi dueño, sois mi Apolo»,
quisiera ver en un palo,
o hacer fruta de sartén
de sus ánimas.

MARCELO

¡Ay Fabio!
¿Qué haré con tan claro agravio?

FABIO

Consolarte.

MARCELO

Dices bien.
Pero ¿dónde está el consuelo?

FABIO

¿Dónde? En cuatro mil mujeres.

MARCELO

¡Que quiera, queriendo, quieres?

FABIO

De amor, al amor apelo.

MARCELO

Pues ¿dónde quieres que tope
quien pueda querer ansí?

FABIO

Pienso que una vez leí
en las rimillas de Lope
que el querer olvidar era
el principio de olvidar.

MARCELO

Yo quiero.

FABIO

Ven a buscar
A quien quieras y te quiera.

MARCELO

¿Dónde?

FABIO

En el Prado.

MARCELO

He pensado
que son verdes pensamientos.

FABIO

Bien dices; que es de jumentos
enamorarse en el prado.
Pues ir a la iglesia a ver
mujeres, es gran maldad.

MARCELO

Injusta infidelidad
fue siempre, a mi parecer.

FABIO

Óyeme atento, así vivas.
Junto a la plaza Mayor
tiene Madrid una calle,
que la Imperial se llamó.
Trasladó la primavera
sus vestidos de color
a esta calle, y aun el año
todo el suyo trasladó:
que todos sus doce meses
la ofrecen o yerba o flor,
porque Madrid es tan fértil,
que las da a cualquier sazón.
Jardineros y aldeanas,
como cuadros de labor,
con mil varios ramilletes
componen hileras dos.
Allí trae sus macetas
codicioso el labrador
de Leganés o Getafe,
Fuenlabrada o Alcorcón.
Salen las hermosas damas
a ser deste campo el sol,
y en los ramilletes paran,
porque como abejas son.
La que es hermosa, parece
entre las flores mejor;
La fea no desagrada:
tanto puede el buen olor.
Las viejas hallan la ruda,
las niñas, la que tomó
el nombre de Valeriano,
el romano emperador.
Las hechiceras el maro
y otras yerbas que sé yo
el apio las opiladas,
si un niño es opilación.
A este paso los claveles,
la violeta, flor de amor,
el alelí y el jazmín,
la azucena y girasol.
Madruga, Señor, mañana;
que el campo siempre engendró
amores y pensamientos,
y esta es notable ocasión,
pues no hay lugar en el mundo
que desde el alba a las dos
plante un jardín, que a la tarde
es piedra, es lodo y peor.
Escoge en sus ramilletes
alguna gallarda flor,
o alguna yerba, que cure
esta tu necia afición.

MARCELO

Tu consejo aceto, Fabio.
Mañana al aurora voy
a ver esos ramilletes;
aunque es antigua opinión
que no cura amor con yerbas.
Dadme templanza y favor,
Ramilletes de Madrid;
que me abraso de afición.

(Vanse.)

ESCENA V

EL ALFÉREZ LISARDO, FINEO, CELIO

ALFÉREZ

Pienso que en ver mi casa os hice agra- [vio:
tal es mi voluntad y lo que os debo.

FINEO

Procedéis como amigo y como sabio,
y no es honrarme en vos, alférez, nue- [vo.

ALFÉREZ

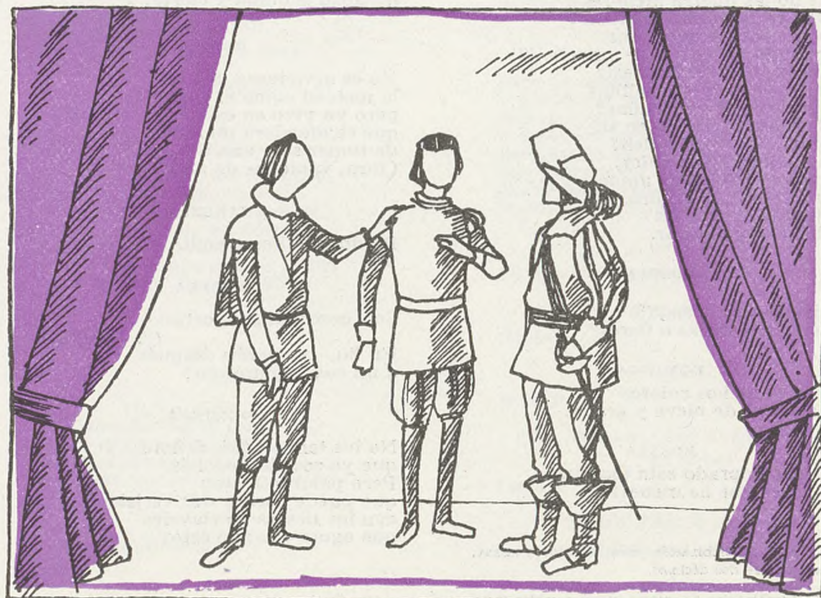
De ver mi hermana, de mi padre Ota- [vio,
menos el gusto satisfecho llevo,
que de veros contento y bueno.

FINEO

Ausente [tente?
de vos, ¿qué bien habrá que me con-
Vuelvo a daros mis brazos, y estad [cierto
de que he sentido vuestra ausencia [tanto,
que hasta tomar en vuestro pecho [puerto,
mi sentimiento ha sido un mar de llan-
Y porque de teneros encubierto [to.
el mío no se ofenda el cielo santo
que estima la leal correspondencia,
oíd lo que ha pasado en vuestra ausen-
El día que celebra a su patrona, [cia.
Madre de la mejor madre del suelo,
esta famosa villa, que corona
sus armas con estrellas como el cielo,
la rica plaza, que de ser blasona
fértil de cuanto al aire extiende el vue-
árboles crían o la yerba pace, [lo,
fui a ver: la fiesta que con luces hace.
Iban pisando la regada arena
tres o cuatro mujeres en manteo,
que cada cual pudiera ser sirena
en el golfo del mar Partenopeo.
La soberbia del oro, que encadena
tal vez los ojos a mayor deseo,
me llamó, me llegó más atrevido
que fui por los principios recebido.
Cúpome la más bella y más discreta.
Hablamos: no le fue desagradable;
que en tales noches a la más quieta
obliga el tiempo a libertad notable;
y esto de negociar sin estafeta,
sino que a boca se responda y hable,
abrevia dilaciones de tal modo,
que allí se ha de ganar o perder todo.
Prometíles ventanas y merienda.
Vieron los toros, y esa noche tuve [da
puerta en su casa: no porque se entien-
que más que con los ojos me entretuve.
Sólo me ha dado una esperanza en [prenda,
que al cielo claro de su sol me sube,
si no pretende fácil engañarme
para después difícil despeñarme.
Así paso los días con papeles,
y las noches con armas a su puerta,
hasta que con sus labios de claveles
roja y blanca la aurora al sol despierta;
pero a no me matar celos crueles
de un cierto ausente, aunque con pena [incierta,
no pienso que el estado de mis males
hallara bienes que llamara iguales.
Díjome una criada que tenía
correspondencia allá con un soldado,
primero amor de aquesta prenda mía,
que del Duque de Sesa fue criado;
mas que desconfiada que vendría,
o agradecida a mi mayor cuidado,
le olvidaba por mí, cuyos desvelos
me matan de su amor y de mis celos.

ALFÉREZ

¡Pluguiera a Dios que yo de vuestra [ausencia
os pudiera contar la misma historia,
y más, que el asistir a su presencia
son actos para el fin de la vitoria.
Hace mi mal al vuestro diferencia [ria.
por la distancia que hay de pena a glo-
Vos en casos de amor vivís dudoso,
yo en los de honor, ni alegre ni dichoso.
Y para que sepáis con qué disgusto
vengo a Madrid, sabed que estando un [día
no lejos de Milán el campo augusto,
salió de la española infantería
un cierto aplauso de contento y gusto
de hablar en la retórica y poesía;
porque suelen tal vez andar las musas
en las armas y pólvora confusas.
Yo discurrí por los que España goza,
como Gregorio Hernández, que al Par- [naso
dio nueva luz, don Diego de Mendoza,
don Fernando de Acuña y Garcilaso.
Un muy discreto entre la gente moza
dijo que el Aríosto solo y Taso
eran poetas, porque desta ciencia
gozaba España estado de inocencia.
Yo dije que no sólo los pasados
en letras y conceptos excedían,
pero que ser del mundo celebrados
muchos de los presentes merecían.
Respondióme que legos, engañados
de vulgares aplausos, escribían,
y que eran gente sin doctrina alguna,
pobres en la virtud y en la fortuna.
—«Muchos conozco yo muy principa- [les»,
le dije entonces, «y es pasión muy necia
no honrar un español sus naturales;
pues a sí mismo en ellas se desprecia».
«Vos sois el necio (replicó); que tales
son como quien sus necedades precia.»
—«Mentís», le dije; y él me tira luego
el sombrero a la cara, vuelto en fuego.
Esto es decir verdad: sola una pluma,
del trencellín entonces desasida, [ma,
me tocó el rostro; y por decirlo en su-
le di riñendo una pequeña herida. [ma
Si afrentan plumas, que lo estoy presu-
mi honor; mas la quistión controver- [tida,



él dicen que lo está, cuantos Guzmanes
Aste, alféreces tiene, y capitanes.

FINEO

Lisardo, nunca ofenden plumas viles,
mayormente de bárbaros sujetos,
o cortadas, groseras o sutiles;
que todos para el mal nacen discretos.
Si fueras Héctor tú, si el griego Aquiles
no pudieras salir con más efetos
honrado de suceso semejante.

ALFÉREZ

Con esto no pasamos adelante.

FINEO

Pues ¿hízose amistad?

ALFÉREZ

Partióse luego,
y no le he visto más.

FINEO

No os dé cuidado.
Venid a ver el fénix de mi fuego,
único como yo por abrasado;
que quiero que veáis si amor es ciego.

ALFÉREZ

Ya no es ciego el amor, sino vendado.
Decidme el nombre.

FINEO

Si es Belisa, ¿es bueno?

ALFÉREZ

Está de gracias y excelencias lleno.
(Vanse.)

—

Plaza Mayor de Madrid, con salida a la calle Imperial

ESCENA VI

ROSELA y CLARA, *con mantos, y con ramilletes en las manos*

ROSELA

¿Hay en el mundo jardín
como aquesta hermosa calle!
Digo que Valencia calle,
calle su azár y jazmín.

CLARA

Y más si por serafín
deste paraíso estás;
porque tan hermosa vas,
que parece que estas flores,
si no hurtaron tus colores,
confiesan que se las das.

ROSELA

¿Hay tan lindos ramilletes?
¿Hay cuadros tan bien formados! (1)

CLARA

Destos portátiles prados
tanto gusto te prometes,
que habrán de ser alcahuetes
para salir cada día.

ESCENA VII

DOMINGA, *con un canastillo de flores* —DICHAS

DOMINGA

¿Qué digo, Señora mía?
¿No ha de llevar de mis flores?
Mas no las querrá menores
quien en su rostro las tiene;
porque parece que viene
vertiendo un jardín de amores. (2)
¡Quiere el clavel carmesí?
Mas tiénele en las mejillas.
¿Quiere rojas maravillas?
¡Oh, mayor la tiene en sí!
¿Quiere este vario alelí?
Mas tendrá firme valor.
¿Quiere violetas de amor?
Pero ya con él vendrá,
O juntas el cielo da
la belleza y el rigor.

ROSELA

Aldeana cortesana, (3)
¿Vendéis lisonjas o flores?

DOMINGA

Vos a lo menos colores
en campos de nieve y grana.

ROSELA

Yo he comprado esta mañana
las flores que he menester.

(1) y (2) Combinación rara de doce versos, colocada entre dos décimas.

(3) Combinación de catorce versos, también entre dos décimas.

ESCENA VIII

MARCELO, FABIO.-DICHAS

MARCELO *(Ap. a Fabio.)*

Aquestas deben de ser
las que denantes decías.

FABIO

No ha dado tan buenos días
como hoy el alba a las plantas.

MARCELO

Claro sol, que te levantas
en el jardín imperial
desta plaza universal,

ROSELA

Y ¿podréis traerlos hoy?

DOMINGA

Hoy no; mas será mañana.

ROSELA

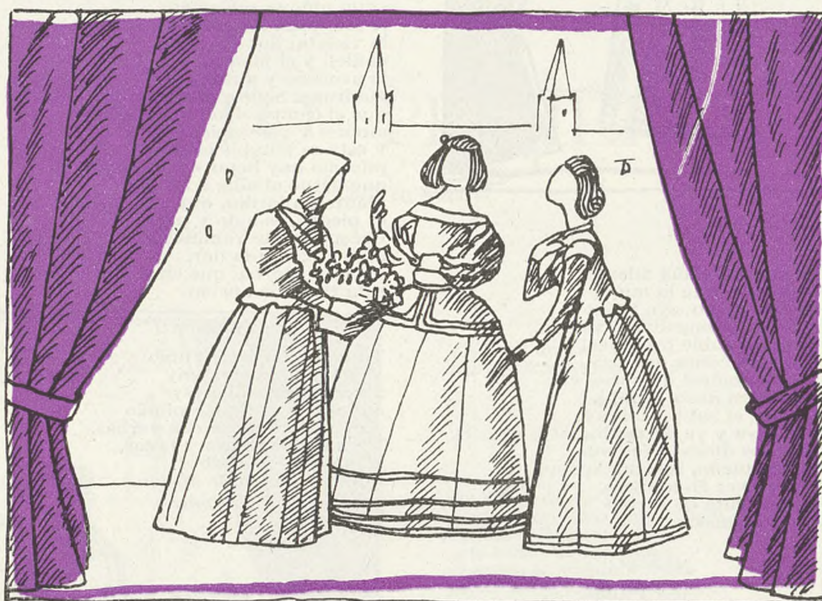
Adiós, hermosa aldeana.

MARCELO

¡Qué bellísima mujer!

FABIO

Puede en estos campos ser
Flora, Amaltea y Diana.
(Vanse Rosela y Clara.)



que haya tantas no me espanto
hoy que las alegras tanto
con esa luz celestial. (4)
Diréle desto...

FABIO

En llegando

MARCELO *(A Rosela.)*

Si vuesamerced, Señora,
es primavera y aurora,
que flores anda buscando,
las abejas susurrando
vienen al alba por ellas;
pero si miel forman dellas,
¿Por qué vos, de las que veis,
al alma veneno hacéis,
y le dais en dos estrellas?
Desde que entre flores vi
vuestra divina hermosura,
dije: «Aquí estará segura
la vida que ya perdí;
pues como el áspid aquí
entre flores escondida,
me habéis quitado la vida.»
Mas tanto venís a honrarme,
que por el bien de matarme,
beso la mano homicida.
Mirad si de aquí queréis
algo en que serviros pueda;
aunque no es oro ni es seda
lo que en estas tiendas veis.
Mas si oro o seda queréis,
no lejos de aquí la Puerta
de Guadalajara abierta
tanto a mi crédito está,
que quererlo vos, será
libranza acetada y cierta.

ROSELA

Yo os agradezco, Señor,
la merced como el cuidado;
pero yo vivo en estado
que se ofenderá mi honor
de tomar sola una flor.—
Clara, vámonos de aquí.

MARCELO

Perdonad si os ofendí.

ROSELA

Sois como galán, cortés.—
(A Dominga.)
En fin, ¿volveréis después
a mi casa, labradora?

DOMINGA

No los tengo aquí, Señora;
que yo soy de Leganés.
Pero palabra le doy
que puede honrar dos verjeles
con los tiestos de claveles
que agora criando estoy.

(4) Combinación de catorce versos, también entre dos décimas.

ESCENA IX

MARCELO, DOMINGA, FABIO

MARCELO

¡Ah labradora gentil!
¿Qué te dijo aquesta dama?
Ansí de rosa y de retama
te enriquezca el mes de abril,
que no me niegues quién es.

DOMINGA

Caballero, aquí llegó,
y de otras flores compró,
porque yo llegué después.
Mas díjome si tenía
seis macetas de claveles;
que trasformar en verjeles
ciertos balcones quería.
Yo le respondí que sí,
y se los pienso llevar,
si no me falta lugar,
porque no los tengo aquí.

MARCELO

¿Dónde vive?

DOMINGA

Que vivía
me dijo... Llegaos acá.
(Habla a Marcelo en voz baja.)

FABIO *(Ap.)*

¿Al oído!

MARCELO

Bien está:
Ya lo sé, como la mía.

DOMINGA

No me espanto que os agrade.
Yo soy mujer, y la hermosa
me vuelve loca.

MARCELO

Es la cosa
que más rinde y persüade.
Tomad aqueste doblón,
y a la casa no volváis.

DOMINGA

Pues de mí, ¿qué receláis?

MARCELO

Basta: yo tengo ocasión.

DOMINGA *(Mirando la moneda.)*

Este ¿es falso o verdadero?
Que dan en la Corte agora
metal que se sobredora,
a título de dinero.

FABIO

Malicias de Leganés.
¿Queréis por él veinte reales?

DOMINGA

¿Tráelos ahí cabales?

FABIO

Sí.

DOMINGA

Pues volveré después. *(Vase.)*

ESCENA X

MARCELO, FABIO

MARCELO

Fabio, la mujer es bella.
No lo dudes; no me acuerdo
de Belisa.

FABIO

¿No te dije
que hay aquí yerbas del cielo?

MARCELO

Ramilletes de Madrid,
si tenéis estos remedios,
¿para qué van a Tesalia
por yerbas los hechiceros,
ni a los montes de la Luna?

FABIO

Yo apostaré que por eso,
a la puerta de la Cárcel (5)
mandaron en cierto tiempo
que se vendiesen las flores.

MARCELO

Pues ¿es delito dar seso?

FABIO

¡Pluguiera a Dios que prendieran
las muchas flores que vemos
andar agora en la Corte!

MARCELO

¿Flores de qué?

FABIO

Yo me entiendo.
No quiero hacerme mal quisto.

MARCELO

¿Flores en la Corte, necio!

FABIO

Pues cuando aquellos señores
los ramilletes prendieron,
un jeroglífico fue
de las flores deste tiempo.

MARCELO

Siempre en los grandes lugares
ha de haber grandes excesos.
Gracias al Gobierno, Fabio,
que son los malos los menos.
Pero advierte que he pensado
que en esta mujer tenemos
contrayerba de Belisa.

FABIO

Es bella.

MARCELO

Escribirla quiero.
Tú llevarás el papel.

FABIO

¿Cómo?

MARCELO

Fingiéndote luego
labrador de Leganés,
que eres marido diciendo
desta bella labradora.

FABIO

Y ¿dónde hallaré los tiestos
de los claveles que pide?

MARCELO

En Madrid, con el dinero.

FABIO

Voy.

MARCELO

Y yo voy a escribir.

FABIO

Tente.

MARCELO

¿Quién viene?

FABIO

Sospecho
que es la mudable Belisa.

MARCELO

¡Ay, Fabio, en mirarla tiemblo!

(5) A la puerta de la Cárcel de Corte, costumbre que ha llegado hasta nuestros días. La Casa de la Audiencia de Madrid estaba antes unida con la Cárcel de Corte, edificio que ha desaparecido ya.

ESCENA XI

BELISA, INÉS.-MARCELO, FABIO

BELISA

Ya se acabaron las flores.

INÉS

Tarde llegas.

BELISA

Tarde llego.

INÉS

Aunque si árboles buscaras,
dos robles enfrente veo.

BELISA

¿Es aquel Marcelo?

INÉS

El mismo.

BELISA

¿Adónde bueno, Marcelo?

MARCELO

¡Oh, mi reina entre las flores!...
—Pero, por Dios, que soy necio;
que quien es jardín mudable
está bien en este puesto;
porque es jardín medio día,
y el otro medio le vemos
campo inútil de pizarras:
y ansí vuestro pensamiento,
al alba es jardín de flores,
y a la noche es campo seco.
¿Qué mandáis?

BELISA

Que os esperéis.

MARCELO

Si esperara; pero temo
no dar celos a un galán,
ya que vos no me dais celos.

BELISA

¿Qué galán?

MARCELO

Vos lo sabéis;
y pues que dél no los tengo,
no es bien que de mí los tenga.
Dios os guarde.

BELISA

Oid.

MARCELO

No puedo.

BELISA

Escuchad por cortesía.

MARCELO

Tengo que hacer: luego vuelvo. *(Vase.)*

ESCENA XII

BELISA, FABIO, INÉS

BELISA

Oye, Fabio: Fabio, escucha,
no seas como tu dueño.

FABIO

¿Qué me mandas? que ando aquí
tan ocupado, que llevo
de mil regalos cargados
seis o siete esportilleros.

BELISA

¡Válgame Dios!

FABIO

Valga y lleve.
No reñiremos por eso.

BELISA

¿Qué huéspedes o parientes
tenéis en casa?

FABIO

Tenemos
una parienta no más;
que para ti no hay secreto.

BELISA

¿Parienta!

FABIO

Del corazón,
y como un ángel del cielo,
a la traza del romance,
manos blancas y ojos negros.
La ceja con la pestaña
son entre raso revuelto
molinillo y entorchado,
y por niñas dos anzuelos.
Airosa como en Madrid,
discreta como en Toledo,
como en Sevilla amorosa,
y con fe como en Marruecos.
Yo he comprado seis capones,
diez perdices, tres conejos,
un pernil de Garrobillas
y dos piernas de carnero.
De las demás zarandajas,
por la prisa no te cuento;
que hasta pasas de Corinto
para la ensalada llevo.
¿Qué mandas? que a buscar voy
un goloso cocinero
para cuatro platos dulces.

BELISA

Que os haga muy buen provecho.
Y ¿es esta noche la fiesta?

FABIO

Esta y otras, porque creo
que es ginovesa de gusto,
y quieren estar de asiento. *(Vase.)*

ESCENA XIII

BELISA, INÉS

BELISA

¿Haslo oído?

INÉS

Bien lo oí.

BELISA

¿Qué dices?

INÉS

Que mudó presto
de amor aqueste galán.

BELISA

¡Ay Inés! el seso pierdo.

INÉS

¿Cómo el seso? Pues ¿por qué?
¿No decías que Fineo
era tu gusto?

BELISA

Es verdad.
Pero como suele el fuego
estar, cuando no le buscan,
de la ceniza cubierto,
ansí lo estaba mi amor;
porque fue mi amor primero
Marcelo, que agora en mí
han descubierto los celos.
Tratéle mal, culpa tuve:
buscó Marcelo remedio;
hallóle, porque Madrid
es selva de encantamento.
Matóme Fabio de envidia:
tú verás cómo me muero.
¡Qué bien la pintó el bellaco!
¡manos blancas y ojos negros,
airosa como en Madrid,
discreta como en Toledo,
como en Sevilla amorosa,
y con fe como en Marruecos!—
Esta noche disfrazada
iré a su calle: y si veo
que es verdad lo que éste dice,
puertas, rejas, aposentos,
cena, mujer y criados
han de rodar por el suelo.

INÉS

¿Qué dices!

BELISA

Que soy mujer,
y que distancia ponemos
desde resolver a obrar
como desde el rayo al trueno.
(Vanse.)

—

Sala en casa de Otavio en Madrid

ESCENA XIV

ROSELA, CLARA

CLARA

¡Qué gentil talle tenía!

ROSELA

A lo menos, ¡qué cortés,
Clara, amores me decía!

CLARA

Intenté saber después
quién era, y dónde vivía;
pero nunca me atreví.

ROSELA

Agrádanme, Clara, a mí
los hombres de aquella traza.

CLARA

¡Que se vendan en la plaza
hombres también!

ROSELA

¿Cómo así!

CLARA

Pues ¿no le hallamos en ella?

ROSELA

Sí; pero no le llevamos;
porque eso fuera ir a ella
por flores, yerbas y ramos,
y con fruto volver della.

ESCENA XV

LIDIO.—DICHAS. *Después,* FABIO

LIDIO

Aquí trae un labrador
unos tiestos de claveles.

ROSELA

¿Labrador?

LIDIO

Y hombre de humor.

ROSELA

Entre.
(Va Lidio a avisar, y sale Fabio de labrador.)

FABIO

(Ap. ¿Qué villano, Apeles
pudo retratar mejor?)
¿Cuál de sus mercedes es
desta casa la señora?

ROSELA

Yo soy.

FABIO

Yo beso sus pies.
Soy, de aquella labradora
del lugar de Leganés,
su marido, con perdón;
que porque andaba ocupada
en esta buena ocasión
en hacer cierta colada,
me dio a mí la comezón
de traeros unos tiestos
de claveles, tan compuestos
que a haber azucenas rojas,
dijérades en las hojas
que eran azucenas éstos.
No ha producido tan bellos
claveles (venid a vellos)
el instrumento de Dios;
pues a no haber boca en vos,
no hubiera color como ellos.
Si os diera un hijo, no hiciera
más que en daros su hermosura.
El olor siento acá fuera.

ROSELA

¡Qué inocencia!

FABIO

En sangre pura
los bañó la primavera.

ROSELA

Eso ¿pudo ser?

FABIO

Bien pudo;
que un día que hizo menudo,
a las hojas se limpió,
de quien el clavel salió
teñido en sangre.

ROSELA

No es rudo.

FABIO

Esto dicen los poetas,
que son bravos tintoreros
de hacer rosas y mosquetas.

ROSELA

¿Qué os he de dar?

FABIO

No hay dineros
para flores tan perfectas.
Y Dominga no me habló
en que los cobrase yo;
porque dice que los juegos,
o topo algún diablo luego
destos que no dicen no.
Ella vendrá por acá:
su merced se los dará.

ROSELA

¿Tenéis hijos?

FABIO

Diez o doce.

ROSELA

¿Tantos!

FABIO

Y aún, así me goce,
que en cinta Jimena está;
que como tan mal cenamos,
que es causa de no dormir,
bien desvelados estamos.
—Mas yo tengo qué os pedir,
si hacia aquí nos retiramos.

ROSELA

¿Cómo!

FABIO

De un galán novel
traigo aquí cierto papel
para dar a su quillotra;
y escarmentado de otra...
¿Quiere ver lo que hay en él?

ROSELA

¿Qué! ¿sois alcahuete?

FABIO

No.

ROSELA

Pues ¿qué?

FABIO

Estafeta amorosa.
Cobro el porte y pico.

ROSELA

Halló
en vos persona oficiosa.

FABIO

Soy un mentecato yo.

ROSELA

(Leyendo.) «Por más acertado he teni-
»do el deciros con atrevimiento que
»me habéis muerto, que el dejarme
»morir de cobardía.»

FABIO

Hasta ahí no dice mal.
Pero ¿sabéis si la tal
es doncella o es casada?

ROSELA

Leeré más.

ESCENA XVI

OTAVIO.—ROSELA, FABIO
CLARA

OTAVIO. *(Dentro.)*

¡Cosa cansada,
atrevida y desigual!

CLARA

¡Tu padre!

FABIO

¡Guarda el papel!
(Sale Otavio.)

ROSELA

¿Con quién vienes enojado?

OTAVIO

Contigo.

ROSELA

¡Cosa cruel!
Pues yo ¿qué ocasión te he dado?

OTAVIO

Yo haré en mi casa un verjel,
con que las mañanas tengas
más quietas y recogidas,
y a mediodía no vengas
con flores tan mal nacidas,
que en buscallas te entretengas.
Entro, y hallo ramilletes
y claveles que has comprado...
¿No es mejor que te sujetes
al almohadilla, al estrado?

ROSELA

¿Serán por dicha alcahuetes
los ramilletes, señor,
de la plaza de Madrid,
para quitarte el honor?

OTAVIO

Buen hombre...

FABIO

Señor...

OTAVIO

Oid.

FABIO *(Ap.)*

Temblando estoy de temor.

OTAVIO

¿Sabréis un jardín hacerme
en un poco de corral
que tengo?

FABIO

Holgara de verme
libre en ocasión igual,
y a serviros detenerme.
Soy de aquí, de Leganés,
y espero el agosto agora;
pero mi vecino Andrés,
que junto a mi casa mora,
bravo jardinero es.
Mañana le traigo aquí.

OTAVIO

Id con Dios, y haceldo ansí.

ROSELA

¡Hola!

FABIO

Señora...

ROSELA *(Ap. a Fabio.)*

El papel
tomad.

FABIO *(Ap. a Rosela.)*

Quedaos vos con él.

ROSELA

Pues ¿era para mí?

FABIO

Sí.
De Marcelo, el caballero
que hoy en la plaza os habló,
soy lacayo o escudero,
y él para vos me le dió.

OTAVIO

¿Qué te dice el jardinero?

ROSELA

Como te ve con disgusto,
llevar quiere los claveles.

OTAVIO

Eso no; que dellos gusto.

ROSELA

Tú, por reñir como sueles,
no miras justo ni injusto.
(Vanse Fabio y Otavio.)

ESCENA XVII

ROSELA, CLARA

CLARA

¿Qué tenemos?

ROSELA

Que el papel
es del galán, que con él
hablamos hoy.

CLARA

¿Y el villano?

ROSELA

Su lacayo.

CLARA

No era en vano
más moscón que moscatel.
¿Hate pesado?

ROSELA

En mi vida
pensé ser agradecida,
y agora lo pienso ser;
porque a ninguna mujer
le pesa de ser querida.
(Vanse.)

—

Calle en Madrid

ESCENA XVIII

BELISA E INÉS, *con capotillos y mantos*

INÉS

Mira que vienes a hacer
el mayor atrevimiento
que puedes contra tu honor.

BELISA

Amor no quiere consejo;
demás que yo quiero, Inés,
sin dar a entender que vengo
a su calle ni a su casa,
saber lo que pasa dentro.

INÉS

Pues ¿no te ha de dar más pena?
¿No sabes que los discretos
nunca escuchan?

BELISA

Muy bien dices;
pero es el amor muy necio.
Aunque si verdad te digo,
como ya por mí lo siento,
poco entendimiento tiene
quien no quiere bien con celos.
Son celos despertador
del amor rendido al sueño,
que inquietan alma y sentidos
al continuo movimiento.
Dice la memoria a amor:
«hasta tal hora me duermo»;
y él, cuidadoso, a la misma
los celos le pone luego.
Llega el punto, da la rueda,
y quedan juntos despiertos
alma, potencias, sentidos,
levantándose al remedio;
porque en viendo que otro alcanza
el lugar que yo merezco,
poco entendimiento tiene
quien no quiere bien con celos.
Ésta es la casa ¡ay de mí!
de mi Marcelo o martelo,
y aun de mi martirio o mar,
donde me abraso y me anego.—
Llama, llama.

INÉS

¿Estás en ti?

BELISA

La noche su manto negro
desguarnecido de estrellas
tiende en los hombros del cielo.
Ella nos cubre: no importa.

INÉS

Ya he llamado, y tan suspenso
está el aire, que responde
en lo más lejos el eco.

BELISA

¿Suspenso!

ESCENA XIX

FABIO, *que saca la cabeza por una ventanilla.*—DICHAS

FABIO

¿Quién está ahí?

INÉS

Fabio, yo soy.

FABIO

¿Quién diremos?

INÉS

Inés.

FABIO

¿Qué Inés?

INÉS

La de antaño.

FABIO

¡A tales horas! ¿Qué es esto?

INÉS

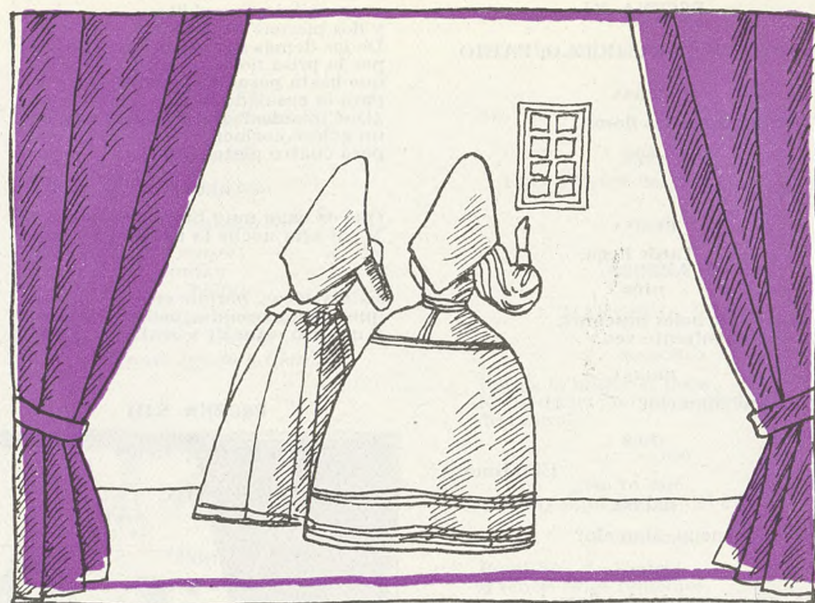
Di a Marcelo que está aquí
Belisa.

FABIO

¡Guarte acá, negro!
¡Vive Dios, que me matase!
Dile que se vaya luego;
que si lo sabe Cardenia,
tarde o nunca cenaremos.

BELISA

¿Qué es esto, pícaro infame!
¿Sabes que soy yo quien llego
a tu puerta? ¿Qué Cardenia
es ésta? Abre aquí, abre presto.



FABIO

¿Cómo abrir! Cierro, y me voy;
que están cenando, y yo tengo
a mi cargo la bebida. *(Éntrase.)*

INÉS

Fuese.

BELISA

Y yo me estoy muriendo.

FABIO *(Dentro.)*

Dice Cardenia que está
la bebida como un fuego.
Da prisa a la cantimplora.
Daca esas tortadas, Pedro.
Ea, apercibe los postres.

BELISA

¡Los postres! Pues sean mis celos.

INÉS

¿Coces das!

BELISA

Y he de romper
la puerta.

ESCENA XX

MARCELO.—BELISA, INÉS

MARCELO

Paso. ¿Qué es esto?

BELISA

Esto es honra.

MARCELO

¿Quién es?

BELISA

Yo.

MARCELO

Pues ¿de cuándo acá tenemos
estos bríos?

BELISA

Desde agora.

MARCELO

Vete con Dios; que es mal hecho
que tú pierdas de quien eres,
y yo pierda por tus celos
el crédito que tenía
con los padres y los deudos
desta dama que está aquí;
que han venido a los conciertos
del casamiento que trato.

BELISA

¿Que tú tratas casamiento!

MARCELO

Como tú con quien te sirve.

BELISA

Pues ten, Marcelo, por cierto
que antes que llegue a mi casa
me he de matar; porque creo
que mi llanto y tus agravios
servirán de lazo estrecho
al cuello que de tus brazos
pensó hacerle en algún tiempo.

MARCELO

No llores, Belisa mía;
que todo fue fingimiento
de Fabio para afligirte.
Entra, y verás en silencio
toda la casa; que ni hay
Cardenia, ni en mi deseo,
alma y ojos más que a ti.

BELISA

¿Que no hay nadie!

MARCELO

Entra tú a verlo.

BELISA

¡No; que me voy!

MARCELO

Oye, espera.

BELISA

No hay que esperar, porque quiero
con celos, y en viendo amor,
de las ofensas me acuerdo.
(Vanse ella e Inés.)

MARCELO

Mal hice. ¡Gran necio fui!
Pero ¿quién amó discreto?
Ramilletes de Madrid,
a vuestras flores me vuelvo.



ACTO SEGUNDO

Cobertizo de la casa de Otavio, que da a un corral

ESCENA PRIMERA

OTAVIO, ROSELA

ROSELA

En fin, ¿a fabricar te determinas
este jardín en casa?

OTAVIO

Tener quiero
para el abril y mayo clavellinas,
porque del alba al resplandor primero
no salgas a buscarlas a la plaza,
mientras honrarte de marido espero.
Ya vino el labrador, ya dio la traza,
y aún hoy presumo que traerá las flo- [res.

ROSELA

¡En qué cosa tu ingenio se embaraza!

OTAVIO

Aquí en la variedad de las colores
la vista ocuparás por las mañanas.
Son los gustos domésticos mejores.

ROSELA

Si a la sentencia más común te allanas,
nunca el propio es mejor, aunque sea
¿Nunca has oído... [bueno.

OTAVIO

¡Qué quimeras vanas!

ROSELA

Más que la fruta del cercado ajeno?

OTAVIO

Bien sé también que dijo Sanazaro
que era más agradable el campo ame-
Pero con esto yo pondré reparo [no.
a las mañanas que me causan celos;
que aquí saldrá también el sol tan
[claro.

ESCENA II

CLARA; *y luego,* MARCELO.—OTAVIO, ROSELA

CLARA

Aquí está Andrés.

OTAVIO

Pues entre Andrés.
(Vase Clara, y sale Marcelo, de jardinero.)

MARCELO

Los cielos
guarden, señor, tu vida largos años,
como a mis flores de aire, cierzo y [hielos,
y esa hermosura de la edad engaños
logre, señora, en vos.

ROSELA

Bien seáis venido.

MARCELO

(Ap. ¡Oh, amor! ¡qué atrevimientos [tan extraños!)
Yo he buscado, señor, y prevenido
Diversas flores, yerbas olorosas,
cuanto posible a mi memoria ha sido.
Aquí pondré las encarnadas rosas,
aquí las manutisas naranjadas,
aquí las valerianas amorosas
con los lirios que dan hojas de espadas;
el timo, el hisopillo, las violetas
y las estrellamares turquesadas.
Pondré claveles rojos en macetas,
azucenas, narcisos y jacintos,
amarillas y cándidas mosquetas:
y en oro, en nieve, en sangre, en clavel [tintos,
Debajo de las pálidas retamas,
los alelíes en color distintos.
Sándalos, pajarillos, siete en ramas,
harán también igual correspondencia
a las tudescas, que parecen llamas.

OTAVIO

¿Hallaremos jazmines de Valencia?

MARCELO

Para Madrid son flores delicadas;
pero tendrán al hielo resistencia.

OTAVIO

Yo pienso que serán las cuatro dadas:
trazad los cuadros mientras yo voy [fuera.

MARCELO

Hallaréis vuestras armas dibujadas.

OTAVIO

¿No haremos una fuente?

MARCELO

Si tuviera
noria, yo la formara tan curiosa,
que se parara el sol cuando corriera.

OTAVIO

Pues yo la haré, por ver tan nueva [cosa. *(Vase.)*

ESCENA III

ROSELA, MARCELO

ROSELA

¿Adónde pensáis fundar,
Andrés, aqueste jardín?

MARCELO

Aquí lo veréis; que, en fin,
de vos le pienso imitar.
Naranjos, por el azar,
no pienso poner en él;
pondré, señora, un laurel
para tan justa vitoria,
si el fin de mi dulce historia
me coronare con él.
Oid pues; que voy plantando
el jardín de aqueste modo,
porque en vuestras partes todo
le voy, señora, imitando.
Vuestra frente me está dando
coronas de rey hermosas;
vuestras mejillas las rosas;
estrellamares o estrellas
vuestros ojos, y esas bellas
manos mosquetas lustrosas.
Claro está que he de tomar
de vuestra boca el clavel:
habrá de coral plantel
como le tiene la mar.
Con temor que se ha de helar,
no quiero nieve pediros;
mas si puedo persuadiros,
veréis crecer sus despojos
con el agua de mis ojos
y el aire de mis suspiros.
Quisiera también poner
algún cuadro de esperanza;
pero mi desconfianza
dice que se ha de perder,
pues sembrar y no coger
es perder tiempo y caudal;
pero ya piensa mi mal
hacer en este jardín
una fuente en un delfín,
que es de tormentas señal.
Dad vos licencia a mis ojos
para que vueltos en fuentes,
fertilicen sus corrientes
las plantas de mis enojos.
Vuestros serán los despojos,
las labranzas serán mías;
y si tras tantas porfías
algún bien el alma alcanza,
será ejemplo mi esperanza
de lo que pueden los días.

ROSELA

¿Qué es lo que decís, Andrés!
¿Cómo habláis tan cortesano!
¿Sois caballero, o villano?

MARCELO

El amor nunca lo es.
Con este disfraz intento,
y con honesta afición,
poner en obligación
vuestro libre pensamiento.
¿Aún no me habéis conocido?

ROSELA

¿Sois Marcelo?

MARCELO

El mismo soy,
que tras mis engaños voy,
sin esperanza atrevido.

ROSELA

Pues ¿qué habéis hallado en mí
para tal atrevimiento?

MARCELO

Pensar de mi pensamiento
que os puede obligar ansí.
Donde no tiene interés
lugar, la industria es el medio
mejor, si vos al remedio
queréis acudir después.
Dentro estoy de vuestra casa,
jardinero en ella soy.

ROSELA

Temblando, Marcelo, estoy;
todo me hiela y me abrasa.
Si os considero atrevido,
luego os miro enamorado;
si enamorado, arrojado;
y si arrojado, perdido.
Dejaros de agradecer
lo enamorado, no puedo;
lo atrevido me da miedo,
aunque no es amar temer.
Deseos tengo de amaros:
no os confieso poco en esto,
porque siendo amor honesto,
fuera ingratitud culparos.
Pero cuando fuesen culpas,
es gran señal de querer
cuando busca una mujer
al que se atreve, disculpas.
¿No fuera mejor pedirme
a mi padre o a mi hermano?

MARCELO

¿Hermano tenéis?

ROSELA

Tan vano,
que he venido a persuadirme
que ha de ser la confusión
en que vuestro amor se acabe.

MARCELO

Si más vuestro padre sabe,
y siempre los viejos son
más astutos y advertidos,
y ya le tengo engañado,
¿qué teméis?

ROSELA

Que es un soldado,
no de los mal recebidos,
si no de mucha opinión,
ya en Flandes, y ya en Milán.

MARCELO

¿En Milán?

ESCENA IV

EL ALFÉREZ, FINEO.—ROSELA, MARCELO

ALFÉREZ

Pienso que están
con esta nueva invención
todos en casa ocupados.

FINEO

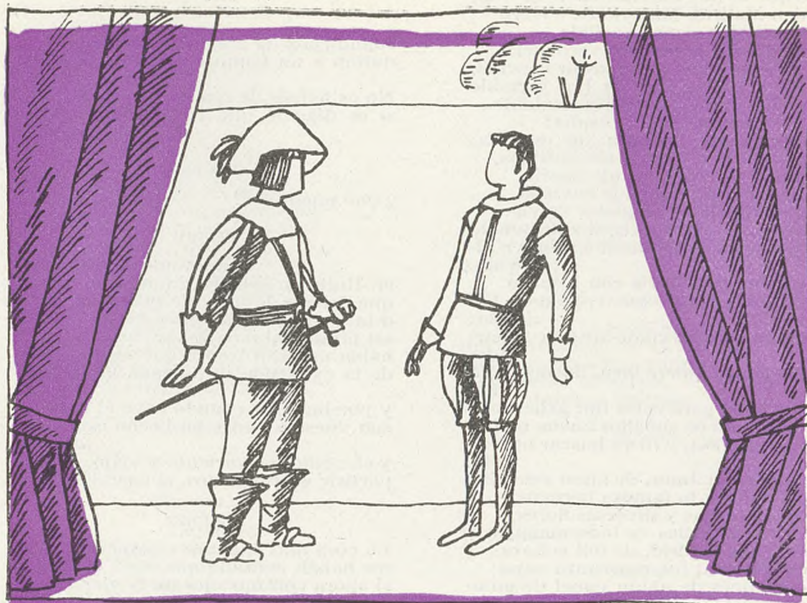
Bien hace en hacer jardín
vuestro padre, porque en fin
alivia grandes cuidados,
y Rosela me parece
que a ver su principio está.

MARCELO *(Disimulando.)*

Por aquí este cuadro irá,
porque mejor vista ofrece.
De seis pies serán mejores;
que el sitio no da lugar
a poderlos dilatar.

ROSELA

Haced las calles mayores.



MARCELO

Una quisiera yo hacer,
y holgara de estar en ella.

ALFÉREZ

Hermana...

FINEO

Rosela bella,
¿qué es aquesto?

ROSELA

Entretener
la tarde en verle trazar
aquestos cuadros a Andrés.

FINEO

¿Es famoso?

ROSELA

El mejor es
que habemos podido hallar.

ALFÉREZ

Dejádmele hablar a mí;
que aún yo tengo gusto en esto.

FINEO

¿Pensáis que es fuerte, compuesto
de justas medidas?

ALFÉREZ

Sí;
Que como cuadrangular
o exágono suele ser,
se puede un jardín hacer
como dispone el lugar.
¿Qué pensáis que es un jardín?
Una planta o pitipié
de un edificio.

MARCELO *(Ap.)*

Yo entré
a buscar mi cierto fin.

FINEO

¡Qué natural en soldados
es trazar cuanto se ofrece!

ALFÉREZ

A todo allá nos parece
que venimos enseñados.

FINEO

Pues ¿qué dique o rebelín,
casamata o contradique,
queréis que agora se aplique
a los cuadros de un jardín?

ALFÉREZ

Callad, veréis lo que pasa.—
Habéis de saber, Andrés...
(Ap. ¡Ay cielos! Marcelo es.)
(Ap. a Marcelo.) ¿Tú estás en aquesta [casa!
¿Tú, vestido de villano,
con aqueste engaño aquí!

FINEO

¿Qué es eso?

MARCELO *(Ap.)*

¡Qué bien caí
de mi enemigo en la mano!

ALFÉREZ

Hermana, desembaraza,
por tu vida, este lugar;
que solos hemos de estar
para comenzar la traza.

ROSELA

No hagas algo que se enoje
nuestro padre.

ALFÉREZ

No hayas miedo.
(Vase Rosela.)

ESCENA V

MARCELO, EL ALFÉREZ, FINEO

ALFÉREZ

No sé cómo verte puedo,
sin que a matarte me arroje.
Bien sé, traidor, que has venido
a lo mismo.

FINEO

¡Qué es aquesto!

MARCELO

Escucha.

ALFÉREZ

Traigo dispuesto
el agravio, y no el oído.

MARCELO

Pues ¡espada para quien
viene sin ella!

ALFÉREZ

¿Quién duda
que traerás espada y daga,
de las que respondas bien?

FINEO

Póngome deste hombre al lado
(aunque no voy contra ti),
porque eres Lisardo, en mí,
como hombre noble y soldado;
no porque no es mi enemigo
este que tuyo lo es,
pero porque no le des
sin armas.

ALFÉREZ

Lugar te pido
para matar un traidor,
que con algún pistolete
eso mismo se promete
en forma de labrador.

MARCELO

Que no le traigo, es sin duda,
ni de matarte deseo,
puesto que agravio tan feo
a todo engaño me ayuda.
El haber entrado aquí
diré aqueste caballero,
porque ni puedo ni quiero
decirte la causa a ti.

FINEO

Sosegaos, por vida mía,
alférez; que él me hablará.

ALFÉREZ

Conmigo ¿qué no podrá
vuestro amor y cortesía?
Mas no he de poner la espada
en la vaina hasta saber
lo que éste pretende hacer;
pues es cosa declarada
que ha venido de Milán
sólo a matarme.

FINEO

No sé.
Apartaos, yo le hablaré.

MARCELO

(Ap. ¡Buenos mis sucesos van!)
(Ap. a Fineo.) Yo soy ¡oh ilustre y [noble caballero!

Pues que de hoy más os deberé la vida,
a quien Madrid, Marcelo de Vivero
por conocidas armas apellida.
En medio del amor más verdadero
que cupo en alma de su ardor vencida,
me fui a Milán, por ver tan variable
la condición de una mujer mudable.
Cuando la visitaba, le pesaba;
cuando faltaba un hora, me escribía;
cuando no la buscaba, me buscaba,
y cuando la olvidaba, me quería.
Si algún regalo o joya le enviaba,
sin descubrirla, a mi poder volvía.
Canséme, y fuime a ver si entretenido
hallaba a un largo amor un breve ol- [vido.
Sucedióme la historia con Lisardo
que habréis sabido ya: volvíme a Es- [paña;
y cuando abrazos como ausente aguar- [do,
de que a otro quiere bien, me desenga- [ña.
No me hallé para celos tan gallardo;
que no tengo en sufrillos buena maña;
dejé la empresa, y di en buscar un me- [dio,
que fuese con amor, de amor remedio.
Vi del Alférez la famosa hermana
entre las yerbas y diversas flores,
que sin sembrallas ve toda mañana
en su plaza Madrid, de mil colores.
Díjele amores; fue esperanza vana;
pero después de algún papel de amo- [res,
con aquesta invención entré en su casa.

FINEO

Esto ¿es verdad, en fin?

MARCELO

[Sólo esto pasa.
Porque si ser hermana conociera
del Alférez, la calle no pasara;
porque cuando agraviado me sintiera
campos tiene Madrid, y él me buscara.
Si amáis su hermana, nunca el cielo [quiera
que debiéndoos la cosa que es más [cara,
os quite vuestro gusto; pues ya intento
volverme a mi primero pensamiento.
Belisa, aquesta dama que os decía,
anoche me buscó, muerta de celos
de una Cardenia, a quien querer fingía
por dar justa venganza a mis desvelos.
Decid a vuestro amigo...

FINEO *(Ap.)*

¡Ay, suerte mía!
Su enigma declararon mis recelos.

MARCELO

Que esté seguro, aunque no soy muy [sabio,
de que no tengo que vengar mi agra- [vio.

FINEO

Alférez, retiraos aquí conmigo.
(Hablan aparte el Alférez y Fineo.)

ALFÉREZ

¿Qué dice ese hombre?

FINEO

Más que yo quisiera.

ALFÉREZ

¿Por qué razón?

FINEO

Porque es quien yo temía,
y a quien Belisa tanto amor tenía.

ALFÉREZ

Luego ¿éste fue de quien tuvistes celos?

FINEO

Mayores son los que me ha dado agora
con decirme, Lisardo, que le adora,
y que anoche, de celos, a buscalle
vino a su casa, y que rondó su calle.

ALFÉREZ

Pues ¿no será mejor que le matemos?
Cerrad aquesa puerta.

FINEO

Ya no es justo,
pues quien a otro sus secretos fía,
ya por amigo entonces le tenía.
Pues ¿cómo queréis vos que mate un [hombre,
cuando ya de su amigo tengo nombre?

ALFÉREZ

¿En la corte buscáis filosofías,
donde el vivir es la razón de estado
con su comodidad más elegante!
Mas ¿cómo no pasáis más adelante?
En razón de mi casa y del vestido,
¿puede negar ese hombre que ha ve- [nido
a matarme a traición?

FINEO

Él no sabía
que fuese vuestra casa.

ALFÉREZ

¿A qué venía?
Porque también es cosa temeraria
disculpar una infamia tan contraria
a la verdad y a la razón.

FINEO

Las cosas,
cuando son de creer dificultosas,
quitan a un hombre el gusto de deci- [llas.
No os habéis de reir deste cuitado,
si os digo lo que aquí me ha dicho [agora.

ALFÉREZ

¿Qué puede ser?

FINEO

Contóme que le dijo
en Italia un astrólogo famoso
que debajo de tal y de tal signo,
o tal y tal estrella que miraba
así piramidal-mente esta casa,
había un gran tesoro que escondieron
de la expulsión de España los moris- [cos;
y por buscalle cuando cave el huerto,
con vuestro padre ha hecho este con- [cierto:
y él, como es avariento y viejo, quiere
partirle entre los dos, si pareciere.

ALFÉREZ

La cosa más extraña y peregrina
me habéis contado que creer pueda,
si agora con mis ojos no la viera.
¡Que dé mi padre en esto! ¿Hay tal lo- [cura!

FINEO

Pues advertid que el viejo no lo en- [tienda.

ALFÉREZ

La espada envaino, y voyme haciendo [cruces. *(Vase.)*

FINEO

Cavad, Andrés; que ya tenéis licencia.

MARCELO

Antes me vuelvo a mi jardín primero;
que ni peligros ni esperanzas quiero.

FINEO *(Ap.)*

Yo he levantado una gentil quimera
Sólo por estorbar que éste no muera.
Mas deben de quererlo así los cielos,
pues yo le guardo, y él me mata a ce- [los.
(Vanse.)

—

Calle. A un lado la casa de Belisa

ESCENA VI

BELISA, LISEO

LISEO

Mal hiciste.

BELISA

No he podido
reportar mi necio amor.

LISEO

Siempre ha de ser el honor
a todo amor preferido.

BELISA

Amor, hermano Liseo,
es ceguedad de los ojos,
de la corta vista antojos,
y de la larga deseo.
Es luz que lejos engaña
al que peregrino va,
y es un enfermo que está
pidiendo lo que le daña.
Es amor una pasión
que pide (y yo ansí lo siento)
un divino entendimiento
para tener perfección.
No le vi tener en precio
de hombre que poco alcanzase,
ni discreto que olvidase
tan apriesa como un necio.
Con esto, que no es por dar
a mi ingenio vanagloria,
doy a amor en mi memoria
tanta fe como lugar.
Medio tratado tenía
de Fineo el casamiento;
mas mudo mi pensamiento
con los celos de aquel día.
Habla con Marcelo, hermano:
cásame con él, por Dios;
que mejor entre los dos
quedará el concierto llano.
Es Marcelo caballero.

LISEO

¿Ha mucho tiempo?

BELISA

No sé.
El nombre siempre lo fue.

LISEO

¿De qué apellido?

BELISA

Vivero.

LISEO

Y yo salgo a la fianza;
pero has de saber, Belisa,
que hay caballeros aprisa,
a quien el nombre no alcanza.
¿Quieres ver por qué en España
se pierden muchas ciudades?

BELISA

Entre muchas novedades,
nunca la vi más extraña.

LISEO

Es gallardo advertimiento
de un hombre de buen jüicio.

BELISA

Alabarle tú, es indicio
de su buen entendimiento.

LISEO

Pues piérdense muy ligeros
los lugares sin recato,
cuando los hombres de trato
se meten a caballeros;
que en cesando en un lugar
lo que es la mercadería,
desde una casa vacía
hasta mil suelen quedar;
porque pueden enterrallo,
y clamorear a pino,
en pasándose un vecino
desde la tienda al caballo.

BELISA

Pues ¿piensas que es de ese modo
Marcelo?

LISEO

No lo sé yo.

BELISA

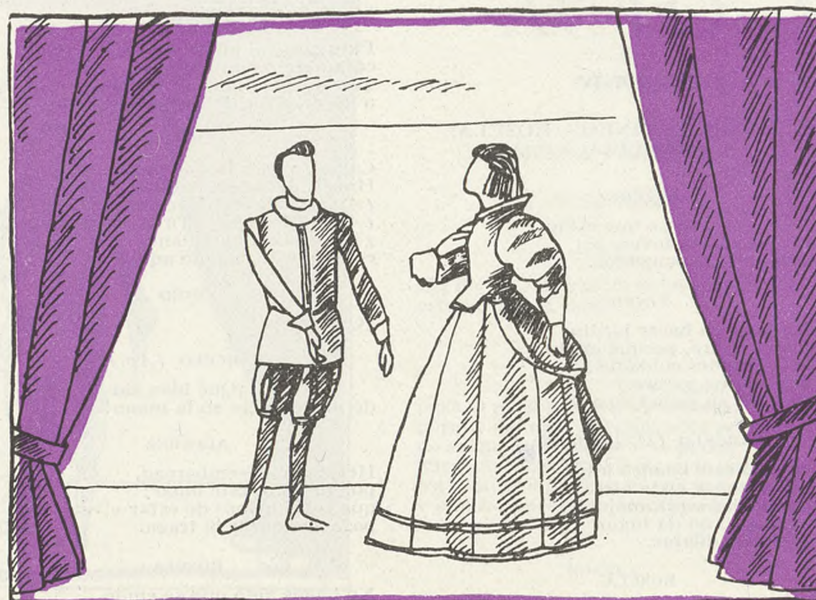
Tan noble, hermano, nació,
que por su linaje todo
es hidalgo desde Adán.

LISEO

¡Qué! Entonces ¿hubo Viveros?

BELISA

A tan nobles caballeros
este principio les dan.



LISEO

Ahora bien: a hablarle voy.
Recógete.

BELISA

Satisfecha
de tu amor, voy sin sospecha.

LISEO

Tu hermano y su amigo soy.

BELISA

Mi vida en tu mano he puesto.

LISEO

De las partes deste hidalgo,
hermana, al crédito salgo.
Con el sí volveré presto.
(Entra Belisa en su casa.)

ESCENA VII

FINEO, CELIO.—LISEO

LISEO

Fineo ¿es éste?

FINEO *(Ap. a Celio.)*

El hermano
está aquí de mi Belisa.

CELIO

Harto bien tu amor avisa
a lo cuerdo y cortesano.

FINEO

Luego, ¿entiende mi afición?

CELIO

Pues ¿qué afición no se entiende?
El que ama, y el que pretende,
y el que teme, ciegos son.
Quien ama, poniendo fe;
quien pretende, porque espera;
quien teme, porque le altera
cualquiera sombra que ve.

FINEO

¡Oh Liseo!

LISEO

¡Oh mi Fineo!
¿Qué hay de nuevo por acá?

FINEO

Veros; que ha mil tiempos ya
que en ninguna parte os veo.
¿Hay amor?

LISEO

No amé jamás,
y ya pasó si algo fue.

FINEO

¿No jugáis?

LISARDO

No tengo qué,
y hay muchos que saben más.

FINEO

¿Vais a la comedia?

LISEO

No.
porque no me siento en parte,
donde no traten del arte
que ha mil años que pasó.
Yo voy no más de a escuchar:
buena o mala, al fin se acaba.—
Pero ¿cómo me olvidaba,
viendo que os habéis de holgar,
de pediros que me deis
el parabién de una boda,
para que mi casa toda
con vuestra persona honréis?

FINEO

¿Habéisos casado?

LISEO

No,
aunque en Madrid bien pudiera,
pues hay virtud que me diera
más honra que tengo yo.
Mirad qué prenda en mi casa
puede casarse también.

FINEO

Bien merece el parabién,
si vuestra hermana se casa;
que es un ángel en belleza
y en ingenio singular
quien más pudiera imitar
su pura naturaleza.
Pero ¿quién es el dichoso?

LISEO

Es Marcelo de Vivero,
un gallardo caballero,
un mancebo generoso,
bien visto en este lugar.

FINEO

Ya le conozco. *(Ap. ¡Ay de mí!)*

LISEO

Belisa lo quiere ansí...
Yo... no lo pienso estorbar.

FINEO

Ni era, Liseo, acertado.
Casallos es lo mejor;
que donde es tercero amor
lo más está concertado.
Marcelo se ajusta bien
a vuestro merecimiento.

LISEO

¿Sentíslo ansí?

FINEO

Ansí lo siento.
Conózcole, y sé también
que él y sus padres sirvieron
a la gran casa de Sesa.

LISARDO

Buena ejecutoria es ésa.

FINEO

Los Duques le ennoblecieron.
¿Habéisle hablado?

LISEO

A eso voy,
seguro de que seré
bien recebido.

FINEO *(Ap.)*

¿Qué haré?
Por darme la muerte estoy.

LISEO

¿Mandáis algo?

FINEO

Dios os guarde.
(Vase Liseo.)

ESCENA VIII

FINEO, CELIO

FINEO

Puertas de Belisa ingrata,
pues más que Anaxarte dura,
corresponde a mi esperanza:
más firme que aquel mancebo
que de sus ventanas altas
colgó la vida, hoy seré
Ifis de vuestras ventanas;
y ¡ójala que vuelta en piedra
ardiera, Belisa, el alma
de tu ingratitud, si al hielo
que tiene, un infierno basta!
Si queréis enterneceros,
piedras, dinteles y jambas,
yo os diré toda mi historia,
bañando el papel en agua.
Oid, rejas; oid, balcones.

CELIO

¿Qué es lo que dices! Repara
en la gente que te escucha.

FINEO

¿Por qué me has muerto sin causa?
Quisísteme, estando ausente
tu amor, Belisa, en Italia;
vino a España al fin, me olvidas...
¡Oh, nunca viniera a España!
¡Pluguiera a Dios que el Alférez,
a quien detuve la espada,
le diera muerte aquel día,
que dio con él en su casa!
Yo tuve la culpa, yo.

CELIO

Fineo, ya que las ansias
de tu amor a esto te obligan,
en otra parte las pasa.
Vamos a casa o al campo:
da voces en él, descansa;
Pero ¡aquí!

FINEO

Déjame, Celio,
pues me estorbas y me matas.
¿Qué casa o campo ha de haber
que me alivie en pena tanta,
si es todo para los tristes
duro campo de batalla?
¡Que librase yo a Marcelo,
contra la amistad jurada
de un hombre como el Alférez!
¡Vive Dios, que es justa paga
de mi necia cortesía!
Belisa, ya que te casas,
conoce que esto me debes.

ESCENA IX

MARCELO, FABIO.—DICHOS

MARCELO. *(Ap. a Fabio.)*

Aquí de Belisa tratan.

FABIO

Siempre trae en los oídos
el nombre amado quien ama,
como el que ha estado en la cárcel,
que por muchos días anda
oyendo el son de los grillos.

MARCELO

Fineo es éste.

FABIO

¿Qué aguarda
a la puerta de Belisa?

MARCELO

¿Cosa que fuese la causa
de los celos que he tenido?
—Fineo...

FINEO

¡Marcelo!...

MARCELO

Abraza
el hombre, amigo Fineo,
que con mayor confianza
puedes de su obligación;
y conociendo que es tanta,
ocúpame en tu servicio;
que bien sé que es corta paga
la vida, el alma, la hacienda;
que la hacienda, aunque no iguala
a estas dos, tal está el mundo,
que el amigo que se halla
que la pierda por su amigo,
bien merece eterna fama:
gasten versos los poetas
en su divina alabanza:
y para que sepas tú
si soy destos, prueba el alma
en la voluntad, la vida,
en la sangre y la esperanza,
en la hacienda; que de todas
puedes tener la que basta
para saber que sabré
hacer obras las palabras.

FINEO

A tantos ofrecimientos
para responder me faltan;
pero aseguraros puedo
de que en esa confianza
os diré que me ha pesado
de que fuese mi desgracia
tal, que amase yo a la prenda
que es de vos tan estimada.
Quisiera no haber nacido,
antes que ver que se casa
con vos, pesándome a mí;
que el amistad limpia y santa
en los bienes del amigo
se alegra; y ha de ser falsa
la mía forzosamente,
pues vivos celos me abrasan.

MARCELO

Yo os dije, como sabéis,
Fineo, en aquella casa
que amaba a cierta Belisa
antes que me fuese a Italia,
y que por hallar, volviendo,
de su amor tanta mudanza,
quise a Rosela, Rosela
de aquel mi enemigo hermana.
Pero si vos la queréis,
haré tan poco en dejalla,
que no hablaré más en ella.

FINEO

¡Yo a Rosela!

MARCELO

Imaginaba
que el amistad del Alférez
sería por esa causa;
que se usa en este lugar
andar siempre los que agravian
unidos con los que sufren.

FINEO

Mis desventuras ¿qué aguardan,
que no os dicen la verdad?
¿Para qué mis celos callan?
¿Habéis topado a Liseo?

MARCELO

No.

FINEO

Pues a buscaros anda
para casaros.

MARCELO

¿Con quién?

FINEO

¿Con quién? Con su bella hermana.

MARCELO

¿Con Belisa?

FINEO

Con Belisa.

MARCELO

Luego ¿sois a quien amaba
mientras estuve en Milán?

FINEO

Soy a quien el tiempo engaña,
como a muchos que en mujer
han puesto sus confianzas.

MARCELO

Pues ¡vive Dios, que ha de ver
amor la mayor hazaña
de amistad que ha visto el mundo!
Yo no os podré dar palabra
de que no amaré a Belisa,
que es carácter en el alma;
mas si me busca Liseo,
y este casamiento trata,
no me hallará, porque pienso
hacer a Irún mi jornada
sirviendo al Duque de Sesa,
que el gran Príncipe acompaña
de Lerna y Denia. Y con esto
yo os cumpliré la palabra,
vos en mi ausencia podréis
volver, Fineo, a su gracia;
y ella, que al fin es mujer,
hallará bastante causa
para poderse mudar;
y más ella que es tan varia,
que no hay veleta en el viento
que sepa tantas mudanzas.

FINEO

Eso no es justo.

MARCELO

Dejadme
aquí enfrente de su casa;
que yo os hablaré despacio
antes que a Burgos me parta.

FINEO

Vamos, Celio.

CELIO *(Ap. a Fineo.)*

¿Qué te ha dicho
Marcelo?

FINEO

Es historia larga.
(Vanse Fineo y Celio.)

ESCENA X

MARCELO, FABIO

FABIO

¿Qué hay de nuevo?

MARCELO

Que hoy me voy,
y a lo más largo, mañana.

FABIO

¿Dónde?

MARCELO

A Burgos con el Duque.

FABIO

¡Esa sí que es buena traza
de olvidar! Vamos, señor,
a ver la ocasión más alta
que España y Francia han tenido,
juntándose España y Francia.
El de Sesa, mi señor,
con ostentación que iguala
al valor de sus abuelos,
sale de Madrid mañana.
Vamos a ver las entregas
de las estrellas trocadas
sobre las aguas del río,
último confín de España.
Ahórquese amor.

MARCELO

Ahorque;
que yo dejaré en las aguas
del mar de España su fuego.

FABIO

¡Viva treinta veces Francia!

ESCENA XI

BELISA, INÉS.—DICHOS

BELISA

A la voz, nueva en mi oído,
salgo, conociendo, Fabio,
que es tuya.

FABIO

Si en él ha sido
tan dulce como en mi labio,
justa disculpa has tenido.
Va Marcelo mi señor,
con su dueño a Burgos.

BELISA

¿Cuándo?

FABIO

Hoy, pienso.

BELISA

¡Bravo rigor!

MARCELO

El tuyo me está forzando,
y un noble competidor.

BELISA

En fin ¿vas a la jornada?

MARCELO

Con el Duque a Burgos voy.

BELISA

Al Duque estoy obligada,
pues por su excelencia estoy
de tu amor desengañada.
¿Has hablado con Liseo?

MARCELO

Sé que me andaba a buscar.

BELISA

Y ¿sabes mi buen deseo?
O ¿para no te casar
tan de camino te veo?

MARCELO

Fineo es hombre de bien:
con él estarás mejor.
Yo, en fin, me voy.

BELISA

Haces bien.

MARCELO

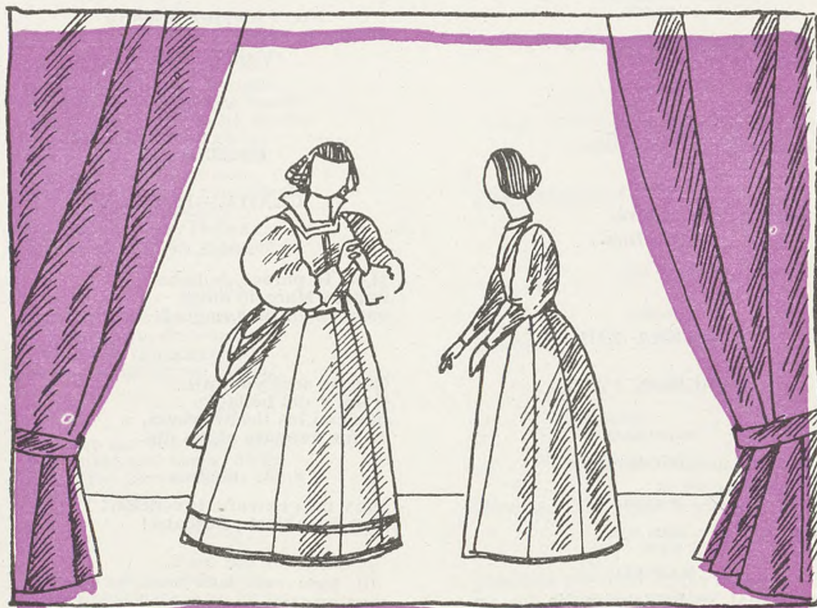
Ni tú agradeces mi amor,
ni yo entiendo tu desdén.
El de Sesa me ha mandado
irle a servir...

BELISA

Obligado
estás: yo no te replico,
solamente te suplico
te acuerdes que me has dejado.

MARCELO

Mientras yo tuviere vida,
segura la tuya quede;
y aunque el alma se divida,
en ella irás, pues no puede
ser de los tiempos vencida.
Mira si en esta ocasión



en algo puedo servirte.
Si a Francia llego, es razón
que pidas.

BELISA

Quiero pedirte.

MARCELO

¿Qué, Belisa?

BELISA

El corazón.

MARCELO

Digo de otras niñerías:
randas, estuches, espejos,
relojes...

BELISA

¿Medir querías,
Marcelo, estando tan lejos,
las horas de tales días?
Vete, pues mi amor ignoras,
o tu engaño sobredoras,
dando, al no poder sufrillas,
relojes para medillas,
cuando me quitas las horas.
Pues ¿espejos! ¿para qué?
yo siempre en ti me miré:
Luego estaba en tu presencia,
aunque es espejo el ausencia
donde la verdad se ve.
Pues ¿estuches! ¿a qué efeto?
Yo no me pienso matar.
Lo que es randas, te prometo
que si las llego a asentar,
o me canso, o me inquieto,
—y maldigo a los primeros
que trataron de inventallas.

MARCELO

¿Por qué?

BELISA

Por malos agüeros,
si me acuerdo al asentallas
que se hacen de majaderos.
Así que no traigas nada...
Ni aun a ti si puede ser,
pues es lo que más me enfada.
Y no hay para qué volver,
pues has de hallarme mudada. *(Vase.)*

MARCELO

Eso juro yo por Dios.

ESCENA XII

MARCELO, FABIO, INÉS

FABIO

¿Oye? ¿No hablamos los dos?

INÉS

¿Qué quiere el que ya se va?

FABIO

¿Qué he de traerla de allá?

INÉS

Mucho romadizo y tos.

FABIO

Présteme para traello
su pecho, señora Inés:
verá ¡lo que traigo dello!
Mas pues al confín francés
voy, como galgo, del cuello,
dígame cualque encomienda.

INÉS

Que a nadie le dé la paz,
aunque la costumbre ofenda.

FABIO

Yo le guardaré la faz
a título de su prenda.

INÉS

¿Oye? Si a Vizcaya va,
tráigame un poco de dicha.

FABIO

Nobleza y lealtad dirá.
(Vase Inés.)

ESCENA XIII

MARCELO, FABIO

MARCELO

¡Hay más notable desdicha!

FABIO

Calla; que por bien será.

MARCELO

Bien o mal, yo he de cumplir
mi obligación, o morir.

FABIO

¿Qué galas has de llevar?

MARCELO

Si me llevan a enterrar,
¿qué me tengo de vestir?

FABIO

Deja locuras cansadas.

MARCELO

Yo me voy por mis jornadas
a la muerte.

FABIO

¡Oh moscatel!
—¡Vivan Ana y Isabel,
las dos estrellas trocadas!
(Vanse.)

—

Sala en casa de Otavio

ESCENA XIV

EL ALFÉREZ, ROSELA

ALFÉREZ

Debajo de juramento
te he contado lo que pasa.

ROSELA

¿Que hay tesoro en nuestra casa!

ALFÉREZ

Con nuestro viejo avariento,
este mancebo engañado
ha hecho el concierto.

ROSELA

En fin,
¿fingen hacer un jardín
para tenerle cerrado?

ALFÉREZ

Quieren con esa invención
sacar el oro encubierto.

ROSELA

Pues tú ¿tieneslo por cierto?

ALFÉREZ

Los moros de la expulsión
dicen que en España dejan
gran número de doblones,
porque no los corazones,
sino los cuerpos alejan;
y pensando que algún día
los podrán volver a ver,
más los quieren esconder,
que perderlos.

ROSELA

Ser podría.
Mas ¿dónde supo Marcelo
este secreto?

ALFÉREZ

En Milán.

ROSELA

Pocos secretos lo están,
Lisardo, al tiempo y al cielo.
Muy cierto debe de ser,
pues Marcelo se disfraza.

ALFÉREZ

Habrán buscado esta traza
por no darse a conocer.
Otra vez, Rosela mía,
te encomiendo este secreto.
Adiós.

ROSELA *(Ap.)*

No es hombre discreto
el que de mujer los fía.
(Vase el Alférez.)

ESCENA XV

CLARA.—ROSELA

ROSELA (1)

¿Qué te parece de haber
fingido Marcelo amor
para encubrirse mejor?

CLARA

Que no seré yo mujer,
si dél y del bellacón
que con los tiestos venía,
no me vengare algún día.

ROSELA

¡Hay más extraña invención!
¡Oro encubierto buscaba!

(1) Según como habla Rosela en esta corta escena con Clara, ésta debe haber oído el diálogo anterior de los dos hermanos.

CLARA

Como Juan de Leganés
venía vestido Andrés,
¡y las estrellas contaba!

ROSELA

Toma los tiestos, y así,
con los claveles, los echa
por la ventana.

CLARA

¿Aprovecha
de alguna venganza?

ROSELA

Sí;
que de quien traición me hacía
y con engaños me abrasa,
no ha de quedar en mi casa
esperanza ni alegría,
la alegría en la color,
y la esperanza en lo verde;
para que jamás se acuerde
de su memoria mi amor.
¿Es este mi padre?

CLARA

Él es.

ROSELA

Corrida estoy.

ESCENA XVI

OTAVIO.—ROSELA, CLARA

OTAVIO

¿No ha venido
Andrés?

ROSELA

¿Qué Andrés? ¿el fingido?

OTAVIO

Pues ¿era fingido Andrés?

ROSELA

Hazte de nuevas conmigo:
ya sé todo lo que pasa.

OTAVIO

Pues ¿hay traición en mi casa!

ROSELA

Traición tratada contigo.

OTAVIO

¿Conmigo!

ROSELA

Donaire tienes.
Si en forma de jardinero
entra en ella un caballero,
¿con ese descuido vienes!

OTAVIO

Luego ¿no es aqueste Andrés
de Leganés labrador?

CLARA

De Leganés es, señor;
pero es Juan de Leganés.

ROSELA

Estáis los dos concertados
de fingir aqueste huerto,
porque hay en él encubierto
casi un millón de ducados,
que dejaron escondido
los moros de la expulsión;
y ¡con disimulación
niegas que le has conocido!

OTAVIO

¡Oro de moros aquí!

ROSELA

Aquí, muy finos doblones.

OTAVIO

Basta; que las invenciones
son para engañarme a mí;
(Ap. Que sin duda el caballero,
contra su noble decoro,
pretendió buscar el oro...
¡Gran fuerza tiene el dinero!
No en balde el sol le escondió
en las venas de la tierra,
pues si mi casa le encierra,
su labrador seré yo.
Hoy amanece la dicha
en ella.) Si acaso Andrés,
ese villano, o quien es,
me viene a buscar por dicha,
en mi escritorio dirás,
Clara, que estoy. *(Ap.* ¿Hay fortuna
como la mía, si alguna
pudo igualarla jamás!
No ha de quedar en mi casa
cueva o sótano: hasta el centro
se ha de abrir, y buscar dentro.)
¿Hay tal engaño! ¿Esto pasa!
(Ap. En forma de labrador
¡venís a buscar dinero!
Pues perdonad, caballero;
que para el dueño es mejor.)
¿Quién te lo ha dicho?

ROSELA

Mi hermano;
que allá se supo en Milán.

OTAVIO

Luego ¿de concierto están?

ROSELA

No sé; mas será muy llano.

OTAVIO

Entrate, y pregunta allá
si ha venido Andrés.

ROSELA

Yo voy.

OTAVIO *(Ap.)*

Loco de contento estoy.
(Vanse Belisa y Clara.)

ESCENA XVII

EL ALFÉREZ.—OTAVIO

ALFÉREZ

(Ap. Ya mi padre solo está.)
De en casa del mercader
vienen por aquel dinero
de mis vestidos.

OTAVIO

No quiero
darlo: —ni aún te quiero ver.

ALFÉREZ

¿No me mandaste sacar
vestidos negros?

OTAVIO

Si tienes
oro, ¿qué buscando vienes?
Mejor lo podrás pagar.

ALFÉREZ

Bien dices; que en el soldado
oro las heridas son,
pues es el de la opinión
más que el del sol estimado.
Esto traigo de Milán;
que soy tu hijo: mas oro
que corra, ¿ de qué tesoro?

OTAVIO

De los que en el huerto están.
Vienes tú con el soldado,
que en forma de labrador
me engaña a buscar mejor
el tesoro en él guardado,
y ¡pídesme a mi dinero!

ALFÉREZ

¿Quién te lo ha dicho?

OTAVIO

Tu hermana.

ALFÉREZ

(Ap. ¡La más cuerda, al fin de lana.)
Advierte por Dios...

OTAVIO

No quiero. *Vase.)*

ESCENA XVIII

ALFÉREZ

En la plaza da voces libremente,
y con su mano sus delitos firma;
falsa proposición delante afirma
del vulgo que le escucha atentamente;
de una casada es loco pretendiente,
y en públicos lugares lo confirma;
en blanco ha dado a su enemigo firma,
o quiere siendo infame honrar la fren-[te:
a todos sus criados dio la llave
de papeles ocultos que tenía;
imprimió su ignorancia el que no sabe;
de colores se viste en claro día,
o siendo mal nacido ha dado en grave
quien su secreto de mujer confía.
(Vase.)

—

Una plaza en Burgos

ESCENA XIX

MARCELO, FABIO

MARCELO

A Burgos llegado habemos.

FABIO

¡Famosa ciudad!

MARCELO

La silla
y cabeza de Castilla.

FABIO

La Corte en ella tenemos.
No falta señor o amigo.

MARCELO

Esta no puede llamarse
ausencia.

FABIO

No es ausentarse
traerse a Madrid consigo.
Ver del Rey tantos criados,
mercaderes y guanteros,
sastres y de otros oficios,
¿a quién no causa contento?
Que de los de su persona
es infinito el proceso.
A los músicos de cámara
topé.

MARCELO

Por Dios, que me huelgo;
que decían que el mejor,
que el mismo Apolo, era muerto.

FABIO

También he visto a Belardo (1);
que decían que por medio
se había quebrado un brazo:
y debió de ser del peso
de lo que tiene en las manos (2),
pues es más que todo el cielo.

MARCELO

Hay en Madrid ciertos hombres,
Fabio, que sueñan despiertos.
Ellos se entienden.

FABIO

Mañana,
según se dice, saldremos;
que hoy ha salido la casa
de aquel Príncipe supremo,
Excelentísimo Duque
de Lerma.

(1) El mismo LOPE.
(2) Probablemente aludirá al encargo de escribir la relación de la jornada.

MARCELO

Pasa en silencio
tan alta grandeza, Fabio;
que ni romanos ni griegos,
desde César a Alejandro,
tal ostentación hicieron.
De sola aquesta salida
puede escribir, te prometo,
un libro un historiador.
Dos horas enteras, pienso
que tardó en pasar su casa.
¡Qué plata! ¡Qué reposteros!
¡Qué orden! ¡qué majestad!

FABIO

¡Vive Dios, que estoy suspenso!
No pensé envidiar jamás
ser acémila yo; y creo
que lo fuera por cubrirme
de plata y oro hasta el suelo.
Mañana dicen que vamos
a Quintanapalla.

MARCELO

Tengo
escrita, Fabio, a Belisa
una media carta en verso.
Tú has de ir por la posta allá.
Cien escudos te prometo,
si antes de llegar a Irún,
letra de Belisa veo.
¡Ea! ¿Qué me estás mirando?

FABIO

¿Agora tenemos eso!

MARCELO

Esto has de hacer.

FABIO

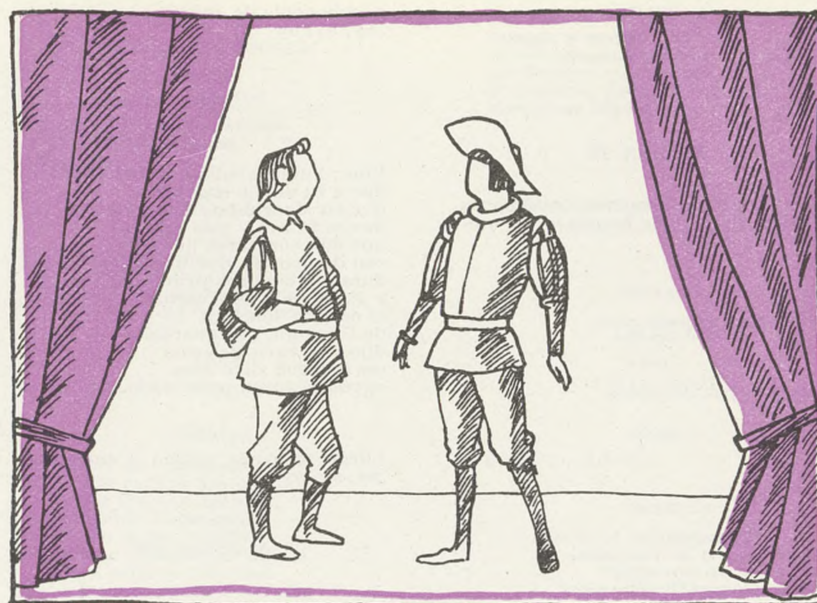
Ahora bien:
por ir a Madrid, me huelgo.
Mas porque de versos tratas,
hoy en un corrillo dieron
cuatro versos de una glosa
a estos altos casamientos.

MARCELO

¿Tienes el papel?

FABIO

Pues ¿no?



MARCELO

Muestra.

FABIO

Lee recio.

MARCELO

Leo.
(Lee.) «Por una enigma tan alta,
»triunfos España apercibe,
»pues dando lo que recibe,
»le queda lo que le falta.»
¡Brava, por Dios!

FABIO

Es notable.

MARCELO

Y el tercer verso imposible.

FABIO

Yo la tengo por posible
a un ingenio razonable.

MARCELO

Pues yo la quiero glosar
mientras a Madrid te envío.

FABIO

Si la glosas, yo te fío
el premio.

MARCELO

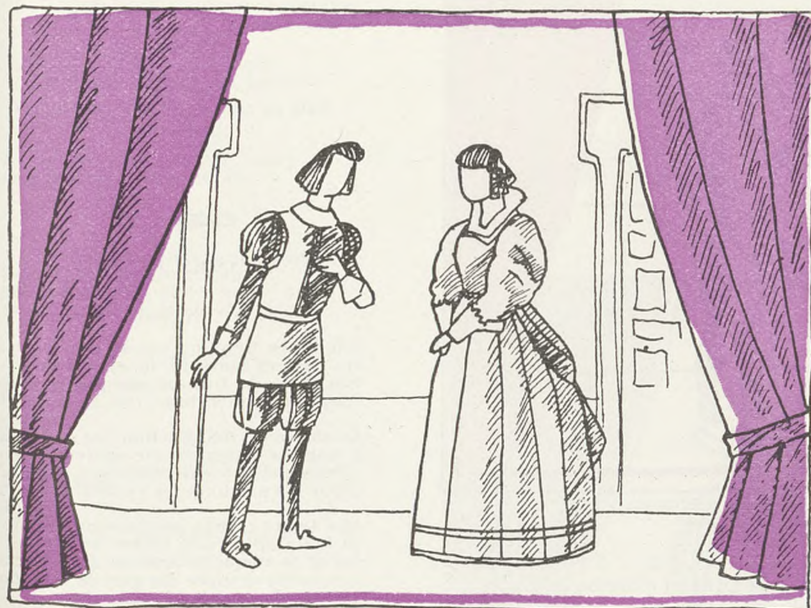
Yo he de probar.
Busca posta; que en un día
has de ver a mi sirena.

FABIO

¡Dios me la depare buena!
como el médico decía.

ACTO TERCERO

Sala en casa de Belisa



ESCENA PRIMERA

BELISA, LISEO

BELISA

¿Parécete que será
yerro que lo mire ansí?

LISEO

Basta, Belisa; que en ti
es lo más difícil ya
lo que en todas las mujeres
es más fácil.

BELISA

Desear
muchas casarse, hace errar
los más de sus pareceres.
Yo no quiero en una cosa,
que es para toda la vida,
ser necia o ser atrevida.

LISEO

Pues ¿qué serás? ¿Melindrosa?

BELISA

Los hombres podéis casar
más fácilmente, os prometo;
porque si erráis en efeto,
tenéis adonde apelar.
Pero una mujer, Liseo,
es infierno en su elección,
que no tiene redención.

LISEO

Que has de enloquecerme creo.
Propóngote mil maridos,
y en llegando a ejecutallos,
todo para en despreciallos,
y todos se van corridos.
Pues quiero, hermana, que notes
que un loco en Toledo había
que tu condición tenía,
único en hacer virotes.
Todo el día los labraba
dentro de aquella prisión,
y hasta dalles perfeción
los miraba y remiraba.
Deseaba mil criados
de señores que les diese
alguno; y como él le viese
perfeto por los dos lados,
poníale en las rodillas
cuando alargaba los brazos,
y haciéndole dos pedazos,
arrojaba las astillas.
Así tú con manos necias,
en teniendo en perfeción
un novio, sin discreción
le rompes y le desprecias.

BELISA

No me has comparado bien,
porque aquello fue locura,
y esto es prudencia.

LISEO

Segura
estás que intento tu bien.
Si fue pasión por Marcelo,
ya se fue: ¿qué puedo hacer?
Y ¿no ves que esto ha de ser
por disposición del cielo?
Con tantas faltas le nota
a todo novio tu intento,
que has hecho tu casamiento
como juego de pelota.
Di *vale* una vez, Belisa;
quiere un envite, y acaba.

BELISA

Aquel proverbio miraba:
«Con espacio, date prisa.»
Pero pues tanta me das,
yo me resuelvo en Fineo.

LISEO

Con eso me voy; mas creo
que antes que salga, dirás
que otras tantas faltas tiene
que los demás.

BELISA

Para mí,
yo se las doy desde aquí,
pues que Marcelo no viene.
(Vase Liseo.)

ESCENA II

BELISA

Mujeres, que a casar tan fácilmente
dais el oído, sin mirar el daño [traño,
que os puede resultar de un hombre ex-
¿cómo os podéis casar por acidente?
Si vuestra libertad eternamente
en dos letras de un sí cierra el engaño,
¿por qué con tanto ejemplo y desenga-
[ño,
su mal ninguna en el ajeno siente?
Bien sé que dicen que es mortal dis-
casar por amorosas fantasías, [gusto
y que el concierto es más seguro y jus-
[to.
Digan lo que quisieren sus porfías;
que la mujer que casa con su gusto,
por lo menos, le tiene algunos días.

ESCENA III

INÉS.—BELISA

INÉS

¿Cómo albricias no me das?

BELISA

¿Vino Marcelo?

INÉS

Su sombra.

BELISA

¿Fabio?

INÉS

El mismo.

BELISA

Al fin se nombra
Efeto del sol. ¿Qué hay más?

INÉS

¿No has visto un Judas colgado
en una parroquia pobre?
Pues tal viene.

BELISA

¡Ay! entre y cobre
la vida que me han quitado.

ESCENA IV

FABIO *con un sombrero francés, un fieltro viejo, unas botazas y un azote.*—DICHAS.

FABIO

Paz sea en aquesta casa.

INÉS

Y será la paz de Judas.

BELISA

¡Fabio!

FABIO

Pues ¿aún no te mudas
siquiera a ver lo que pasa!
¿Tenemos ya novedad?
¿No te alegras de mirarme?

BELISA

¿De qué tengo de alegrarme?

INÉS

¡Muy linda fiesta en verdad!
¡Ver metido un salchichón
en un fieltro y un sombrero!

FABIO

¡Buenas albricias espero!
Pues cuarenta leguas son
las que he venido hasta aquí
por arte del diablo.

BELISA

Muestra
la carta.

FABIO

Es desdicha nuestra
no hallar jamás gracia en ti.

BELISA

¿Dónde queda tu señor?

FABIO

Camina a Fuenterrabía,
y yo pienso que podría
por mí decirlo mejor;
que cuatro postas arreo,
más que postas melecinas,
me han dejado más rüinas
que al romano Culiseo.

BELISA

(Lee.) «Belisa, yo voy sin ti,
»pero con tantos cuidados,
»que ellos me llevan a Burgos,
»pues yo no siento los pasos.
»Si creo que voy conmigo,
»on ilusiones y engaños;
»pues mientras más tierra piso,
»más atrás me voy quedando.
»Desdichado por tu ausencia
»piso de Lerma los campos,
»el primero que en el mundo
»llegó a Lerma desdichado.»

BELISA

No lo entiendo.

FABIO

Dice bien,
porque a Príncipe tan alto,
nadie le vio que no fuese
dichoso.

BELISA

¡Bien dicho, Fabio!
(Lee.) «No sé que traigo sin ti,
»mas pienso que celos traigo,
»infames para sufrillos,
»terribles para nombrallos.
»¿Qué importa que en Madrid quedes,
»lugar de quien salen tantos,
»si queda en él uno solo,
»que es causa de mis agravios?
»Huélgome que es hasta Francia
»la jornada que llevamos;
»que quiero sacar de España
»amor tan desatinado.
»Traducir pienso en París
»la historia de mis cuidados
»de castellano en francés,
»porque no la entiendan tantos;
»que aún hay en él hermosuras
»que con firmeza han quedado,
»desde que lloró Belerma
»un corazón tantos años.»
—No leo más.

FABIO

¿Por qué no?

BELISA

Porque sólo le ha faltado
a cada copla de aquestas
¡Ay, ay, ay! (1)

FABIO

¡Rigor extraño!

BELISA

Pues, Fabio, si allá hay Belermas,
dile a tu dueño engañado
que en Madrid hay Durandartes
menos firmes y más sabios,
que dan corazones de oro
con diamantes, que más años
duran, y con más provecho;
y si no, pide un traslado
al célebre don Lüis
de Góngora, que guardado
dijo que tuvo Belerma
ese corazón siete años
envuelto en un paño sucio.

FABIO

Luego bien nos vendrá a entrambos
¡ay, ay, ay!

BELISA

A escribir voy. *(Vase.)*

FABIO

Inés, ¿qué es esto?

INÉS

Es el diablo,
Fabio, que anda en Cantillana.

FABIO

Pues, Inés, exorcizallo
con el hisopo del cura,
que fue sacristán de faunos.
(Vanse.)

—

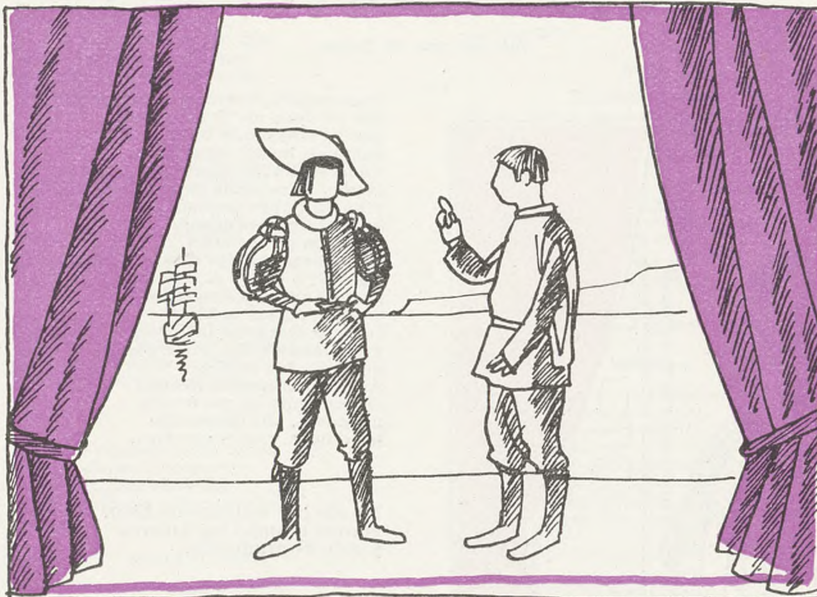
Puerto de Pasajes

ESCENA V

MARCELO, LUCINDO

LUCINDO

Desde Briviesca ha dado,
por traer algo su persona enferma,
la vuelta con cuidado
el Duque Excelentísimo de Lerma



a Burgos, donde queda
el Príncipe, y por él vino el de Uceda.
Su Majestad, que estaba
ya de la Reina despedido, vino
de Burgos; que animaba
paterno amor su gusto a este camino,
de un ángel en belleza,
honra de la real naturaleza.

MARCELO

En la Virgen que llaman
de Gamonal vi despedir las damas.

LUCINDO

Quieren, adoran, aman
su Reina con razón.

MARCELO

Las vivas llamas
del sol, el amoroso
llanto templara al caso lastimoso.
Besábanle la mano,
y ella en el cuello el brazo les ponía;
que el otro, aunque era en vano,
el llanto a las estrellas suspendía
de aquel cielo sereno,
y un lienzo que de perlas quedó
[lleno.

LUCINDO

Desde Briviesca a Aranda,
della a Vitoria, y desta hasta Salinas,
cortas jornadas anda.

MARCELO

Por Dios que son, Lucindo, peregrinas
las costumbres y el traje
de Guipúzcoa.

LUCINDO

Esto llaman el Pasaje:
desta aquí a Rentería
han de ir Sus Majestades en su barca.

MARCELO

¡Qué brava infantería
tiene esta tierra!

LUCINDO

En cuanto el mundo abarca
no hay mejores soldados,
más prevenidos ni más bien armados.
De todos los lugares
de la provincia salen compañías.

MARCELO

Es justo que repares
que es cuidado también por muchos
del Virrey de Navarra. [días

LUCINDO

¡Qué brava soldadesca!

MARCELO

¡Qué bizarra!

LUCINDO

En toda Italia y Flandes
es don Alonso Idiaquez celebrado,
por hazañas tan grandes,
que fue del Rey Enrique siempre hon-
del de Parma y de Fuentes, [rado,
que fueron capitanes excelentes.

MARCELO

La tierra es paraíso,
y a la vista en extremo deleitosa.

LUCINDO

Entre montañas quiso
Naturaleza ser tan cuidadosa,
que son sus hermosuras,
más que humanas, angélicas criatu-
[ras.

MARCELO

Ellas son los remeros
De aquestas barcas del pasaje.

LUCINDO

¿Hay cosa
como ver cuán ligeros
conducen a la orilla venturosa
sus popas enramadas,
de laureles y flores coronadas?

MARCELO

Parece que se alarga
este brazo, que el mar tiene encogido,
porque con mano larga
reciba a su señor recién venido.

LUCINDO

Como sus naturales,
se preciarán sus aguas de leales.

MARCELO

Del Duque de Pastrana
trae música el barco vizcaína.

LUCINDO

En lengua castellana
cantan.

MARCELO

Del barco sale a la marina.

LUCINDO

Ya de España el Monarca
con la Reina también entra en la barca.

ESCENA VI

Cruza el fondo del teatro, que es de mar, una barca enramada, en que van LOS REYES: *en tierra sale un gran número de* GENTE *y* VIZCAÍNOS, *que tocan, cantan y bailan.*—MARCELO, LUCINDO.

VIZCAÍNOS *(Cantan.)*

Sea bien venida
la Reina linda,
sea bien venida.
Venga el sol de España
muy en hora buena.
Nora buena venga
la linda señora.
Sea bien venida,
para ser aurora:
Sea bien venida
de Francia dichosa.
Sea bien venida:
Guipúzcua la adora,
sea bien venida
provinciana toda,
que no vizcaína.
Sea bien venida
la Reina linda,
sea bien venida.
Filipe divino
(venga norabuena)
los franceses lirios
(venga norabuena)
junte a sus castillos,
(venga norabuena)
que duren mil siglos.
Venga norabuena;
mas no vizcaíno,
guipuzcoano sea:
venga norabuena,
norabuena venga,
venga norabuena.
(Mudan el son a folías.)
Zure vegui ederro (2),
en el astaná,
cativaturic nave,
librea ninzaná.
(Vanse.) (3)

—

Sala en casa de Otavio en Madrid

ESCENA VII

OTAVIO, ROSELA

OTAVIO

En tanto tiempo ¿puede ser, Rosela,
no parecer Marcelo, muerto o vivo?
Sin duda de tu hermano fue cautela.
Yo, como en bronce, en la memoria
[escribo
la ofensa vil del que una vez me enga-
y para la venganza me apercibo. [ña,
¿Para qué vino este soldado a España?
¿Qué hace aquí, pues ya sufrir no pue-
[do
que tenga el ocio por heroica hazaña?
Si fue a Milán don Pedro de Toledo,
favor le diera yo con su Excelencia.
La patria siempre dio pereza y miedo.
Débele de agradar la diferencia
de los gustos y amigos de la Corte,
y no querrá sufrir su larga ausencia.

ROSELA

¿Quién habrá que tu cólera reporte,
tan diferente de lo que él merece?

OTAVIO

¿Qué tiene aquí que hacer que a nadie
[importe?
El venir de Milán nos encarece,
y viene con Marcelo por tesoro,

(1) Alude al cantar famoso del *ay, ay, ay!*

(2) Cara y ojos hermosos,
amada mía,
me tienen cautivo,
siendo libre.

(3) La nota de la edición antigua es la siguiente: En bailando esta folía, diga una *zatoz, zatoz*, y respóndanle (*a*) *zatoz, andrea*; *vay, vay, andrea, zatoz enequin*: y otra diga *vay, jauna*, y éntrense con regocijo.

(*a*) Vente, vente. Vente, mujer. Sí, sí, mujer vente conmigo. Sí, señor.

que en forma de villano se me ofrece.
No dudes tú de que han partido el oro.

ROSELA

Yo pienso que te engaña la codicia,
contra la gravedad de tu decoro.

OTAVIO

Yo he entendido, Rosela, su malicia.
No será más mi hijo este soldado
que en la corte profesa la milicia.
De casarte desde hoy tendré cuidado.
Tú sola eres mi hija.

ROSELA

Guarde el cielo
tu vida.

OTAVIO

Estoy contra tu hermano airado,
Pues me engañó por su ocasión Mar-
[celo. *(Vase.)*

ESCENA VIII

EL ALFÉREZ.-ROSELA

ALFÉREZ

¿Dura, Rosela, en Otavio
el enojo sin razón?

ROSELA

Su avarienta condición
se lamenta de tu agravio.
Dice que trajiste aquí
a Marcelo disfrazado,
y que el oro habéis sacado.

ALFÉREZ

¡Bien se va luciendo en mí!

ROSELA

Dice que le habéis partido,
pues Marcelo no parece.

ALFÉREZ

Como eso, hermana, merece
el que tan cobarde ha sido,
que no le quitó la vida;
pues éste es aquel soldado
de quien estoy agraviado,
si le hay después de una herida.
Mas ¡vive Dios, que yo sea
tan diligente en buscalle,
sin dejar plaza ni calle
alguna que más pasea,
que quede mi padre presto
de su error desengañado!

ROSELA

¿Que fue Marcelo el soldado
que en tanto rigor te ha puesto!

ALFÉREZ

El mismo por quien estoy
en confusión tan notable.

ROSELA

Ya es tiempo, Alférez, que hable,
pues tu misma sangre soy,
en otro agravio que a mí
me ha hecho también Marcelo.

ALFÉREZ

¿Agravio a ti!

ROSELA

Quiso el cielo
defenderme.

ALFÉREZ

¿Cómo así!

ROSELA

Saliendo cierta mañana
por flores a ese jardín,
que con más razón pudiera
llamarle huerto pensil,
pues por él tienen más fama
Ramilletes de Madrid
que el muro de Babilonia,
Marcelo me vio y le vi.
Llegóse cortés a hablarme,
ofreciéndome servir
de aquella calle de flores.
No sé si le respondí;
en efeto, yo tenía
a Clara vuelta en Abril
de retamas y de rosas,
con que a casa me volví.
A cierta hermosa aldeana
unos claveles pedí,
que a la cuenta del suceso
Marcelo debió de oir.
Otro día un cierto Fabio
de la boca del rocín
en que anda este gentil hombre,
y como él hombre gentil,
en traje de labrador,
aunque no lo conocí,
me trajo los que esas rejas
adornan.

ALFÉREZ

Bravo fingir!

ROSELA

Diome un papel por engaño;
con ignorancia le abrí,
en que conocí su intento
si bien con honesto fin.
Como mi padre trazó
este jardín, por asir
el cabello a la ocasión
entró disfrazado aquí.
Lo que te ha dicho Fineo
yo pienso que fue fingir
que entraba a buscar tesoro,
para librarse de ti;
porque en habiéndote visto,
cobarde ha dado en huir,
dejando mi amor burlado.

ALFÉREZ

Luego ¿amor le tienes?

ROSELA

Sí.

ALFÉREZ

¿Sí?

ROSELA

¿Pues qué quieres que diga?
¿Téngote yo de mentir?

ALFÉREZ

Hago juramento al cielo
santo de no desceñir
la espada hasta que le halle
que si le busqué por mí,
agora por ti me toca.
¡Tal maldad se ha de sufrir!
¿Dónde tienes el papel?

ROSELA

Aquí.

ALFÉREZ

Muestra. Si nací
con honra, verás agora.

ROSELA

La que tengo vive en ti.
(Vanse.)

—

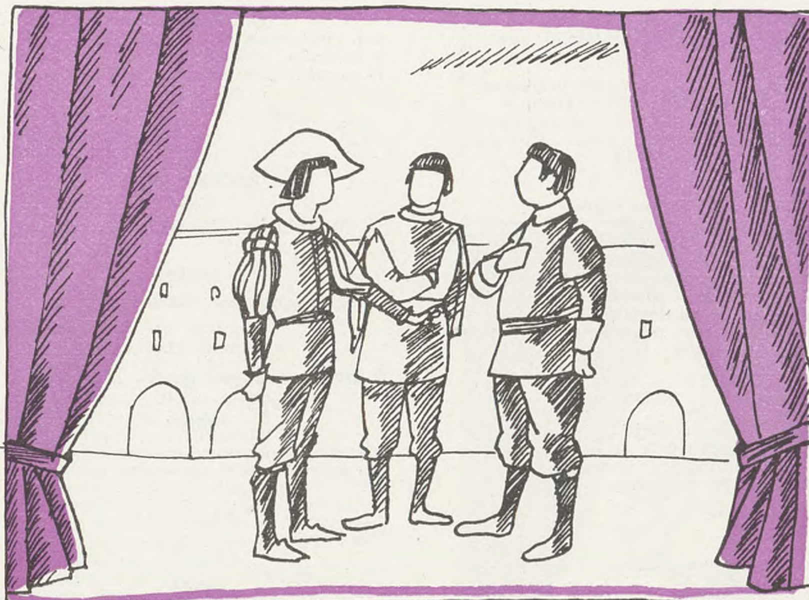
Plaza en Irún

ESCENA IX

LUCINDO, MARCELO, LAUSO

LUCINDO

La glosa ha sido extremada.



MARCELO

Por estar ya de partida,
no pudo ser más lucida,
más vista y más castigada;
que las musas con espuelas
nunca fueron de provecho.

LAUSO

¡Cómo habláis de satisfecho!

LUCINDO

Todas estas son cautelas
para pedirnos agora
lisonjas.

MARCELO

Tengo razón;
pues hijas las musas son
del silencio y del aurora.
Y aquí ni le puede haber,
ni hay mañana en qué escribir.

LAUSO

¿Queréis volverla a decir?

MARCELO

Siempre os quiero obedecer.
Por una enigma tan alta,
triunfos España apercibe,
pues dando lo que recibe,
le queda lo que le falta.
Propuso España una enima
de una estrella celestial,
que un sol coronado anima,
con una perla oriental,
que el cielo por lumbre estima.
Francia, que la frente exalta
de triunfos y lirios de oro,
el blasón del sol esmalta
con darle otro igual tesoro
por una enigma tan alta.
Trocar quieren dos estrellas
alegres Francia y España,
yendo Júpiter por ellas,
y en el mar que a las dos baña
poner colunas tan bellas.
Alégrase cuanto vive
con las estrellas hermosas
que la blanca paz recibe,
y a las entregas dichosas
triunfos España apercibe.
No gozará del laurel
deste divino tesoro,
a no tener para él
Ana celestial el oro
de lo que vale Isabel.
El mismo peso apercibe,
y en este cambio real
donde la partida escribe,
claro está que queda igual,
pues, dando lo que recibe.
Llevan a Francia el aurora,
que de Francia viene a España,
cuyos pies Madrid adora:
y así España en esta hazaña
lo que le falta atesora.
Con esto a enigma tan alta
ha satisfecho Isabel;
que aunque su sol le hace falta,
en el que viene por él
le queda lo que le falta.

LUCINDO

Confieso sin invención
de envidia o lisonja vana,
que lo difícil allana
con toda satisfación,
y que ese verso tercero,
que imposible parecía,
está más claro que el día.

LAUSO

Marcelo, un traslado quiero
para enviar a Madrid.

MARCELO

Vuestro es el papel y el dueño.
(Ap. Fabio es éste. ¡Cielo! ¿es sueño?)
Por palacio os divertid,
pues hay un año que ver
en solo un aparador
del Duque; que con temor
de ausente, aguardo a saber
nuevas de Madrid.

LAUSO

No sé
si allá asegure un ausente.
(Vanse Lucindo y Lauso.)

ESCENA X

FABIO.—MARCELO

FABIO

Dame los dos pies.

MARCELO

Detente.

FABIO

Pues ¿qué! ¿Quieres darme un pie,
después de tanta porfía
de tales postas causada,
que traigo desmantelada
a toda Fuenterrabía?

MARCELO

Cartas, presto.

FABIO

Una dirás.

MARCELO

Si es de Belisa, esa sobra.

FABIO

Paso; que rompes la obra.
Parece que loco estás.

MARCELO

Quien inventó las cubiertas
de espacio debía de estar.
(Abre y lee la carta.)

FABIO

Antes se habían de usar
de ante, o hierro como puertas.
Ninguna cosa, decía
un cortesano por ellas,
que más bien a las doncellas
propriamente parecía.
Y ansí puede ser que tema
algún amante casado,
que, el sobrescrito quitado,
se le den con otra nema.

MARCELO

¡Fuego de Dios en ella y en mis ojos!
¡Fuego de Dios en quien de ausencia
[fía!

FABIO

Habla bajo de fuego con enojos;
Que anda en esta jornada noche y día;
y no sabiendo qué es de tus antojos,
la vizcaína gente, con porfía
de apagarle, cual suele cuando dura,
dirá en vascuence a voces: «Ura, ura.»

MARCELO

Ura y agua y cristal y nieve, y hielo,
y la cicuta más helada y fría,
y el alma de Belisa en quien el cielo
puso la Citia donde el sol se enfría,
no me podrán templar ni dar consuelo:
tal es mi fuego y la desdicha mía.
Yo soy la esfera elementar, mi pecho
es la región adonde el rayo es hecho.

FABIO

¿Para esto vine yo con tanta costa
rompiendo cinchas! ¡Bravo premio es-
[pero!

MARCELO

Siempre vienen los males por la posta;
que nunca el bien se precia de ligero.

FABIO

Pues ¿qué es aquesto? ¿Hay moros en
¿Hay celos? ¿Hay galán? [la costa?

MARCELO

Fabio, yo muero.
Casada dice aquí que está Belisa.

FABIO

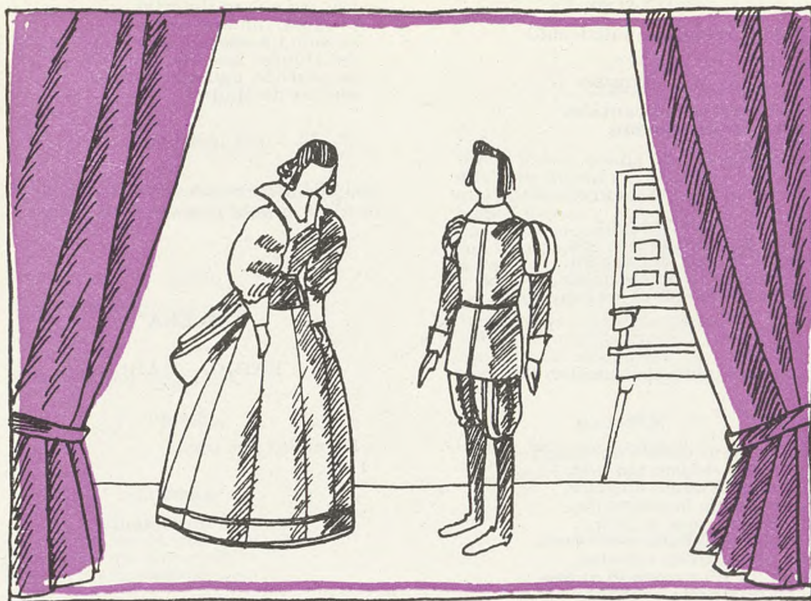
¡Tan aprisa casada!

MARCELO

Tan aprisa.

FABIO

¡Vive Dios, que es picón y martelazo
por hacerte volver!



MARCELO

No sé si el viento
corre el campo del mar en menos plazo,
que yo a Madrid a ver su casamiento.

FABIO

Y si en lugar del esperado abrazo,
hallas el novio en el nupcial asiento,
¿qué tan bien nos saldrá la diligen-
[cia?

MARCELO

De imposibles se forma la paciencia.
Pues ya de las entregas pasó el día,
pedir licencia y que corramos quiero,
a ver si es la ocasión que yo temía.

FABIO

¿Otra vez postas! ¡Bueno va el pande-
[ro!

MARCELO

Montes de la Bureba, que la fría
Castilla dividís con hielo fiero,
¡cuán bien, pues nunca os viste yerba
[verde,
mi amor en vos las esperanzas pierde!
Creced, Ebro, que vais a Zaragoza,
con mi amoroso llanto; y vos ¡oh sierra
de Guadarrama, que otro cielo goza!
abrid el paso a mi amorosa guerra.

FABIO

Dejadme a mí pasar, montes de Poza,
a los nabos del alta Somosierra;
que al tiple del amor de aqueste
[loco
de posta en postillón los bajos toco.

(Vanse.)

—

Sala en casa de Belisa

ESCENA XI

BELISA, FINEO

FINEO

Estoy tan agradecido
a la merced que me has hecho,
que de que tenga mi pecho
sola una alma, estoy corrido;
que quisiera que tuviera
tantas como tú me pones
deseos y obligaciones.

BELISA

Nunca, Fineo, pidiera
más de un alma a quien amara;
que es lo demás confusión.

FINEO

Juzga la buena intención,
y en el deseo repara.
A mis parientes he dado
cuenta deste casamiento,
y todos con gran contento
le han recebido y honrado.
Con tu licencia vendrán
para hacer las escrituras.

BELISA *(Ap.)*

¿Cuándo tantas desventuras
fin a mis penas darán?
Pero bien, alma ofendida,
podéis tener sufrimiento,
pues aqueste casamiento
ha de quitarme la vida.

ESCENA XII

LISEO.—DICHOS

LISEO

Aquí, hermana, cierta dama
viene a darte el parabién,
y podrá darle muy bien,
pues la hermosura se llama
bien de la naturaleza.

BELISA *(A Fineo.)*

¿Es deuda vuestra?

FINEO

No sé.

LISEO

Quién era le pregunté,
ciego de tanta belleza,
a un escudero o criado
que del coche la sacó,
y *Rosela* respondió,
hija de Otavio.

FINEO

El cuidado
de su hermano habrá nacido,
que es el amigo mayor
que tengo.

BELISA *(Ap.)*

Vengóse amor
de mi mudanza y olvido;
pues ni olvido ni mudanza
puedo hallar contra Marcelo,
ni entre montañas de hielo
hallará mi ardor templanza.

ESCENA XIII

ROSELA, CABALLEROS *y* DAMAS
de acompañamiento.—DICHOS

ROSELA

A daros el parabién
vengo; mas con más razón
le da vuestra perfeción
a quien os le da también.
Gozad del señor Fineo,
y las prendas que aquí están,
mil años; que sí serán,
si son las de mi deseo.
Debo a Lisardo, mi hermano,
el bien de veros.

BELISA

Dejad
cumplimientos y tratad
en estilo humilde y llano
esta vuestra servidora.

FINEO

¿No dejaremos, Liseo,
estas damas?

LISEO *(Ap. a Fineo.)*

Un deseo
tan tierno que nace agora
en los ojos de Rosela,
me mandaba detener.

FINEO

Bien puede llegar a ser
mayor de lo que os desvela;
porque a fe que es casamiento
de más valor que pensáis.

LISEO

Si os caso y vos me casáis,
pagaréis mi pensamiento.

FINEO

Daréle un tiento a su hermano.

(Vanse Fineo, Liseo y el acompañamiento.)

ESCENA XIV

BELISA, ROSELA

BELISA

Mucho me huelgo de veros.

ROSELA

Yo tanto de conoceros,
que lo encareciera en vano.
Acertáis en la elección
de Fineo de tal modo,
que en sus partes hay el todo
de vuestra imaginación.
Años ha que el amistad
que con mi hermano profesa
nos dice con voz expresa
su nobleza y su bondad.
Huélgome que vuestro empleo
acertase en su valor.

BELISA

Ya presumo que mejor
cupiera en vuestro deseo;
que de suerte le alabáis,
que creo que habéis venido
celosa: y si aquesto ha sido,
a tan buen tiempo llegáis,
que os le alargo desde aquí.

ROSELA

¡Ay, Belisa! no penséis
que habéis visto ni aun veréis
el fuego que vive en mí.
Confieso que tengo amor,
pero amor tan diferente,
que ingrato, traidor y ausente,
le llora mi ciego error.
Y porque perdáis los celos
y agradezcáis la visita,
sabed que el alma me quita
por el rigor de los cielos
un mancebo, un caballero
que de la casa de Sesa
es hechura, aunque profesa
ser tirano, injusto y fiero.
Éste, que con invención
entró en mi casa a inquietarme,
puede aunque ausente matarme:
tales sus méritos son.
Mirad si estaréis segura
de quien agora sabéis
el nombre (1).

BELISA *(Ap.)*

¿Qué me queréis,
desdichas? ¿Soy piedra dura?
¿Soy diamante? O ¿soy mujer?
¡Esto me faltaba agora!

ROSELA

¿Qué decís?

BELISA

Que sois, Señora,
tan venturosa en querer
a Marcelo... como yo.
Mas contadme como ha sido...

ESCENA XV

MARCELO, FABIO.—DICHAS

FABIO

Atrevimiento has tenido.

MARCELO

Ninguno que amó temió.

BELISA

Esperad; que no sé quién
ha entrado en el aposento.

MARCELO

Yo soy.

BELISA

¡Hay atrevimiento
como el tuyo!

MARCELO

El brazo ten;
porque ¡vive, ingrata, el cielo,
que no has de casarte!

(1) Realmente no ha dicho el nombre de Marcelo; quizá falte una redondilla antes de ésta.

ROSELA

¡Hay cosa
más extraña y espantosa!—
Belisa, aqueste es Marcelo.

BELISA

Si estás loco, habrá muy presto
quien te encierre y te castigue;
pero basta que te obligue
Rosela...

ROSELA

¡Traidor!

ESCENA XVI

LISEO.—DICHOS

LISEO

¿Qué es esto!

FABIO *(Ap.)*

El diablo nos trajo acá.

MARCELO

¡Oh Liseo! en este punto
llego, y por vos le pregunto
a Belisa, que ya está,
según me dice, casada.

LISEO

Casada no; mas tratamos
casalla.

MARCELO

A buen tiempo entramos,
Fabio.

FABIO

Si hallamos posada.
Mas yo creo que tenemos
de ir a dormir al pajar.

LISEO

Conmigo habéis de cenar;
que convidados tenemos
los deudos del desposado.

MARCELO

Merced notable me hacéis.

LISEO

Pero la cena tenéis
de pagarnos de contado,
contándonos la jornada.

MARCELO

Como supiere lo haré,
y muy breve, aunque ella fue
grande, insigne y dilatada:
como suele hacer los lejos
la pintura o perspectiva,
o como ciudad altiva
se ve en pequeños espejos.
Al Católico Felipe
y a la bellísima Reina,
entrando en San Sebastián,
recibió gente de guerra,
que de la misma provincia,
como al fin general della,
juntó don Alonso Idiaquez,
el que a Navarra gobierna.
Con bizarros capitanes
la lucida soldadesca
hizo salva al sol y al alba,
en forma de escuadrón puesta.
Entró en la villa de noche,
cuyo castillo y sus piezas
pusieron al mar temor
y estremecieron la tierra,
subió a verle una mañana,
y como entre sus almenas
le vio el mar, dicen que al muro
bajó humilde la cabeza,
y dijo: «Para los mares
que tus pies, Felipe, besan,
yo soy una gota de agua,
cifra soy de su grandeza.»
Partióse a Fuenterrabía,
y de una barca pequeña
hizo el pasaje a la Luna
y al Sol una corta esfera.
Mas deteniéndose, en esto
nubes de envidia comienzan
a dar a la escura noche
mares de agua por estrellas,
de suerte, que el Sol de España
perdió el camino, y pudiera
perderse más, si faltaran
dos ángeles que le cercan.
Toda la noche formaron
los coches por varias sendas
una ciudad del diluvio
entre arboledas y piedras.
A las once, en fin, entró;
la salva a las nubes vuela
a castigarlas con humo
lo que con las aguas pecan.
Hubo consejo de estado
por la mañana, y la puerta
se dio a los franceses franca,
que admiraron la grandeza
del Duque y la ostentación
de aparadores y mesas;

porque fue, todo el camino,
tan grande, que se confiesan
vencidos, Cleopatra, Antonio,
Jérjes, Alejandro y César.
El obispo de Bayona
y otra francesa nobleza,
que a la Luna el pie besaron,
trataron de las entregas;
mas Su Majestad, que estuvo
hasta las doce con ella,
salió a cenar con indicios
del dolor de tanta ausencia.
Partió a Burgos, y con él
fue el de Velada, Lisera,
Flores de Avila, Almazán
y el de San Román.

LISEO

¡Qué pena
llevarían de sus galas!

MARCELO

Tiempo y ocasión les queda
para mostrallas en Burgos.
En fin, a las diez la Reina
partió a Irún, donde comió,
y se juntó la riqueza
de Grandes, Títulos, guardas
y de la gente de guerra.

LISEO

¿Quién fueron los que se hallaron
para acompañarla?

MARCELO

Tiembla
la imaginación, Liseo,
ansí por tanta grandeza,
como porque justamente
todos formarán mil quejas.
Mas remitiendo a los libros
que difusamente puedan
celebrarlos, oid la cifra.

LISEO

Esa es disculpa y prudencia.

MARCELO

Cabeza desta jornada
era el gran Duque de Uceda,
con poderes y recados
que trajo desde Briviesca:
Príncipe, que si la fama
contase sus excelencias,
faltaría tiempo al tiempo
y a la edad plumas y lenguas.
Gorgueran pardo vistió,
cuajado de oro: no sepas
más de que tuvo el vestido
cuarenta libras de perlas.
Cien mil ducados valía
el cintillo.

LISEO

¡Bravas piezas!
¿Qué caballo?

MARCELO

Rucio, y tal,
que copete y clin pudieran,
como quisiera esconderse,
envolverle en blancas cerdas.
El Obispo de Pamplona (1),
que acompañaba a la Reina,
el Almirante gallardo
y el galán Duque de Cea,
cuyas galas son sus años
que más se envidian y precian.
El Duque de Sesa...

LISEO

¿Paras?

MARCELO

En Sesa mi lengua cesa,
porque siendo dueño mío,
dirán que es de amor licencia;
mas tiempo me queda a mí
en que celebrarle pueda
sin que parezca lisonja.

LISEO

De mala gana le dejas.

MARCELO

Es puerto de mis fortunas
y de mi remedio puerta,
donde puso mi esperanza
con pluma de oro: «Aquí cesan.» (2)
Para el Duque de Pastrana,
si tú no le conocieras,
hurtara flores al campo:
volvióse la Silva en selva.
El Duque de Peñaranda,
de cuyo padre se acuerdan
repúblicas en la paz,
ejércitos en la guerra.
El de Maqueda, de quien
dicen que el Africa tiembla;
mas viéndole tan galán
asegurará sus fuerzas.

LISEO

¡Bien!

MARCELO

El Conde de Alta-mira
hoy la puso en las estrellas,
y el Mayordomo mayor
que la Reina a Francia lleva,
Duque de Monte León.
Mas mirad, musas, que llega
el gran Conde de Saldaña,
el rayo del sol de Lerma.
Dadme versos, dadme flores,
y vosotras, verdes vegas
de Osuna, alegraos de ver
que *Peña* tan *fiel* suceda
a tales padres y abuelos.

LISEO

¿Qué galas?

MARCELO

Las que al sol cercan
cuando en el Oriente sale.
Y el de la Laguna, Cerda,
que ya fue real corona.
El de Olivares no deja
pluma ni lengua a la fama,
con ser diamantes sus lenguas.
El de Povar, Mirabel,
Paredes y Santisteban,
Barajas, Arcos y Castro,
Camarasa y Siete Iglesias,
capitanes de las guardas
españolas y tudescas.
El Conde de Villamor,
bizarro en cualquier empresa;
Cantillana, que hasta Francia
llevó española firmeza.
El Comendador mayor
de la gran cruz de Montesa,
y del Consejo de Estado
el que en mil reinos celebran.

LISEO

¿Quién?

MARCELO

Don Agustín Mejía;
y del Consejo de Guerra,
don Diego Brochero, a quien
Malta con razón laurea.
Don Pedro Pacheco, ilustre
y insigne en gobierno y letras;
don Fernando el de Carrillo,
Presidente en el de Hacienda;
Gil Ramírez de Arellano,
tan ilustre en la nobleza
como en letras y virtud,
y tan claro en todas ellas.
El gran padre Confesor
a quien España venera
por único religioso:
tanto las honras desprecia.
Al cuidado del Alcalde
Francisco Márquez Gaceta,
todos confiesan que están
en obligación y deuda.

LISEO

¿Lució mucho don Antonio
Portocarrero?

MARCELO

Pudiera
hacer competencia al sol.

LISEO

¿Don Juan de Córdoba?

MARCELO

Llega
a tenerla de sí mismo
en única gentileza.

LISEO

¿Don Diego Chacón?

MARCELO

Bizarro,
con don Juan de Saavedra,
que allí el galán se llamara,
si antes él galán no fuera.
A don Francisco de Prado
dio su nombre flores bellas;
de don Vicente Zapata,
de don Francisco Brizuela,
de don Fernando Verdugo,
y de otros mil, si me diera
licencia el tiempo, yo hablara;
mas será razón que sepas
que don Antonio Beforte,
que los archeros gobierna,
fue lucidísimo en todo;
que siempre en todo se extrema.
Iba don Pedro Carrillo,
El de Pinto y Caracena;
don Antonio de Toledo,
y para cerrar la cuenta,
don Bartolomé Sarmiento
y porque si algunos quedan
no presuman que es malicia,
les doy palabra que sean
brevemente celebrados.

LISEO

¿Qué dices de las libreas?

MARCELO

Si en eso he de hablar, Liseo,
primero dará la rueda
del cielo la vuelta a un siglo:
mas porque la entrega entiendas,
sabrás que divide un río
a España y Francia, que encuentra
bajando de las montañas,
del mar la llena marea.
Las dos orillas tenían,
fabricadas de madera
dos casas, con mil pinturas,
y gradas en torno dellas.
Con ricas tapicerías
estaban las dos compuestas,
y un dosel en cada una
correspondiente a la puerta.
También en medio del agua
otras dos estaban hechas
a modo de cenadores,
con mil colores diversas,
coronadas por lo alto,
y a todas partes abiertas.
Dos barcas chatas había
que gobernaban dos cuerdas,
que a este sitio caminaban
sin otros remos ni velas.
Bajaron, pues, los de España
por su parte con la Reina,
y los de Francia, Liseo,
con la divina Princesa.
Trájola el Duque de Guisa,
y acompañando Su Alteza
mucha nobleza de Francia
y brava gente de guerra,
que estaba en dos escuadrones
sobre una montaña puesta;
y en las orillas del río
a este tiempo las trompetas,
las cajas, las chirimías
las dos naciones alegran.
Entraron en las dos casas,
y a las dos barcas por ellas,
donde en la mitad del río
se vieron Reina y Princesa:
habláronse... no lo oí.
Luego dicen que el de Uceda
hizo su razonamiento
de aquella famosa entrega,
a quien respondió el de Guisa
lo mismo en lengua francesa.
Escribióse todo ansí;
y al despedirse la Reina,
le dio una cruz de diamantes
a la señora Duquesa
de Medina. Volvió al fin
la barca a Francia con ella...
—Yo fui a llorar, y mirando
en España la Princesa
Serenísima, a los ojos
di otro sol que el agua tiempla.
Andaba encima del río
la Paz, divina doncella,
con una túnica roja
y azul a girones hecha,
sembrada de lirios de oro
la parte azul, la sangrienta,
de castillos y leones:
y encima de sus cabezas
sembraba oliva y laurel,
clavellinas y azucenas,
diciendo: «¡Felipe y Luis
vivan en paz! ¡vivan! ¡sean
Ana e Isabel sus lazos!»
Y luego rompiendo vieras
la superficie del agua
sacar la honrada cabeza
el claro río Behovia
revuelta en coral y perlas,
y que cercado de ninfas
españolas y francesas,
todas respondieron: «¡Vivan!
¡Que por muchos años sea!»

ESCENA XVII

EL ALFÉREZ, *desenvainando la espada.* FINEO, OTAVIO, CELIO.—DICHOS.

ALFÉREZ

Ellos, traidor, vivirán;
pero tú es razón que mueras.

OTAVIO

Hijo, detente.

FINEO

Lisardo,
si a tu padre no respetas,
¿qué has de hacer con tus amigos?

MARCELO

Pues ¿cómo, Alférez! ¿Tú intentas
matarme sobre seguro!

ALFÉREZ

No son aquestas las quejas
del agravio de Milán,
que ya satisfecho queda.
A mi padre le he contado
lo que me ha dicho Rosela.
En mi casa entraste: basta.

OTAVIO

¿Era justo pretenderla
en forma de jardinero?

MARCELO

No conociendo las prendas
de vuestro valor y sangre,
Amor me dio la licencia.
Ramilletes de Madrid,
buscando remedio en yerbas
de mudanzas de Belisa,
a hacer jardines me enseñan.
Luego que supe mi error,
volví la espalda.

ALFÉREZ

No creas
que aquí valen las espaldas.

MARCELO

Nunca yo supe volverlas.
¿Sabéis que soy hombre noble?

OTAVIO

Muy bien.

MARCELO

Pues mi mujer sea
Rosela, y goce Fineo,
que es justo, a Belisa bella.

ALFÉREZ

Basta: yo envaino la espada.
Todos mis agravios quedan
satisfechos en tus brazos.

FABIO

Pues yo no envaino mis quejas.

LISEO

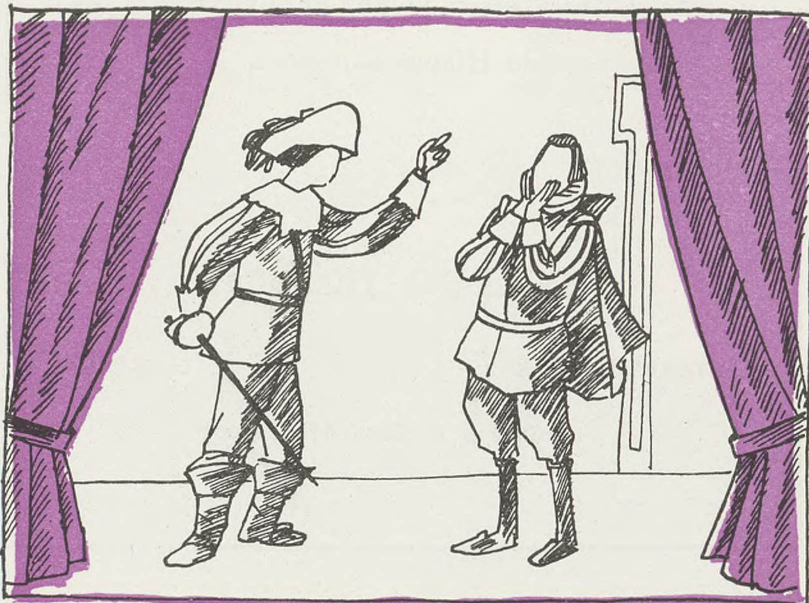
¿Qué hay, Fabio?

FABIO

Aquí se ha contado
una relación moderna
de la jornada de Irún,
sin hacer memoria en ella
de los señores lacayos:
y así esta noche en la cena
la quiero hacer, porque hay
mucha nobleza gallega,
y no es justo que se calle.

FINEO

Aquí acaba la comedia,
a quien dio Madrid la historia,
y *Ramilletes* su VEGA.



(1) Este nombre y todos los otros de persona que entran en esta relación hasta el verso *Iba don Pedro Carrillo*, forman la respuesta a la pregunta de Liseo *¿quiénes fueron los que acompañaron a la Reina?* Súplese, pues, el verbo *fueron*, aunque el de la pregunta se queda algo distante, y continúase la relación diciendo *El Obispo de Pamplona, el Almirante, el Duque de Cea*, etc. También puede suceder que falten algunos versos después de aquellos en que se pinta el caballo del Duque de Uceda.

(2) Aquí cesan *mis fortunas*, esto es, los vaivenes de mi fortuna.